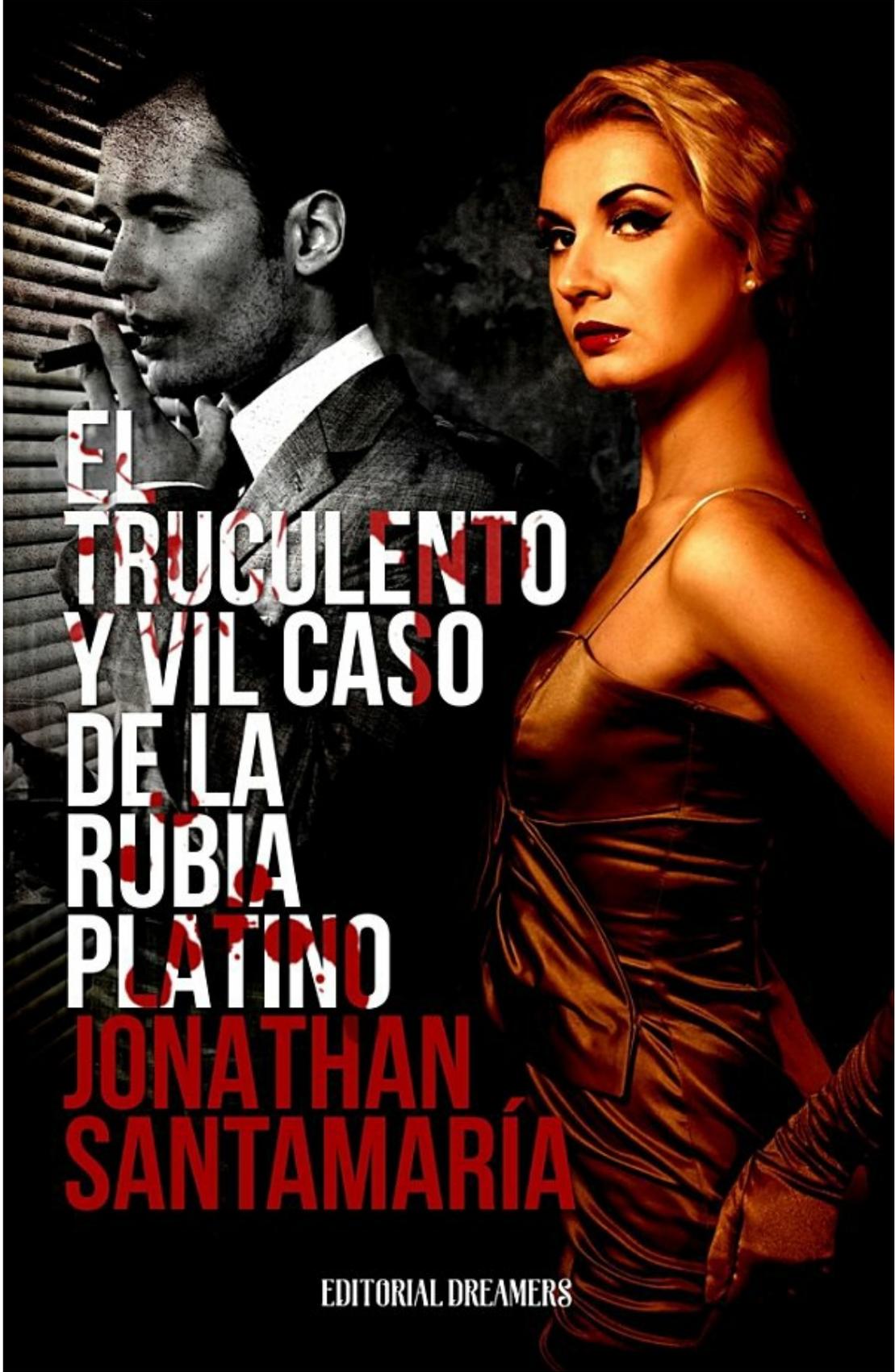




**EL  
TRUCULENTO  
Y VIL CASO  
DE LA  
RUBIA  
PLATINO**

**JONATHAN  
SANTAMARÍA**

EDITORIAL DREAMERS



**EL  
TRUCULENTO  
Y EL CASO  
DE LA  
RUBIA  
PLATINO**  
**JONATHAN  
SANTAMARÍA**

EDITORIAL DREAMERS

*Jonathan Santamaría*

# **El truculento y vil caso de la rubia platino**

Primera edición



# EDITORIAL DREAMERS

Tlalnepantla de Baz, C.P. 54170

Estado de México, México.

[www.editorialdreamers.com.mx](http://www.editorialdreamers.com.mx)

[contactoeditorial@editorialdreamers.com.mx](mailto:contactoeditorial@editorialdreamers.com.mx)

Primera edición, junio 2018

Derechos reservados:

© Jonathan Santamaría (de la obra)

© Editorial Dreamers (de la presente edición)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, traducida, almacenada o transmitida de forma alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico o de grabación sin la autorización previa de la Editorial o el autor. Se permite la reproducción de pequeños fragmentos únicamente para el desarrollo de reseñas, críticas o para estudiantes.

*Libérrima historia inspirada en algunos temas de Joaquín Sabina.*

# EL TEMPLO DEL MORBO

...le solté al barman mil de propina.  
Apuré la cerveza de un sorbo  
(acertó quien «el templo del morbo»  
le puso a este bar)

J. Sabina *Peor para el sol*

## I

El doctor salió y tomó mi mano. Nos miramos mientras movía su cabeza en negación; en seguida comprendí lo que quiso decirme: había muerto.

Recordé lo que platicaba de su infancia y también lo que recordaba de la mía y mi adolescencia con ella, con mis hermanos y con mi papá; toda su vida conjugada en mi memoria, toda su pasión en mi recuerdo, finalmente todo el dolor se le había acabado o se lo había llevado con ella, no lo sé. No lloré más, quizás porque me sentía ya tranquila y un poco liberada del peso de su quejumbre diaria. La extrañaría.

El médico me sugirió que entrara antes de que lo hicieran las enfermeras y la «prepararan», así que lo hice. Miré su rostro pálido... tranquilo y su pequeño cuerpo de treinta y cinco kilos que el artritis y el cáncer le dejaron (deforme, torcido de sus extremidades, articulaciones... de sus dedos); sólo

despojos —pensé. Su ceja ausente me hizo torcer un poco la boca, señal de que aún podía tener un poco de humor y sonreír incluso en ese momento, recordando cuando el edificio se llenó de olor a amoníaco y nos desalojaron. En el alboroto de los vecinos corriendo para tratar de bajar lo más rápido posible y dejar de respirar ese penetrante hedor, en medio de la madrugada, mi madre —sobresaltada—, regresó al apartamento. ¡Baja tú, apúrate! —me gritaba mientras la veía regresar más apresurada que al bajar por el amoníaco —, ¡voy a regresar a pintarme las cejas, no sea que me vean los vecinos sin ellas y sea burla de todo el condominio!

Los trámites volvieron a ocupar mi tiempo; tenía que identificar a mi madre muerta en el anfiteatro del hospital (¿no les bastaba que la hubiera visto ya en la cama de aquel lugar?) Volver a verla tan pasiva, tan pálida, mal maquillada, sin su dentadura y con las cejas descompuestas. Saqué un trapo y un delineador de mi bolso. Se las corregí: Para que cuando me la vuelva a encontrar no me reciba con una mentada de madre por no habérselas arreglado como lo hacía siempre ella —pensé en voz alta. Nadie rio o hizo gesto alguno por el chiste. Callé y volvía mi luto. Le abrí la boca y le introduje la dentadura que se encontraba en un cajón de metal, a su lado, pensando que la enterraría junto con todo lo que tuviera que ver con ella. Cerraron la bolsa. Al final del día decidí incinerar su cuerpo, el cuerpo deforme e inútil que probablemente odió hasta morir. Pagué por el servicio de cremación que me ofrecía el hospital: un cajón de madera dónde quemarla y la urna para verter sus cenizas. La vi dentro de la caja, tan pasiva, tan linda. Se la llevaron y me la entregaron ya en el recipiente. No era la urna que esperaba, con algunos adornos o algo así para que se viera, no digamos linda... decente; no, era un florero con una adaptación por tapa. Al salir del lugar vi el féretro que había pagado primeramente para enterrar a mi madre con un letrero de venta. Regresé y peleé con la persona que me vendió la caja. ¡¿Pagué por ella, la reciclaron y ahora la revenderán, cabrones?! —le gritaba y manoteaba al encargado con la urna de las cenizas cambiando de mano constantemente. Me sacaron dos tipos de seguridad sin darme explicaciones; luego el acta de defunción, el gasto del hospital, el nicho... el estrés volvía acompañado por el dolor de su ausencia y fue cuando llegaste y

me hiciste compañía.

## II

Cuando cumplí catorce años mi papá simplemente llamó a mi madre y le dijo que no regresaría. Sin embargo ella no lloró ni le reprochó nada, prefería esa libertad renuente que la vida miserable que tenía con él.

Ahora, después de su muerte y con la soledad sobre mi hombro me vino a la mente cuando yo era su confesionario, su diario, o su memoria; parecía que me contaba todo por dos razones: la primera para recordarse siempre la mala vida que tuvo desde que tenía uso de razón, contándome sobre ella, desgastándola, por puro reproche con ella misma, nada más, hasta que dejó de hacerlo cuando murió; y la segunda para que yo tuviera bien claro todo lo que ella había padecido y no se me olvidara esa penitencia antes de que yo cayera en las desgracias que vivió, para que no dejara que ningún pendejo me humillara o me maltratara. Ahora no sé si lo consiguió.

Me abandonaron —decía— en no sé dónde; y cuando alguien se compadeció de una niña de cuatro años y me llevó consigo no fue para mejorar mi vida, sino para ponerme a barrer y luego deshacerse de mí, vendiéndome, como animal, con alguien más que me hizo trabajar más duro desde entonces. Cuando conocí a tu padre pensé que mi vida estaba resuelta —reía con sarcasmo—, que ya no trabajaría, que tendría zapatos, ropa... sería feliz. Está de más contarte esto, hija —decía ya enjugándose las lágrimas que corrían hasta juntarse con los mocos; y su saliva se hacía espesa estirándose y encogiéndose cada vez que hablaba—; que si la comida no le gustaba, golpes; que si tú o tus hermanos lloraban por algo, golpes; que si llegaba borracho, golpes; que si la mosca, golpes.

Era verdad, siempre vi a mi madre llorando o golpeada; era muy raro verla contenta. Siempre eclipsada por el miedo y la tristeza. Hasta que aquel hombre nos abandonó. Al parecer la miseria la invadió hasta los huesos porque poco después le diagnosticaron artritis reumatoide, seguida, años más tarde, por un mal hepático y lo que la mató: el cáncer. En realidad ya estaba

muerta desde hacía mucho; muertos sus sueños, su alma, su amor. Yo, digamos que hice lo que pude por cuidarla y porque no le faltara mínimo para las medicinas. Mientras tanto mis hermanos se perdieron o se escondieron y no volvieron a verla; como si les estorbara a los cabrones.

Como sabía que la artritis es hereditaria (porque nos los dijo un día el médico), tanto como la mala suerte para formar una familia, decidí no tener o no hacerme de esta última y ganarle tiempo a la primera para beneficiarme de lo que me quedaba de buena salud, explotando mi cuerpo y no llegar decrepita a mi vejez. Cuando digo que explotarme hablaba de ser más cabrona que la Magdalena en *The last temptation of Christ*: una película que había visto. Así que lucré con lo que contrastaba con la enfermedad heredada por mi madre: mis ciento setenta y tres centímetros de altura, el pronunciado busto, y la poca nalga que con el tiempo se pronunciaría más (por aquello de la silicona) antes de que me alcanzara la enfermedad. No sabes lo difícil que es iniciarse en este negocio, ni lo que me costó; primero, porque tenía que mentirle a mamá sobre lo que hacía, es decir, contarle mentirillas como que seguía yendo a la prepa cuando en realidad tenía ya la tarde agendada de un hotel a otro y de un apartamento a otro; segundo, porque cuando no sabía nada del negocio y no ganaba lo suficiente, ya que lo primero que se me vino a mi pendeja mente fue hacerme novia siempre de hombres viejos para conseguir sacarles algo de dinero, aunque al final no resultó tan bien todo eso. Todos querían apropiarse de mi libertad. Lo siguiente no fue mejor, pues ahora había disminuido la edad de mis amantes; amantes jóvenes pero siempre mayores que yo. Parecía que entre más jóvenes más idiotas, machos y jodidos, además de celosos, que me querían madrear como lo hizo mi papá con mi madre... ¡Pendejos! El simple hecho de recordar sus nombre, y peor aún pronunciarlos, me hace estresarme; pero un día, andando con un maestro de no sé cuál universidad (que además me daba para comprar medicina y la comida de mi mamá —claro, yo dando a cuenta las nalgas—) y después de haber tenido una pelea con él, me bajó el muy cabrón de su coche, así a madrazos. No sé qué sea peor para ellos, decirles que tienen un penecito, burlarse porque ya no se les para o decirles que son muy precoces, aunque a veces las tres se conjugaban en uno que otro. El caso es que le dije unos de

estos defectillos (o los tres juntos, no recuerdo bien), no era más que la verdad, sin embargo no aguantó el chiste, y la risa que me dio terminó por encabronarlo más, así que se estacionó bruscamente pasando la estación del metro General Anaya, se bajó del coche, caminó hasta mi puerta con pasos apresurados por atrás del auto, la abrió y me cogió por el cabello bruscamente con su mano izquierda, mientras con la derecha catapultaba sus puños hacia mi rostro. Afortunadamente no logró darme ninguno con esas delicadas y pequeñas manos de artista (decía siempre él). Tampoco recuerdo cuánto duró todo aquello, sin embargo, en unos minutos ya estaban un par de «polis» sujetando y sometiéndolo para después subirlo a su patrulla mientras uno de los oficiales me subía al otro auto para llevar al detenido y a mí hasta la delegación donde paró todo, bueno afuera de la misma. Como a mí no me convenía entrar a levantar una denuncia porque aún me faltaba un mes para los diecisiete (por consiguiente lo iban a detener a él y yo tenía que volver a buscar a alguien con quien ligar e iniciar el cortejo para que me comenzara a dar con que mantener a mi madre), decidí no hacer acusación alguna pues, según yo, ante los agentes de la justicia, había sido un pleito de novios. Aún así los policías —que ya se las saben de todas todas—, cuestionaron mi edad y me pidieron identificación, pero el buen maquillaje que llevaba, el tacón, el vestido arribita de la rodilla además de mi habilidad para disuadirlos ayudaron para que creyeran que tenía diecinueve años, mas no evite que les diéramos una mordidota de mil pesos, bueno, que se las diera él, yo lo que me mordí fueron los labios después de lo que pasó. Con todo eso, lo bajaron de la patrulla, subió a su coche y se largó abandonándome sobre la acera; mientras tanto los policías veían como se alejaba sin mí y me decían: —ya ve señorita, se lo dijimos... denúncielo. ¡Pinches puercos! —pensé— pues lo único que me dijeron fue: ¿cómo le vamos a hacer, señorita? (insinuando, claro, la pinche mordida) y les tuvimos que aflojar la lana.

De donde yo vengo (los suburbios bajos del D.F.), las mujeres que son golpeadas por «sus hombres», muchas veces no tienen más remedio que aguantarse. No hay dinero, y poco trabajo, es decir, no les queda de otra que aguantar los chingadazos con tal de recibir la raya para criar a sus hijos. Si sigues la cadena más baja hay quien piensa que «sus hombres» tienen todo el

derecho de golpearlas o incluso decir que se lo merecían. A mí, ese fue el último que me pegó o que trató de hacerlo. Después de ver mi miserable vida familiar juré no permitir golpes de ningún tipo a mi persona.

No volví a ver al imbécil que me dejó en mitad de la noche y afuera de la delegación, así que opté por cambiar la forma de ganar dinero. Me inscribí a un gimnasio para ligar más que por vanidad, pero nada, todo siguió igual; ya me andaba desesperando por no tener de dónde sacar para mantenerme y para las medicinas; sin embargo, mi suerte cambió totalmente. No fue precisamente un galán lo que conocí sino todo lo contrario, había una chica que se veía hermosa y un día me abordó con ciertas preguntas y comentarios como: ¿eres de por aquí?, ¿qué edad tienes?, ¿eres muy linda?, ¿estudias?, ¡pero qué alta eres! Ésta o me quiere ligar o qué chingados —me pregunté. Me cuestionaba todo tipo de cosas, asegurándose de que cumpliera con sus requisitos de admisión —ya sabrás a qué me refiero—, hasta que nos hicimos amigas. Poco a poco me dio la confianza para contarle un poco de mentiras sobre mi vida familiar (no podía contarle como me ganaba el dinero, así que disfracé mi historia con algunas flores). Le comenté que mi padre nos enviaba al mes algo de dinero para sobre llevar los gastos de mi madre y como anillo al dedo a mis problemas financieros se empezó a solucionar todo cuando me dio su tarjeta para ofrecerme trabajo. Ante toda la explicación que me daba me aclaró que se ganaba muy bien, mas debía de ser una persona muy abierta de mente para sobrellevar todo ello, lo que comprendí de inmediato fue que lo de «muy abierta» no sería otra cosa que cada una de mis piernas. ¡Y yo contándole mis tonterías familiares cuando ésta era una puta!

Lo había pensado desde hacía mucho pero, como te dije, no sabía cómo iniciarme en esa vida, bueno, en esta vida; porque no es lo mismo andar de noviecita con uno y otro (echándoles el rollo de que «mi mamá está enferma y yo sin dinero» y pues es obvio que ellos para meterte más rápido a la cama te dicen: no te preocupes, yo te ayudo, entonces, cuando menos lo esperas te dan una lanita, te compran dos o tres garritas y literalmente te ensartan, todo siendo la novia indefensa y necesitada, ¿verdad? Pero después tienes nuevamente que buscar a otro cabrón, ya que éste se volvió obsesivo y sus intereses cambiaron al sentirse ya muy seguro en la relación, y ya das las

nalgas sin recibir más que su amargo semen, sus celos y sus malhumorados días), que andar ya puteando a lo grande.

Pues ahí estaba el día de mi cumpleaños número diecisiete como a las cuatro de la tarde en la dirección que mostraba la tarjeta. Me recibió ella, tan hermosa, con su hermoso cuerpo cubierto por una falda a la rodilla que dejaba ver la pierna derecha hasta medio muslo; mientras sus protuberantes pechos despuntaban de su lindísima blusa blanca. El cabello recogido mostraba su cuello largo y elegante. Su pálida piel era disimulada con el maquillaje. Tan sutil, su blancura insípida. No era tan alta como yo, sin embargo a veces me parecía lo contrario pues manejaba muy bien su postura. Parecía una ejecutiva o algo así, como de telenovela o película. Tan linda. Sus manos largas y delicadas dejaban ver la buena vida que llevaba. Su dedo índice, de la mano derecha, se dirigió a mi nariz en un movimiento rápido de arriba hacia abajo como clavadista sobre el trampolín mientras la mano izquierda sujetaba su cintura. Se echó a reír. Hasta que te decidiste —dijo— ¿Estás lista? (Nada podía ser peor que lidiar con amores baratos —pensé—). Asentí con la cabeza y un intento de sonrisa se dibujó en mis labios. Se hizo a un lado invitándome a pasar a su piso, y entré al mundo de la seducción que se tiene que pagar o comprar. Yo le llamé a ese hogar *el templo del morbo*. En un año me pude haber pagado la escuela y salirme de esta mierda pero el dinero hace a uno perderse y encontrarse es lo más difícil. No te he dicho cómo perdí mi virginidad ni lo contaré, no obstante aquél día sentí que lo había hecho por primera vez, además rompía ya la moral que a mi madre y a mí nos había dado tan poco y me iniciaba con lo inmoral que ahora me ofrecía todo. Cuando cerró tras de nosotras la puerta del enorme apartamento, donde cabrían fácilmente tres como el mío, me explicó paso a paso lo que tenía que hacer y fue tan sutil como el explicarme que entre más los excitara más rápido terminarían y por consiguiente más rápido saldría de allí con mi dinero (bueno, no con el dinero en efectivo pues ella se encargaba de hacer el trato y pues ya en su departamento me pagaba). Lo primero lo sabía cómo toda mujer que pierde el apetito sexual por su pareja y pues cuando éste anda como perro tras una y sin decir con permiso, simplemente te baja o sube lo que traes y mete su «nervio» —como decía mi compañera en la primaria—,

lo que nos queda es excitarlo con las frases más vulgares que le gusten para que en menos de cinco minutos se quiten de encima de ti; lo segundo (el dinero), hizo que en un instante se me olvidará todo para simplemente planear mi vida futura y reorganizar la presente, así que ese mismo día comencé.

Luisa se llamaba, siete años mayor que yo. Me permitió bañarme en su depa sugiriéndome rasurarme todo vello en mi pubis, así que lo hice, debo decir que tenía que haberme depilado y no rasurado pues la comezón de las siguientes semanas era insoportable, pero eso se solucionó con el tiempo. Salí del baño. Entró al cuarto y me pidió quitarme la toalla. Se acercó a mí; me temblaron las manos pensando que quería algo más. Sonrió, mientras veía mi cuerpo de pies a cabeza; tocó mi chichi izquierda, la apretó y mientras cerraba su mano lentamente, deslizado sus dedos hacia mi pezón (rodeándolo con ellos y luego pellizcándolo suavemente), dirigió rápidamente su mano izquierda hacia mi nalga derecha y de igual forma la apretó aún con más rudeza al tiempo que me estrechaba hacia ella. Nuestros rostros estaban a un par de centímetros uno del otro. Su aliento era tan suave, tan limpio y un toque de dulzura lo acompañaba, dulzura que envolvió mis sentidos. Pero—qué-firmes-tienes-todo-aún —dijo con los dientes apretados y soltándose inmediatamente—, aunque tenemos que hacer algo más con esas nalguitas para que no desarmonice con lo demás. Soltó tal carcajada que dejó ver su perfecta dentadura blanca. Me prestó un hermoso vestido. Me maquilló como solía hacerlo ella; hizo unas llamadas y esperamos. Tomó dos vasos, exprimió unas gotas de limón, una mínima pizca de sal, sirvió tequila y refresco de toronja; me ofreció un vaso mientras me decía que lo bebiera para calmar los nervios y ansiedad. Me comentó que me «pasaría» unos clientes por una pequeña comisión, así que estuve de acuerdo. Mira, siempre se ofrece una hora o lo que ellos duren —me aclaraba—; adviérteles que el tiempo que quieran extra costará igual que la primera hora. Ya verás que se desanimarán y decidirán irse. Si ocurriera lo contrario ellos ya saben que me lo pagarán a mí, así que diles que me llamen en ese instante, ¿Ok? Algunas veces te darán ganas de quedarte con alguno, ya sea por guapo, por interesante, por su enorme pene, o porque coge riquísimo, sin embargo debes abstenerte de

involucrarte con ellos. No los beses en la boca... ¡jamás! (nunca supe el por qué de este cliché que había escuchado por todos lados, incluso en películas. Como si un beso te arrancara el alma. ¡Tonterías! Yo me agasajaba). Deja que te platiquen, que te lloren, que te acaricien. Cuando puedas comenta que siempre hay alguien esperándote afuera; que además de trabajar para mí, también lo haces para alguien muy importante, no sé, algún narco, algún policía, algún político; que nunca sepan que estás sola, pero tampoco los asustes con ello porque no te volverán a llamar —me explicaba. Eso es sólo por si se quieren sobre pasar los cabrones. Recibirás setecientos y yo me quedo con trescientos y nunca hables del pago con los clientes, yo siempre te daré aquí tu dinero, ¿ok? ¿Setecientos? ¿Diarios? —pregunté con asombro y emoción— (aunque ahora que lo pienso bien se aprovechaba de mi falta de experiencia, ya que mínimo se quedaba con dos mil para ella). Sí, aunque hoy serán dos horas y estarán aquí, pues ya es tarde para que vayan a otro lado —dijo. Mañana vendrás a eso de las diez de la mañana y te organizaré otras más. Me hizo cuentas: si haces tres o cuatro al día, serán máximo unos dos mil ochocientos para ti, diarios (o sea, unos seis u ocho mil para la cabrona) y cuando ya tengas tus clientes pues será aún más. Eso depende de lo que aguantes o de cómo te sientas. Cuando tengas la oportunidad y hayas juntado vemos lo de tus nalguitas, ¿entiendes? Tus piernas están muy bien torneadas; tienes grandes y duros tus pechos y tienes una figura bonita, no obstante entre más nalgonas estés más se excitan los calenturientos y más rapidito todo —decía Luisa con una risa maliciosa. Entonces se escuchó el timbre del departamento y se dirigió a abrir, al tiempo que mi corazón se aceleraba a mil por hora, los nervios me hacían querer vomitar la bebida sobre la alfombra y un sudor frío brotaba de todo mi cuerpo. Un tipo muy alto se encontraba ahí. Ambos rieron, se dieron un beso por mejilla y un abrazo. Lo hizo pasar presentándome al mismo tiempo. Ella te atenderá hoy, porque yo tengo un compromiso —le decía al tipo— está aprendiendo este negocio así que pensé en ti para que no fuera tan cohibida. Espero se lleven bien y le presentes a tus amigos. Bien, pues los dejas solos, regreso en un par de horas. Salió y fue entonces que empecé a ganarme la vida dignamente.

Tal vez medía como un metro noventa o más. Su piel no era blanca ni

morena, tenía el punto perfecto. El vello que se alojaba en su pecho no me era grotesco pues no abundaba en exceso como lo había visto en otros hombres. Con su torso desnudo se paró frente a mí, que estaba sentada al costado de la cama, viéndolo; me tomó por mis brazos y me insinuó levantarme muy lentamente mientras su boca buscaba la mía. Me dejé llevar rompiendo la regla que me había dado Luisa. Los nervios se convirtieron en éxtasis más que en excitación. Me sentí mojada. Sus manos recorrían mi cuerpo sobre el vestido: del busto a la espalda y luego bajaban a mis nalgas apretándolas con suavidad. Pronto encontró mi piel desnuda a la altura de mis muslos e introdujo por fin las manos bajo el vestido dirigiéndolas a mis nalgas, acariciándolas reiteradamente. Yo busqué su pene sobre el pantalón y me sorprendió su tamaño.

Como mi uno setenta y tres centímetros se convertían en ciento ochenta y cinco centímetros con los tacones, a la mayoría de los hombres con los que salí les era complicada mi altura incluso en la cama, ya por su baja estatura, ya por sus pequeños o flácidos penes; no era este el caso. Me llevaba tan fácil, se acoplaba a mí y yo a él sin ninguna dificultad. Sabía que mucha la suerte de encontrarme un hombre así y sin embargo en mis futuras citas, comprendía, habría de todo nuevamente, pero aproveché lo que ese día se me dio de regalo a mis diecisiete años. Pero qué cosas te cuento. Lo siento. No quiero ocultarte nada de mi vida.

Lo hicimos casi las dos horas que Luisa estuvo ausente. No quería que se fuera y quería que fuese mi novio para siempre, sin embargo entendí que al final a él no le importaba yo, sino satisfacerse. Nos vestimos y cuando nuestra mirada se cruzó, una sonrisa se dibujó en los dos. ¿Estás bien? —preguntó. ¿A qué te refieres? —le respondí desconcertada. Te sangra la nariz —dijo y al mismo tiempo señalaba la misma. Llevé mis dedos con suavidad a mi nariz y sentí el calor de la sangre. ¿Estás bien? —volvió a preguntar. Corrí al baño mientras le gritaba que sí, que estaba bien, que no era nada... ¡el calor! —dije. No había comido ese día.

Llegó Luisa pocos minutos después de que él partiera (probablemente se habían encontrado en las escaleras del edificio), me preguntó los detalles: cómo me había sentido, me había agradado todo, lo seguiría haciendo; en fin

a todo le dije que sí. Quédate con el vestido. Mañana nos vemos. Me dio mi parte y me despidió. Bajé del edificio y salí a la calle. Miré la tarjeta de nuevo: Tamaulipas 115 Condesa. Apartamento 202 B. Miré el edificio, la avenida, la colonia. Me encantaba. Le hice la parada a un taxi. Lo abordé. ¿Podría llevarme a Lomas Estrella? —pregunté, ya abordo del auto. (Era claro que esa no era mi colonia, sino la Popular Oriente pero para no asustarlos siempre daba la zona residencial que era vecina a la mía) ¿Dónde queda? —me preguntó el taxista—, rumbo a Iztapalapa. Lo siento no voy hasta allá —dijo mirándome por el espejo retrovisor. Lléveme, pues, a alguna estación del metro, en Tlalpan —le respondí enojada. Desvié mi mirada del reflejo de sus ojos y la puse en el paisaje urbano de aquella colonia que me mostraba sus cafeterías y bares, sus viejas casas y sus nuevos condominios, mientras pensaba en mi horrible colonia.

Me bajó en la estación General Anaya, justo donde el imbécil me había golpeado. Miré el reloj: nueve y cuarto. Hice señas a otro taxi y lo abordé. Di la dirección y sin ningún refunfuño me llevó.

Llegué a casa: También era un departamento, dentro de un conjunto habitacional donde habitaba el olvido y la violencia. Mi madre no notó el vestido tanto como el segundo taxista que al bajar me propuso tantas porquerías. Me reprochaba mi ausencia y me restregaba sus dolencias que ya empezaban a agudizarse pero que aún no la inutilizaban. Fui a mi cama y dormí profundamente. Recostada y amodorrada sentí cómo mi mamá acariciaba mi frente pero yo seguía soñando:

## I

*Yo había quedado inconsciente desde el primer golpe, sin embargo al tipo no le importó y siguió pateándome en el rostro hasta pensar que había muerto. Por fin huyó del lugar abrochándose el cinturón, sin prisa alguna, creyendo haberme matado con tanto golpe. La sangre corría por todos lados.*

*Se me echó encima nuevamente y me volteó boca arriba, quedando frente a mí. Volvió a penetrarme, sin embargo la satisfacción no fue la misma pues*

*yo estaba inconsciente ya. Se levantó inmediatamente, sosteniendo su pantalón con las manos, y me pateo el rostro una y otra vez —cada golpe con más saña—, mientras a él se le dibujaba en el rostro una sonrisa y el cabello, desaliñado, se le escurría por el movimiento de las patadas. Mi cuerpo inconsciente parecía haber perdido su forma, parecía un bulto teñido de rojo por la sangre que se encontraba en todo el lugar.*

*El hombre rio al verme arrastrando y abalanzó su cuerpo sobre mí otra vez. Me besaba, me mordía, me jalaba el cabello, mordía mis senos, nalgas; todo esto acompañado de alaridos que salían de mi alma. Yo, con la poca fuerza y valor que aún tenía le escupí. La cara del hombre se lleno de saliva mezclada con sangre. Enfurecido se levantó y me tomó por el cabello. Me golpeó con el puño derecho incontables veces hasta dejarme inconsciente, llenando el silencio de un golpetear sordo, como cuando se ha dejado caer algún objeto pesado sobre la alfombra.*

*Los segundos parecían horas y cuando por fin el agresor consumió el abuso se quedó sobre de mí, dejando que su peso me impidiera respirar. Me murmuró al oído obscenidades que ya no escuchaba. En un instante el violador se recostó a mi lado, en el pavimento y yo me arrastré por el suelo desnuda y llorando por lo sucedido. Él se puso de pie, abotonando la camisa que en el forcejeo se había abierto y acomodándose el pelo. No me dijo ya nada, sólo se escuchaba mi llanto y el respirar todavía agitado de mi agresor.*

## **II**

*De un golpe en la cara me tiro al piso. Me penetró incansablemente, sodomizándome, mordiendo mi espalda, cuello, hombros y dando, de cuando en cuando, golpes en mis costillas, nuca o cara, mientras yo enloquecía de terror e impotencia. Mi grito sordo sólo hacía enfurecer y al mismo tiempo excitar más a mi agresor.*

*Me arrastró hasta el fondo del callejón, sin cambiar la posición de nuestros cuerpos contra la pared, y volvió a recorrer con su mano derecha*

*una vez más mi cuerpo. Metió la mano bajo el vestido y sintió la prenda interior; frotó sus dedos bruscamente sobre mis pantaletas y pronto la hizo a un lado con los dedos y me penetro rápidamente con uno de ellos. Yo abría los ojos y lo veía con terror, con odio. Mis lágrimas y mocos cubrían la mano de mi atacante, pero a él no le importaba. Con movimientos bruscos trataba de meter más su dedo, mientras lamía mi cuello y me decía que me cogería muy rico, entonces tomó mi prenda interior y la arrancó de un solo jalón; tomó por el escote mi vestido con la mano que tenía libre y terminó de una vez por todas por despojarme de todo lo que cubría mi cuerpo. Por más que trataba de quitarle la mano de mi boca, era totalmente inútil, pues el hombre se enfurecía y sujetaba fuertemente mi cabeza, presionándola hacia la pared, excitado por el forcejeo que yo hacía.*

*El atacante me sujetó después por el brazo y pronto me tuvo contra la pared de aquel callejón oscuro, presionando, con su antebrazo izquierdo, mi cuello y pecho, mientras con su mano derecha recorría mi cuerpo: primero mis pechos, luego el vientre, mis nalgas y por último mi sexo. Con el mismo brazo izquierdo me cubrió la boca hábilmente, con la destreza de alguien que lo ha hecho en muchas ocasiones y selló cualquier indicio de alerta de cualquiera que pasara por ahí, aunque nadie lo hiciera a esas horas.*

*El sonido de mi teléfono alertó a alguien de mi presencia. Entonces, justo cuando pasé junto al callejón unos pasos me siguieron por un par de metros, y fue entonces que el hombre me sujetó del cabello, arrastrándome hacia las fauces oscuras de aquella calleja sin salida.*

*Cuando pasé por el callejón un hilo de sudor bajó desde mi nuca perdiéndose en el nacimiento de mi espalda por el nerviosismo de encontrarme sola. Caminé por la avenida, pero a tan altas horas de la madrugada cualquier lugar causa temor incluso para el más osado, así que ese temor me invadía. El teléfono celular sonó con una melodía que se escuchaba hasta muy lejos por el silencio de la noche y de vez en cuando lo rompía también el sonido de algún vehículo que pasaba a toda velocidad por la avenida.*

### **III**

*Mi celular sonaba, aunque todo era inútil pues yo no respondería, él pensó que el enojo era la causa por lo cual yo rechazaba las llamadas. Mientras conducía el vehículo por la avenida, varios kilómetros adelante de donde me había dejado por la discusión, decidió regresar, no obstante, no pudo encontrarme. Sin embargo pensó que habría tomado un taxi. Así que decidió esperar para llamarle al día siguiente.*

*Descendí del auto dando un portazo que sabía le hacía enojar y corrí en sentido contrario de la avenida. El enojo era absurdo y muy raro por parte de él, mas ninguno de los dos hizo algo (como solíamos hacer siempre que existía alguna diferencia) por arreglar la situación de cólera.*

## **IV**

*Cuando la discusión subió de tono, un kilómetro después de la estación del metro Ermita, abrí la puerta del coche sin importarme que éste estuviera andando: ¡bájame aquí! —le dije—, e inmediatamente orilló el auto y descendí llorando.*

*Después de aquel mutismo incómodo, él hizo insinuación una vez más de infidelidades que se inventaba (encendió la direccional derecha para incorporarse de avenida Periférico a Ermita), no dije nada, así que nuevamente me atacaba con palabras que no pensaba debido a sus celos. Poco a poco el enojo se convirtió en reproches que iban y venían y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, así que durante el camino, de avenida División del Norte hasta el entronque con Tlalpan (dirigiéndonos al departamento de él), no paramos de arrojarnos inconformidades, defectos y reproches. Entonces le exigí que me llevara a mi casa y él accedió con un silencio que aturdió el interior del coche.*

*El rechazo que le hice lo enojó. Lo más probable es que estés saliendo con alguien más y ya no quieres ni siquiera estar conmigo —me decía. Recibo sólo migajas de tu tiempo. Pero no era que no quisiera estar con él, al contrario, deseaba incluso que hiciéramos el amor, aunque la realidad era que verdaderamente estaba cansada y estresada de aquel laborioso día que*

*había tenido.*

*—En verdad estoy muy cansada, y prefiero ir a dormir a mi casa. —Te prometo que mañana iremos a donde tú quieras.*

## V

*En un momento el silencio se rompió y ambos platicamos la rutina del día. Para él había sido grandioso; el negocio que le había sido heredado por su padre prosperaba perfectamente. Para mí el tedio de cuidar a mi madre me hacía decir poco.*

*Él buscaba las palabras sutiles para insinuarme que quería hacer el amor y proponerme ir a su departamento; yo lo sabía y lo deseaba y él sabía eso así que prefirió no decir nada aceptando todo tácitamente. Yo, sin embargo, desistiría de sus deseos.*

*Un par de horas después de la reunión, en mitad de la noche, mientras íbamos por avenida División del Norte, nos preguntábamos cada uno en silencio hacía dónde iríamos. La ciudad sin tránsito nos haría llegar a dónde quisiéramos en tan sólo unos minutos.*

*A las ocho de la noche pasó por mí a la casa de Luisa y nos dirigimos a una reunión con amigos de él en un bar en la colonia Condesa. Yo no tenía esas ganas que otros días me invadían. Pero la reunión se tornó divertida y amena, así que aproveché para estar ese par de horas con mi novio, muy a gusto, con la felicidad que él siempre me hacía sentir.*

Mamá me despertó con suaves golpes en las mejillas. Yo sudaba. ¡Ya despierta! —gritaba, mientras me tranquilizaba con sus manos. Me comentó cómo empecé a moverme desesperadamente y poco a poco fui recobrando la paz y el ritmo de mi respiración. Lo único que recordaba era eso: rabia, mucho miedo y al final una tranquilidad inmensurable. No pude evocar lo que había soñado. Mi madre regresó con paso lento a su cuarto, quejándose del dolor que habitaba a esa hora de la madrugada en sus huesos y articulaciones mientras yo me reacomodaba en mi cama sin recordar nada.

Dormí profundamente.

Había quedado en volver con Luisa a las diez de la mañana, sin embargo me sentía cansada y me desperté a la hora que tenía que estar con ella. Me levanté, me bañé y me arreglé para un nuevo día de trabajo. Esta vez decidí llevarme mi mejor vestido, para que Luisa no me viera tan jodida. Cuando me lo ponía tenía la sensación de haberlo visto en el sueño de la noche anterior. Aún así seguí sin recordar nada. Noté que mi madre estaba recostada y le escribí una nota:

*Iré a ver lo de la universidad. Llegaré tarde, no me esperes. Te dejo dinero. Besos.*

Dejé los billetes en la mesa, sobre la nota y salí. No sé si mi madre sospechaba que en realidad la escuela la había dejado desde hacía un par de años o aún quería ilusionarse con la satisfacción de verme como profesionalista. Yo hubiese preferido lo último. Nunca me preguntó por la prepa; yo era quien tenía que encender la mecha de ese tema para comentarle las mentiras sobre las materias que me faltaban para terminar y de que ya faltaba poco para entrar a la universidad. Jamás preguntó sobre qué estudiaría o cuándo me darían mi certificado de la preparatoria. Eso me hizo más fácil todo para mentirle cuando era necesario.

Llegué con Luisa como a eso de la una de la tarde y me recibió con su blanca sonrisa. Llegas tarde —dijo. Cancelé una cita en Polanco. Me miró de abajo hacia arriba y diciéndome, al mismo tiempo, que teníamos que hacer algo con mi ropa. No me pasó a su casa. Me sentí cansada —le expliqué— y no pude dormir bien —añadí. Sonrió.

—Tienes que ir a esta dirección (me dio un papel con la dirección y un nombre). No da tiempo ya de que te cambies. Cuando regreses te prestaré algunos vestidos para las otras citas.

—¿Habrá muchas?

—Suficientes para que te compres buena ropa.

Llegó un taxi, que al parecer trabajaba con ella, y me condujo a él.

Llévala a esta dirección y la esperas, sólo irá a una junta y a firmar unos papeles; tardará cómo una hora —le explicó al chofer. El taxista no dijo nada y a mí me cerró el ojo mientras decía eso. Comprendí todo en seguida. No le hables de dinero al cliente —me susurró al oído—, yo me arreglo con él. Abordé el taxi y salimos rumbo a Santa Fe. En el camino el taxista me miraba de cuando en cuando por el espejo sin decir palabra alguna durante la mayoría del camino, yo pensé que era un morbosos, sin embargo cuando estábamos a punto de llegar se dio valor y me dijo: —usted es la nueva asistente de la señorita Luisa, ¿verdad? Asentí con la cabeza y mis gesticulaciones se paralizaron en una especie como de sonrisa y seriedad, como ese cuadro de la Mona esa... ¡ándale!, la Mona Lisa, que no se ríe pero tampoco está seria, igualito me pasó, sólo que mis ojitos miraban de izquierda a derecha, dudosos y yo sin decir palabra alguna. No sé por qué no le duran sus asistentes —me dijo con más confianza—, espero que usted sí. Pensé que yo había sido la primera, no obstante me di cuenta de que ya había reclutado a otras tantas.

—Usted es la más joven o por lo menos eso aparenta. Las otras eran muy engreídas y con el tiempo se volvieron pedantes. No sé qué les pasa. Espero que usted no sea así.

—No lo creo. A mí me educaron para respetar a las personas —mentí. ¿Quién carajos me iba a inculcar ese respeto? Nadie en mi familia me había enseñado tales principios.

—Me da gusto, señorita, ojalá que la agencia de modelaje no la haga perder los pies de la tierra.

¿Agencia? —pensé y reí para mis adentros—. Así que eso es lo que cree que es, el vejete. No, siempre con los pies bien puestos en la tierra —afirmé. Sonrió. ¡Llegamos! —dijo inmediatamente. La esperaré por aquí. Bajé del tsuru y vi el enorme edificio, parecía hotel. Alguien te abrió la puerta, tenía su recepción y hasta elevadores. Pregunté por el nombre que tenía escrito en el papel. Hicieron una llamada y me pidieron tomara el elevador y presionara PH. Subí y mi sorpresa fue llegar directamente al apartamento, que hacía ver el de Luisa pequeño y al mío tan insignificante que podría caber en el baño de aquél.

Me recibió un tipo en bata. De cabello rubio y abundante vello en el pecho y piernas. Le sonreí y saludé. Puedes ir a la habitación y me señaló el camino, voy en seguida —dijo mientras tomaba el teléfono y revisaba unos papeles. Me dirigí a la recámara observando toda la casa. Llegué al cuarto y me senté a esperarlo. Pronto apareció sin bata y sus escurridas caderas dejaron ver la blancura marcada por la falta de sol en algunas partes, mientras que en otras su piel era roja, quemada, gastada por los rayos del astro rey. Su flácido pene me causo asco. Le sonreí y se acercó a mí tomándome por la cabeza e insinuando le hiciera sexo oral.

Cuando salí de ahí el taxista me esperaba afuera del auto, recargado a un costado de este. Al verme abrió la puerta mientras me decía lo gustoso que estaba de no haber esperado más de dos horas como lo hacía con las otras chicas. Sólo le sonreí y subí al taxi, hastiada por aquella visita.

*Qué hermoso departamento tan grotesco con bata y su pene grueso y flácido pero que haré con mi vida me costará tanto ser como Luisa tengo que seguir estudiando y aún faltan más hombres a quien ver qué asco imaginará mamá todo esto cuánto juntaré en un año este fue el hombre más asqueroso que me ha tocado el vello rubio en su lechoso pecho nalgas espalda que vista desde la recamara a dónde iré ahora en cuanto llegue con Luisa le pediré me deje bañar maldito sabor amargo me dejo su semen todo fue muy rápido espero así sea en el futuro qué será del de ayer tan hermoso apúrate me urge lavarme la boca siempre será él quien me lleve yo creo que sí sabe de qué se trata todo esto pero se hace güey ahora me anda de la pipí uno con sus prisas y este imbécil con su calmas espero estén bonitos los otros vestidos que me prestará qué bueno que traje más ropa interior mañana ya es viernes ni modo esta vida escogí así que me chingo.*

Llegué donde Luisa a eso de las cuatro y media. El chofer se apuró a abrirme la puerta para que bajara. Estaré aquí —dijo. Toqué el timbre y se escuchó inmediatamente el zumbido que hacía vibrar la chapa, la empuje y se

abrió. Subí corriendo mientras contraía mi esfínter pero ya comenzaba a salir la orina. La puerta estaba abierta. Entraré a tu baño —grité—, sin embargo no respondió y me dirigí hacia el lugar. Al final enjuagué varias veces mi boca pegajosa y amarga. Cuando salí me dio otra dirección, un vaso con hielo, ron y coca cola.

—Tienes que estar a las seis.

—Permíteme bañarme.

—Adelante. En mi cuarto están los vestidos que te daré; ponte el que quieras pero deja los demás y cuando vengas aquí te cambias. Necesito que vengas de tu casa siempre de vestir y cuando llegues te cambias para ir a las citas.

Me pareció excelente la idea ya que no tendría que ir y venir muy arreglada, siempre con vestidos, soportando primero en el pesero, luego en el metro y por último en el taxi las patanerías de siempre. Además en la unidad no especularían nada malo.

Los siguientes encuentros o citas tuvieron su maridaje unos con otros. Unos me platicaban su matrimonio, bueno o malo; otros su noviazgo, otros se sentían solos y con problemas en el trabajo, hasta les decía cursimente: puedes llorar en mi hombro. ¿Puedes creerlo? ¡Y lo hacían! Había de todo: Ricos judíos de Polanco, con su blancura simple y su vellosidad abundante, otros políticos (los más prepotentes), empresarios y hasta comerciantes de Tepito (que eran lindísimos) y de esos que tienen bodegas en la Central de Abasto que nadie daría un peso por ellos (¿un peso por ellos?, y es que en México sucede algo que creo que sólo es parte de este país, ¡a poco no?, es decir, el prieto, moreno, morocho equivale a pobre, a delincuente a rico ignorante; el blanco, rubio, equivale a rico... cuantas veces no he visto por aquí y por allá el «pinche indio naco» que sale de la boca de todos, sin excepción ¿te ha pasado que a veces lo dices? Siempre ante todo el «indio», como si serlo fuera menos, como si tener la piel café fuese signo de pobreza, delincuencia o ignorancia. «Habría que echar un vistazo a la historia y entonces sabríamos quienes somos, de dónde venimos, a dónde quedamos. Doscientos años de esclavitud, de mala alimentación; otros doscientos de emancipación de pobreza de otra esclavitud y de mala alimentación.

Quinientos años fregados; ¿cómo querían que nos desarrolláramos y creciéramos como los Águila o los Jaguar? —guerreros de esa raza esclavizada. Sí, la piel quemada por la pobreza, por la humillación; la piel morena, morocha, morucha. Pero de eso nadie se acuerda. No, si apenas vemos a un güerito, gringo, alemán, español, argentino... cualquier nacionalidad y se les abre las puertas de todo: restaurante, bar. Facilidad para poner cualquier empresa o negocio y los «pinches indios nacos» lamiendo sus zapatos...» No me hagas mucho caso, lo leí alguna vez no sé dónde), de todo tipo de personas sin importar nada excepto que tuvieran para pagar, lo demás era incuestionable. En una ocasión el encuentro se realizó en un hotel de Tlalpan, el Harare; sí, de lo más bajo pero como no hubo taxi que me llevara a otro más cerca de la casa de Luisa yo lo cité en ese lugar para que me quedara más cómodo transportarme hasta mi casa; también porque, cuando niña, íbamos al centro en el metro mi mamá, mis hermanos y yo (nunca con mi padre) y me daba curiosidad saber cómo era ese hotel en particular. En ese entonces tenía unas vecinas que platicaban que se habían hospedado en un hotel en Acapulco, muy bonito, que daba al mar y que tenía su alberca; así que ignorante yo, al ir al centro y ver ese hotel me imaginaba la playa que tendría adentro con su inmenso mar y esas albercas tranquilas donde mis vecinas se tiraban a tomar el sol y yo pensaba, ingenua: ahí está Acapulco, mientras íbamos dejando atrás el hotel, y el convoy seguía su camino. Cuando entré al Harare mi único mar era un Jacuzzi y lo más salobre en lo que me pude ahogar fue en el semen de algún amor barato de los que tuve en un principio. Por eso le agarré cariño al hotelito. Al final, me sería más rápido llegar a mi casa desde ahí. Ya no viajaba en metro ni en pesero como antes. Desde el primer día de concupiscencia con Luisa tomé sólo taxis.

El cliente era un tipo no mayor que yo —contaba ya con dieciocho abriles y un octubre—, o sea, casi diecinueve añitos. La cara de él, juvenil, y su nerviosismo me hacía pensar que tendría que llevarlo en todo momento, sin embargo sería más fácil y rápido todo aquel devaneo. Siempre he pensado que los hoteles o moteles son más excitantes y más impersonales, es decir, no dejas nada ahí que te haga recordar; son para lo que son y listo (desde el punto de vista de mi profesión). Una persona te dirige a tu cochera, baja

quien tiene que bajar del auto, paga (el encargado sabe a lo que se va ahí), el *room service*, no hace preguntas. Uno coge, fuma, platica, se baña, ve la tele, bebe, se droga, mata y a nadie le importa. Sales de ahí e inmediatamente entran otras personas a limpiar la escena para que un nuevo juego comience; no así en la casa o departamento de ciertas personas donde llegas y hay reglas. ¡No toques aquello! —grita uno. Te puedes ir ya —dice otro. El hotel, cómplice de la febrilidad; te acoge íntimamente y te cobija los días y noches que quieras (o que pagues). Hotel, dulce hotel... hogar, triste hogar; estatuas de sal. Habitación con vistas a tu piel... decía aquella canción.

Me sentía una puta esperando en la esquina —sabía que lo era, pero con más caché. Caminé y me escondí tras las enormes jardineras. Un AUDI me recogió. Su acero grisáceo reflejaba las luces de las habitaciones del hotel que daban a Tlalpan. Me reconoció. No bajó a abrirme la puerta del coche. Estaba apresurado en entrar. El empleado nos dirigió al garaje de la habitación. Entramos. Bajó del auto y pagó tembloroso. Radio universal —escuché decir por la radio del auto. Cerraron la puerta eléctrica y bajé sin esperar a que me abriera la portezuela. Nuestras miradas se cruzaron y ambos sonreímos. Tranquilo —le dije y sujeté su mano izquierda.

—Estoy nervioso, nunca había pagado por esto.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo, así que lo mejor será disfrutar la siguiente hora.

Subimos las escaleras y entramos al cuarto. Yo era ya una mujer madura y segura para mi edad. La vida me había llevado a conocer a todo tipo de personas y niveles sociales que me hacían ver la vida de distinta manera, imparcialmente o desde en medio se puede decir, y no verla de aquí para allá o de allá para acá. Estaba inmersa en esos mundos. Estar en cada uno de los estatus sociales. Una vez hasta entré a una casa en el Pedregal y mientras estábamos sentados en la sala, que era circular, me percaté que la vista que tenía del jardín se había ido y ahora se encontraban las luces de la ciudad. ¿Para qué poner a girar posters tan grandes en las ventanas? —me pregunté con la ignorancia que me caracterizaba desde siempre. No eran posters o fotografías, era la casa misma que giraba con tal lentitud que ni siquiera se percibía el movimiento.

Se sentó en la cama. Entré al baño mojé una toalla y limpié el sudor de mi sexo. Salí y vi que el televisor lo atrapaba. Me dirigí al aparato y lo apagué. Es mejor aprovechar el tiempo que te sobra en otras cosas, ¿no?

Noté que le sudaban sus manos cuando las dirigía hacia mi cuerpo, bajo el vestido. Sentí su miembro totalmente erecto. Lo despojé de su camisa y su pantalón. Su calzón estrechaba su sexo y lo hacía pronunciarse más. Se sentó y yo lo hice también pero sobre sus muslos. Saqué mi vestido por sobre mis hombros y cabeza; froté mi clítoris en su escondido y ansioso pene.

—No te quites lo demás, quiero verte con ambas prendas —me dijo cuando desabrochaba mi sostén. Asentí con la cabeza.

Besaba la parte superior de mis senos que se asomaba por el sostén. Lo arrojé a la cama y mordí sus pezones, lamí sus dedos y bajé hasta su pene que mordisqueé, también, suavemente con mis dientes y sobre su trusa. Me hizo a un lado y pronto se despojó de su última prenda; me subió sobre sus muslos mientras lamía mi pecho e intentaba penetrarme. Desistí inmediatamente buscando un condón que saqué y le coloqué con habilidad para que no perdiera esa excitación. Por fin pudo penetrarme y su energía se truncó en poco menos de diez minutos tras su eyaculación. Me aparté por otros tantos minutos de él y luego lo mimé para despedirme. Ten, quédate otras dos horas —dijo y sacó cinco billetes de doscientos y otros dos de quinientos. Miré el reloj y accedí. Pronto se quedó dormido y yo me acurruqué abrazándolo y también me quedé dormida.

*Había pensado desde siempre que cuando tenía aquella sensación en el estómago era la señal para saber que esa mujer era la que estaría conmigo toda la vida. Pero por aquel entonces carecía de experiencias con respecto a los desengaños.*

*Salí de clase y caminé buscando mi teléfono en la bolsa de mi chamarra. Seguí andando por el pasillo cuando me encontré a una pareja que se besaba. Se ven tan cursis —pensé— aunque añoré aquellos tiempos de escuela-estudiante (y no escuela-profesor) haciendo lo mismo o bajo la marquesina del zaguán de alguna novia.*

*Le llamé a su teléfono celular y su voz fría me respondió con su clásico*

«hola», que no causaba otra cosa que temerle cuando le hablaba, pues nunca sabía si estaba de buen o mal humor para hablar: ¿Te espero para llevarte? —pregunté; afirmó que sí. Recordé a la pareja que se besaba con mucha pasión comparándola en un instante con nuestra relación. Nada que ver con nosotros, sólo despojos de su amor —pensé. Subí a mi oficina en el edificio «D», vi el reloj y revisé algunos trabajos. No dejaba de pensar en ella.

Una hora después de llamarla, confirmé lo que ya imaginaba, se había largado de la escuela con sus amigas y amigos. Muchas veces tuve el presentimiento de su infidelidad, sin embargo prefería vivir con ese pensamiento que sin ella, además la justificaba siempre con el hecho de que sería incapaz de engañarme y que sus cambios de actitud eran parte de su carácter.

Algunas otras veces me preguntaba el por qué continuaba con esta relación que, más de una vez, me era agobiante por temer a que me abandonara. La amaba. Esta mujer me cautivaba por esa forma de ser, tan cruel y tan distante, tan alegremente fría; siempre me recordaba un par de canciones. Entonces llegaban a mi mente los instantes de cuando nos encerramos en el hotel por primera vez y le leía algunas páginas de «El amor en los tiempos del cólera». Después de cerrar el libro la besé y traté de hurgar por su pantalón sin obtener esa grata recompensa. Todo fue un rotundo fracaso, y salimos de ahí sin haber conseguido hacer el amor, sin embargo, con todo eso me sentía muy atraído por ella. Sabía que era con quien quería estar por mucho, mucho tiempo.

Bajé las escaleras y me dirigí a mi coche. En el asiento trasero estaba el regalo que le había comprado: un inmovilizador eléctrico que me había pedido debido a agresiones y acosos en la calle, peseros y taxis. Yo al principio estaba en desacuerdo, pero en el último momento decidí comprarlo y obsequiárselo junto con un suéter y una blusa. Escondí el inmovilizador en algún lugar del coche, aún indeciso por dárselo, y coloqué el suéter en el asiento trasero.

En el camino a mi departamento pensaba sobre ella y en su cruel forma de ser conmigo; algo se encontraba mal entre nosotros o quizá sólo era la

*diferencia de edades. Quería pensar en muchas otras cosas, no obstante, no podía. Me preguntaba si a caso esto solía pasarle a todos o sólo a un cuarentón como yo; en fin, era poco el tiempo en que no pensaba en la chica y sus dieciocho años. Como dije antes, la amaba y eso era tonto, pues desconfiaba de lo que sentía hacia mí y aunque sabía que no me engañaba, siempre estaba presente esa duda. Muchas veces pensé que por los regalos o los lugares tan caros que frecuentábamos, para impresionarla, y por la ayuda que le daba para la enfermedad de su madre, no tendría en mente engañarme y cambiar todo eso por estar con alguien más. Lo sabía y por eso hacía todo para retenerla, lamiendo las huellas de su olor. Buscando mil cosas para llamar su atención y, aunque sé que lo lograba, era tan fría que me inspiraba mil cosas para escribirle y reprocharle. A pesar de ello no lo hacía.*

*Su piel me cautivaba. Eran las nueve de la noche y cantábamos, los dos borrachos, en la sala de mi casa. Le obsequié el suéter. Me abrazó y besó mientras admiraba mi regalo. La música se terminó y nos besamos. Desabroché su pantalón y luego su blusa. La besé. Su piel era tan suave que quería tenerla por siempre, su aroma era indescriptible y sus senos... La besé otra vez queriendo que jamás pasara ese instante. Como siempre era inevitable, tenía que irse. Recibía sólo su prisa, No sé si eso me gustaba pero tampoco me era grato recibirlo.*

*Al día siguiente y como la mayoría de los días, me comprometí para llevarla a su lugar de trabajo. A mí me alcanzaba bien el tiempo para regresar a dar clase en la universidad.*

*Le propuse que no fuera a su oficina y yo haría lo mismo, así podríamos pasar lo que restaba del día, juntos, sin embargo insistió en que lo mejor sería no faltar para así poderlo hacer el viernes y estar juntos.*

*Me pidió que la dejara una cuadra antes, justo en la tienda para comprar algunas cosas y poder comer en su oficina, no obstante, al llegar olvidó entrar a la tienda, cosa que vi con rareza, así que, cuando se despedía de mí, le recordé comprar algo para que comiera, no obstante fue muy displicente con mi comentario. Yo, mientras tanto, la veía alejarse y entrar al edificio donde laboraba, entonces él que decidió comprar algo, para comer, en la*

tienda, ;fui yo; cuando regresé al coche y estaba a punto de incorporarme a la avenida la vi salir y caminar por la acera creyendo que yo ya había partido. Me estacioné nuevamente, cuidando que no me viese, paré el motor del auto mientras la veía sentada en una banca del parque que estaba a unos metros de su edificio mirando su reloj y viendo a los coches ansiosamente, moviendo su pierna derecha con nerviosismo.

En un instante un coche se acercó y ella subió con una sonrisa colgante, hasta que no pude ver mas que siluetas por la ventana trasera del coche que la recogió. Se abrazaban y se besaban. Yo me quedé petrificado de dolor, de coraje, por toda aquella situación. Se alejaron. Los seguí, cegado por la adrenalina que aquel momento amargo me hacía sentir. Se incorporaron a Tlalpan y yo tras ellos.

Entonces entraron a un motel llamado Harare. Me estacioné y esperé a que el mozo los atendiera y les mostrara su garaje y su habitación. Entré también y enseguida me atendió el otro mozo. Pude ver en cuál habitación se habían instalado. Pagué otro cuarto. Me lo dieron tres o cuatro antes del de ellos. Metí el coche, bajé de él y pagué, mientras el mozo me miraba sospechosamente por mi estancia individual, además no dejaba de voltear hacia la habitación donde ellos habían entrado.

Estuve como veinte o treinta minutos en el coche pensando en sus actitudes y en la forma en que estarían haciendo el amor en ese instante. La oscuridad que me envolvía en aquel garaje me hacía imaginarme a la pareja de amantes, en pleno acto. Podía verlos con claridad. Creo que en ese momento entendía su frialdad, sus cambios repentinos de carácter y algunas otras cosas que pude conjeturar y comprender, como llamadas repentinas a su teléfono cuando estábamos juntos y por las cuales tenía que irse con cualquier pretexto familiar, mientras yo hacia lo posible para justificarla en esa y muchas otras cosas tan raras que hacía. Me tranquilicé un poco. Miré la hora y recordé que en un compartimento de mi coche guardaba el inmovilizador eléctrico. Lo tomé. Trescientos mil voltios. Subí a mi habitación y tomé una funda de las almohadas que ahí había. Quebré el espejo del baño y con un trozo recorté la funda, haciéndole dos agujeros para poder ver. Entonces me decidí ir a la habitación de ellos. Levanté la

*cortina eléctrica cerciorándome de que no me vieran lo trabajadores del motel. Caminé rápidamente y levanté también la cortina de su garaje. Cerré nuevamente ésta y me senté en las escaleras pensando con más tranquilidad lo que haría. Escuchaba el quejido de ella. De pronto algún grito. Yo, con mi rabia, imaginaba cómo la penetraba y quizás hasta en la posición en la que se encontraban. El odio me invadía. Me ajuste la funda en mi cabeza, haciendo un nudo justo en mi nuca para ajustarla bien. Llamé a su puerta con el pretexto de que era del servicio a la habitación, indicándoles que tenía unas bebidas como cortesía. Tardaron un poco en salir no sé si porque dudaban o porque se vestían. Escuché que se había cerrado otra puerta en el cuarto, así que imagine que ella había entrado al baño. Cuando se abrió la puerta, él se asomó de su cintura hacía arriba, un poco de lado, ocultando su desnudez; yo inmediatamente descargué los trescientos mil voltios en su cuello durante un instante y cayó al suelo alfombrado, así que su cuerpo hizo un ruido hueco y sordo al caer. Efectivamente ella había entrado al baño pero al escuchar aquel ruido salió de inmediato; me apresuré a darle una descarga.*

*Cuando despertaron, ambos estaban amordazados y atados de pies y manos con las sábanas, ella con una extremidad a cada esquina de la cama, desnuda; y él sentado en el piso, recargado en la pared. Sus rodillas, juntas, tocaban su barbilla; sus brazos, a los costados de sus muslos, terminaban entre sus nalgas y pantorrillas, atados por las muñecas que al mismo tiempo estaban atadas en los talones, en posición fetal, así que al tratar de estirarse lo único que conseguía era apretar más la sabana que lo ataba.*

*Después no supe que hacer, me senté en una silla que ahí había mientras ellos recuperaban la conciencia y abrían sus ojos atterradoramente mirándome y mirándose, sudando. Ambos desnudos.*

*No dije ni hice nada más, estuve ahí quince o veinte minutos, quizás menos hasta que me levanté; comenzaron a moverse y a gemir desesperadamente creyendo que les haría daño (no sabían que el daño me lo habían hecho ellos). Tomé sus ropas (ella solamente llevaba un vestido y su ropa interior), su bolso, la cartera de él junto con las llaves de su coche y otras llaves, los teléfonos celulares de ambos que se encontraban en el*

*tocador y me los llevé. Encendí el televisor que allí se encontraba, busqué el canal porno y subí su volumen. Apagué la luz y cerré la habitación. Bajé las escaleras mientras me quitaba la funda y la tiraba, abrí la puerta o cortina eléctrica y me dirigí a mi coche que estaba en el otro garaje sin temor ya a ser visto por los trabajadores del motel (no hubo testigos). La cortina estaba abierta, había olvidado cerrarla. Abrí la cajuela de mi coche y eche sus ropas dentro. Subí al auto y me fui apresuradamente del motel. En el camino reía y lloraba; me sentía liberado de todo, de la depresión, del miedo, del odio, del dolor, de todo.*

*Llegué a mi edificio como a las ocho y media de la noche, subí a mi departamento por una bolsa de plástico, bajé otra vez al coche y saqué de la cajuela las ropas, el bolso, los teléfonos, la cartera y las llaves. Metí todo en la bolsa y la tiré al contenedor de basura que se encontraba cerca del lugar sin haber intentado siquiera buscar algo en ellas. Regresé a mi departamento, me preparé un Whiskey con bastante hielo, escuché música y me recosté en el sillón de la sala donde me quedé profundamente dormido.*

Un mal sueño lo hizo despertar bruscamente. Se levantó con una mirada perdida, sudando y respirando rápidamente. Yo me encontraba en el baño cuando lo escuché, así que salí extrañada. De pronto se volvió a acostar bajo las sábanas y yo con él mientras lo tranquilizaba y le pedía me contará lo sucedido, pero observé mi reloj y vi la hora: dos y veinticinco de la mañana. Cinco horas habíamos estado ahí. Me vestí rápidamente para partir.

—Son las dos y media, quédate a dormir. Además llueve y para que tomes un taxi a esta hora será muy difícil. Vuelve a la cama, te vas a enfriar.

—Ya es muy tarde —dije enojada.

Te vi tan tranquilo durmiendo que olvidé la hora, y si no es porque me levanté al baño ni cuenta me doy de lo tarde que es. Otro día me contarás de tu sueño.

—Ojalá no tuvieras que partir —dijo con la inocencia que se cargaba en toda su humanidad.

—Tengo que llegar a mi casa, con mamá.

—Pensé que mujeres como tú vivían solas o con otras que trabajan en lo

mismo.

—No lo sé, quizás haya quien viva como piensas.

—¿A ti no te esperan?

—No lo creo... mi papá siempre está de viaje y mi mamá vive en Los Ángeles.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —dije mientras me tambaleaba al ponerme las zapatillas.

—Estudio en el Tecnológico. Mi papá me heredó una cadena de farmacias con la condición de que estudiara una carrera que me permitiera saber administrar.

—Pobre de ti. Qué mal te va. Y acaso tienes novia o alguien con quien pasar tu tiempo y gastar tu dinero.

—Novia no, amigos tampoco... tú eres con quien ahora gasto mi dinero.

—Bueno, niño, no podrás siempre gastarlo conmigo. Te sugiero te consigas un amor que no te cobre los besos y las caricias. Además eres tierno, podrías conseguir alguien con quien estar. Digo, eres joven, con dinero... qué más pueden pedir.

—Me gustaría conocerte más, invitarte a salir los días que no estés ocupada.

Reí escandalosamente.

—Creo que estás confundiendo esto; me agradas, sin embargo no podría estar contigo y estoy segura que tú tampoco. Me reprocharías con el tiempo esta vida (pensé por un momento en estar con él para siempre, pero recordé que me había hecho la promesa de no formar con nadie ni estabilidad ni familia), y yo no estoy para noviazgos, ni quiero que me mantengan. Como te dije, eres tierno, joven... guapo.

—Déjate de eufemismos, ya sé que no me amas, ni yo a ti... no tienes que disfrazar tus palabras, simplemente quédate hoy y mañana te iré a dejar a dónde quieras.

Lo pensé bien y decidí quedarme. Era la primera vez que faltaba a mi casa y me imaginaba la confrontación con mi mamá en unas horas.

—Y a todo esto... ¿cómo te llamas?

—No importa, cada noche tengo un nombre distinto. ¿Cómo supiste de

mí?

—Escuché un día a mi papá platicar con un amigo; le dio tu tarjeta, sin embargo cuando salieron de casa noté la tarjeta en el sillón de la sala, la había olvidado o tirado, así que decidí marcar. No eres tú la del teléfono, aquella voz se escuchaba más grave. Me dio miedo. Luego al verte parada, escondida tras las jardineras te vi diferente a como imaginé por aquella voz, entonces pensé que se trataba de alguna agencia o algo así, ¿no?

—Algo por el estilo.

—Pero no te preocupes, te pagaré las horas que estés conmigo.

—¡No importa!, con lo que me diste es suficiente. Decidí quedarme por mi seguridad; es agradable platicar contigo así que el dinero no importa.

—¿Tienes mucho dedicándote a esto?

—Creo que hablar de mí es una pérdida de tiempo. Sólo te diré que en este trabajo el tiempo que uno lleva haciendo las cosas que se hacen es relativo que con los clientes con los que lo llevo haciendo. Espero me entiendas.

—¿Son muchos tus clientes?

—Creo que mejor nos dormimos.

Al amanecer nos vestimos sin decir palabra alguna. Nos apresuramos para salir de aquel hotel. Insistió en llevarme a mi casa, no obstante al final lo convencí de que me dejara en General Anaya, nuevamente aquella estación que me había visto bajar de diferentes autos. Le agradecí llevarme y bajé del coche. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta me obsequió una tarjeta. Toma mi dirección, cuando te hartes de amores baratos de un rato, me llamas —dijo sonriéndome. Cerré la puerta y partió.

Llegué a casa sólo para bañarme y regresar con Luisa (mamá nunca se enteró de que no había llegado a dormir, su cuerpo dolorido y cansado la ataron a su cama con un profundo sueño. Otra vez dinero y una nota eran mi medio de comunicación con ella. No porque no existieran otros medios en mi casa sino porque se había empeñado en no contestar jamás un celular o teléfono después de que la abandonaran mi padre y hermanos. Sólo eres tú y no hay quien llame. Estoy segura de que tendrás una vida donde no tenga que preocuparme de ti, así que esos aparatos sobran en esta casa —decía).

Luisa la enigmática, la extraña, la despreocupada. En el camino a su apartamento decidí no darle la parte de las dos horas extra que me habían dado, así que simplemente no comentaría eso. Bajé del taxi y vi al chofer de mi madrota (el del otro taxi) limpiando su coche. Lo saludé con una sonrisa mientras él despegaba el trapo del parabrisas sólo para verme. La señorita Luisa está ocupada —dijo recordando y alzando la voz después de seguirme con la mirada. Alcé mi mano derecha a la altura de mi cabeza y la moví suavemente sin dar vuelta o detener el paso en señal de haberlo escuchado. La puerta principal del edificio estaba abierta, cosa muy rara. Subí y al llegar al lugar noté también la puerta de Luisa de par en par. ¿Puedo pasar? —pregunté dudosa—, nadie respondió. Todo se encontraba en su sitio. Recorrí comedor, cocina, recámaras, baños (había uno en cada cuarto), cuarto de servicio, todo lugar dónde imaginé podría estar pero no encontré a nadie. Es curioso, el chofer me dijo que estaba ocupada y no hay nadie —pensé.

Noté que había dos vasos en la sala, uno con los labios pintados de Luisa, ambos sin terminar y el hielo casi sin derretir, lo que me hacía pensar que estaría en otro apartamento. Llevaba ya año y medio trabajando para ella y la confianza que me tenía era total, sin embargo no había sido de la misma manera con quienes remplacé (las otras chicas), ya que muchas veces Luisa había sido víctima del robo de algunas cosas de valor, así que con esa confianza brindada nuevamente a mi persona entré para cambiarme de ropa (cambiada estaba ya en muchas otras cosas, por ejemplo mi pelo negro era ahora rubio platinado, mis uñas mordisqueadas eran ahora postizas y caras, el vello que me sobraba en ciertos lugares había desaparecido gracias al láser y las nalgas que me faltaban eran ya historia, con una cirugía que me había realizado; aunque en otras más —que eran la gran mayoría—, seguí siendo la misma idiota e ignorante de siempre), me puse el vestido, zapatillas y me maquillaba cuando noté un estuche color beige, al parecer de una joya; lo abrí y vi un hermoso prendedor en forma de araña... de viuda negra para ser más precisa, casi del tamaño de mi mano. Los metales y joyas que lo conformaban eran raras para mí en ese instante (poco después pude saber de qué se conformaba —platino, ónix, zafiro en las patas, ojos de rubí, incrustaciones de diamante y oro— y de cuánto era el valor de aquél bicho tras llevarlo a un

joyero), lo único que reconocía era el oro y los diamantes pues sabía eran valiosos en este mundo. En el interior del estuche leí la palabra C. FABERGÉ JOAILIER ST. PETERSBURG, francés —pensé, inmersa en mi ignorancia geográfica-cultural, después supe que era ruso—, lo saqué del estuche y me lo coloqué a la altura de mi corazón. Lo admiré... ¡hermoso! —dije mirando su reflejo y el mío en el espejo del tocador—, entonces escuché una voz que no era la de Luisa sino la de un hombre que llamaba a otro. Como por inercia aquella voz me hizo coger mi ropa de la cama y correr al baño tratando de ocultarme... Ahora ve por la joya mientras le llamo al patrón —dijo uno de los tipos. Cuando el otro tipo entró al cuarto yo lo observaba por la ranura que hacía la puerta entre abierta y desde la oscuridad del baño que me ocultaba. Buscó en el tocador y tomó al parecer el estuche de la joya; sacó cajones de toda la recámara, buscó bajo la cama, sin embargo no encontró más, así que salió dejando el estuche nuevamente en el tocador y yo me oculté en la tina sin pensarlo dos veces. Lo escuché decir alterado que ya no estaba la joya. Cerré los ojos angustiada y metí mis dedos bajo la ropa que llevaba echa bola y que aprisionaba fuertemente contra mi pecho y poco a poco fui buscando la araña esperando no tenerla. Mis dedos la palparon y yo temblé de miedo sabiendo que eso era lo que aquellos hombres buscaban. Pude haber salido y dárselas, más, al escucharlos y saber que no estaba Luisa con ellos, comprendí que algo le había pasado. Presioné de nuevo la ropa contra mi cuerpo y traté de moderar mi respiración para que no me escucharan.

—¿Qué dices, imbécil?

—Que no está la joya, sólo encontré el estuche donde lo dejamos

Se dirigieron apresurados a la recámara. Ya busqué en los cajones y nada. Pero si aquí la dejamos cuando nos llevamos a la perra —dijo el de la voz más grave que además parecía el jefe.

—Lo sé, pero ya no está esa chingadera.

—¿Y estos zapatos? No recuerdo haberlos visto.

—Quizás sean de la puta y no nos dimos cuenta.

—O quizás alguien más entró —exclamó mientras veía todo el cuarto, dudoso y dando unos pasos hacia el baño. Vámonos, le diremos al patrón que

no encontramos la joya. ¡No se te ocurra comentar que la dejamos y cuando regresamos no estaba ya, ¿eh?, imbécil!

—Pero entonces dónde quedó.

—Como te dije, probablemente alguien entró para buscar a la zorra, vio la joya y la robó.

—Sí, es probable. Tenemos que hallarla antes de que los próximos en desaparecer seamos nosotros.

—Quizás el taxista vio a alguien entrar al edificio.

—Exacto. Preguntémosle.

—Si no sabe subimos y la buscamos bien y luego lo matamos antes de irnos pues es el único que nos vio entrar con la puta.

—¿A ese no lo subimos a la azotea?

—¡No seas imbécil! ¿Y exponernos a que nos vean subirlo? Quiero que pienses bien las cosas antes de decirlas, me van a matar y no vas a aprender nada de mí. A ese lo matamos y le quitamos la cartera para que parezca un robo, ¿ok?

—No lo había pensado.

—Lo sé, nunca piensas, pero mientras esté, yo, contigo lo harás, aunque sea a chingadazos.

—¡Ya no me pegues en la cabeza! Mejor ahora pégame de patadas en las espinillas, no ves que tal vez sea que de tanto zape que me das no pienso bien.

—Tal vez sea que así naciste, ¡imbécil! Anda, Vamos a preguntarle.

Salieron de la recamara y esperé unos segundos para saber con certeza que ya se habían ido del apartamento. Cogí los zapatos que había olvidado y pensé en dejar el prendedor. Lo coloqué nuevamente en el estuche, lo cerré y cuando ya me marchaba se me ocurrió que si dejaba la araña allí se darían cuenta de que había escuchado todo y me buscarían para matarme. Lo más probable es que si conocían a Luisa me conocían a mí. Salí del apartamento llevando la joya conmigo. Cometí otro error, pues ahora cargaba ya a la araña y el estuche que ellos habían dejado ahí vacío. Como sabía que habían bajado con el chofer, subí las escaleras del edificio para esconderme en otros pisos. Subí los cuatro restantes y me encontré con la puerta de la azotea. La abrí e

inmediatamente me encontré con Luisa o mejor dicho, con el cuerpo de ella. Entré en pánico pero sabía que mi vida dependía de no colapsar y entrar en shock, así que respiré profundamente durante unos segundos y logré recuperar la cordura. Ni siquiera me acerqué a verla, sin embargo noté a lo lejos el disparo en su cabeza, en su nuca para ser precisa pues se encontraba boca abajo. Corrí de puntitas y me dirigí tras unos tendederos, encontré ahí los tinacos del agua y bajo uno de ellos me refugié. No sé cuánto tiempo después (había perdido la noción del tiempo), quizás unos veinte minutos, escuché la puerta de la azotea abrirse y de nuevo a los tipos. Habían subido a revisar el cuerpo para comprobar que no tenía el prendedor. Sonó un celular —al parecer el de Luisa— y uno de ellos respondió.

—Sí, es el teléfono, sin embargo en este momento no puede responderte, yo con gusto tomaré el recado. ¿Quieres para hoy a Barbie, la rubia joven? ¿Con quién? Muy bien a esa hora irá. No, gracias a ti. ¡Estamos para complacerte!

—No cabe duda que eres muy listo, Ringo.

—Ya ves, una pista más para saber quién fue la cabrona que se llevó el broche y los zapatos.

—Pero no la vimos bajar, ni la vio el taxista; además nos dijo que subió su asistente, la rubia que probablemente es la misma que pidió el tipo que acaba de llamar. Quizás esté en otro departamento de los que están en el edificio o esté escondida por aquí, ¡busquemosla!

—¡No seas imbécil! Lo más probable es que haya bajado por la escalera de incendio y se haya escapado ya, por eso llamaremos a cada uno de estos números, para dar con ella. Vámonos, no sea que sospeche el taxista y llame a la policía. Hay que matarlo ya.

—Tienes toda la razón, no había pensado en eso. ¡Pero ya no me pegues en la cabeza!

Mientras escuchaba todo, escarbé en mi bolso, buscando mi celular, con mucho sigilo para no ser escuchada y lo apagué, no fuera a sonar. Temblaba y temblaba de miedo. ¿En qué me metí? —pensaba—, mientras caía el fresco del atardecer. Estaba en estado catatónico. Cerré los ojos y me desvanecí en recuerdos y sueños conjugados:

# I

*No la había visto jamás, pero aquella noche la miré por primera vez desde la ventana de mi apartamento, en el tercer piso. Estaba justo en la esquina esperando a que alguien pagara el precio establecido. No tuvo que hacerlo demasiado tiempo pues en unos minutos la abordó un sujeto. Sus piernas largas lucían elegantes con las medias negras y su minifalda azul. La tomó por el brazo y cruzaron corriendo la calle. Los zapatos de ambos salpicaron los charcos que la lluvia había dejado. No pude dejar de pensar en ella, en su rostro blanco y su melena negra. Diecinueve días tardé en juntar la cantidad para poder estar a su lado. Diecinueve días la espí por mi ventana y me masturbé pensando en ella, en su aroma, sus gestos, sus sonidos que no conocía. La emoción se conjugaba en mi estómago con un cosquilleo. No sabía cómo pedirselo, si darle el dinero y pedirle que se fuera conmigo o preguntarle cuánto costaba estar a su lado unas horas; podía insultarla si no usaba las palabras correctas. Bajé muy nervioso pero decidido y me planté frente a ella. Me miró por un instante y luego rio. Mis piernas temblaban no sé si por el frío o por la situación, entonces comenzó a llover. ¿Vas a llevarme o no? —me preguntó muy ladina mientras sostenía sus caderas—. Me tomó de la mano y yo la llevé hasta mi apartamento. Cuarenta y dos escalones que me condujeron hasta mi verdadera religión. No podía echar a perder aquella oportunidad, mi primera oportunidad. Introduje la llave con desesperación; todo el llavero, con las otras llaves colgando en él, temblaba; nuevamente posó su mano en la mía y con un tono suave me pidió calma. Al entrar estudió mi piso; caminó despacio de aquí para allá mientras echaba un rápido vistazo. ¿Puedo usar tu baño? —preguntó con una voz indescriptiblemente sensual—, asentí con la cabeza y la llevé hasta él. No cerró la puerta y pude verla mojando un pañuelo y limpiando entre sus piernas. Comenzaba a desnudarse pero la detuve. No lo hagas aquí, vayamos a la recámara y déjame hacerlo a mí. La conduje nuevamente hacia el cuarto y del mismo modo que cuando entró al apartamento estudiándolo lo hizo en la recámara. No dijo nada, simplemente se sentó en la cama y me miró como*

*si el que hubiese sido comprado o alquilado fuera yo. La tomé de los antebrazos insinuándole se levantara y así lo hizo, ahora me encontraba sentado frente a ella y por fin ocupando mi rol en la escena. Miré sus delgadas y largas manos y fui subiendo la mirada lentamente hasta encontrar sus ojos, su boca, su nariz, su frente. Sonreímos. Sus tenues pecas y los grandes ojos azules, tristes, le daban un aspecto de adolescente. Le tomé las manos y pude sentir su suavidad. No quería cuestionarla ni juzgarla por lo que hacía o cómo se ganaba la vida, quizás era una mujer que jamás había recibido una postal de amor, igual que yo. Sin embargo esa noche podía llorar por ella, quitarme la vida por ella, negar el santísimo sacramento por ella y no tenía que pagarme, como lo hacía yo, para que lo realizara. No se trataba de saber su vida, sus anhelos, sus vicios o si huía de su soledad; lo importante era que supiera que la amaba. Miré sus labios rosados cuando pasó la lengua por ambas comisuras y luego desapareció en el cielo de su boca. Sus hombros se contraían de cuando en cuando, formando un hueco que unía las clavículas y que para mí era hermoso. Pasé mis dedos por el cóncavo lugar y noté la suavidad que existía en él. Podría habitar allí mismo, si pudiera, durante toda mi vida. Su escote sinuoso rogaba por expulsar aquellos senos que se notaban, con cualquier prenda, voluminosos y excitantes. Dirigí mi mano hacia abajo, rosando suavemente cada pecho hasta que llegué a su vientre. Ya con ambas manos lo acaricié hasta que tuve la necesidad de rodear su cuerpo por la cintura.*

## **II**

*Te lleva hacia él, abrazándote por la cintura y posa su mejilla a la altura de tu vientre. No quiere perder ese instante y si pudiera tampoco dejarte ir jamás con tus maletas cargadas de lluvia que te han acompañado a diferentes pueblos y ciudades esperando cada vez un nuevo viaje sin plantarte jamás en un sitio, yendo siempre al desamor, al dinero como cualquier otra mujer al trabajo.*

*Tus dedos nadarán entre su cabello y saldrán de cuando en cuando a*

*respirar por la nuca o por alguno de sus parientales. Nunca será demasiado tierno o cursi como para que te haga huir del lugar, no obstante empezará a seducirte como jamás alguien lo había hecho. Sus manos comenzarán el recorrido por tu cuerpo, palpando centímetro a centímetro cada lugar que escondes bajo tus ropas.*

*Comienza acariciando tus pantorrillas suavemente una y otra vez con ambas manos. Poco a poco asciende hasta la parte posterior de las rodillas. Ama la textura de las medias. Aparta la cabeza de tu vientre y te mira sin despegar las manos de tus torneadas piernas. Tus dedos pasan del pelo a cubrir sus mejillas, tocando sutilmente las orejas; los suyos también hacen su recorrido hasta los muslos buscando el límite de cada una de las medias que le permitan de una vez por todas sentir tu piel, está ahora bajo tu vestido, y por fin lo consigue sin apartar un instante la mirada de tus ojos. Siente el borde y la mitad de tus muslo ya desnudos —sus manos siguen el camino que les marca el instinto—; no se apresura, sin embargo los apretuja suavemente, y luego se dirige a la parte frontal pero esta vez para acariciarlos y llegar a tus caderas; el vestido se mueve, se estira y arruga con sus manos debajo. Siente tu prenda interior aprisionar tu pelvis, sin embargo no le causa conflicto alguno.*

*Saliste de muchas habitaciones, apartamentos, casas, pero nunca te sentiste así. La ternura que otros expresaron fue efímera. Estuviste desnuda completamente, en cárceles de oro, donde tus dueños podían liberarte en el mismo momento que ellos lo hubieran querido y no cuando tú se los pidieras. Cada uno abrió un agujero negro en tu alma el cual todos los días te carcomía. Aquí, con él, no es así.*

*Introduce sus dedos bajo el delgado contorno de tu prenda interior y tú sientes un cosquilleo que recorre toda tu espina dorsal. Entonces sus manos súbitamente toman tus nalgas y las magullan. Su mirada pasa de ser tierna a perversa, sin embargo a ti te gusta sentirla de esa manera: controladora. El latir en tu corazón se apresura en el instante en que te despoja del vestido que esa tarde decidiste ponerte. La blancura de tu piel es contrastantemente hermosa con el conjunto de lencería y las medias que aún llevas sobre ti. Su mirada nuevamente se endulza pero la pierdes cuando diriges la tuya al*

*techo. Sus manos recorren tu piel, la van reconociendo. Se levanta de la cama y se posa frente a ti. Su mirada busca la tuya mientras sus palmas recorren tu pelo con suavidad, luego bajan a tu cuello y luego a tus hombros. Eres ahora una estatua. Te dejas acariciar por aquellas enormes manos, sin embargo su mirada sigue sin encontrar la tuya. Te besa intermitentemente. La pasión no se ha desbordado aún. La postura de tu cabeza deja caer —por detrás—, tu pelo, dejando descubierto la mayor parte de tu largo y elegante cuello que también besa; Pasa sus labios una y otra vez por todas esas partes que nunca nadie había besado. Sus manos han bajado a tu cintura y buscan con urgencia tus redondos y firmes glúteos. Tu piel se ha erizado y tu cabeza ha cedido a otra postura, una que sugiere beses la cerviz, donde aún la melena abunda. Tus ojos se han cerrado ya desde que comenzó a besarte y sientes la necesidad de abrazarlo. Colocas las manos sobre sus hombros. Por fin has olvidado todo. Querrás besarlo e incluso tendrás la necesidad de amarlo aunque sabes que en tu mundo no caben tales pasiones, siempre serás esa: mujer sin cuerpo alguno bajo toda esa belleza. Seguirá con sus delicados y dulces besos, y después sus labios se dirigirán a aquella zona cóncava que le agrada hasta encontrarse con el encaje fino de la prenda que sostiene tus senos. Sus manos por fin se dirigirán también ahí; entre besos y caricias sentirás la sensación acuosa entre tus piernas que nace desde dentro, muy dentro de ti. Tus piernas comenzarán a temblar y desearás por fin recostarte sobre la cama, a su lado sintiendo la calidez de su cuerpo.*

### **III**

*Mis manos buscaron desesperadamente sus pechos, pero necesité controlarme inmediatamente y no perder la razón, mas los besos que no me daba y que ahogaba con los míos no disimulaban mi desenfreno que ya era muy visible cuando mi respiración se agitó y bajo mi pantalón se erguía mi pene desbordado. Besé su estómago, vientre, muslos ya sentado de nuevo en la cama, tratando de disimular la elevación a la altura de mi bragueta que me era penosa. Sorprendentemente me cogió por los hombros y me aventó a*

*la cama. La carpa que formaba mi pene con el pantalón se había vuelto más notoria, sin embargo ya no me importó y simplemente me dejé llevar por las caricias que había comenzado la chica a devolverme. El paraíso terrenal se encontraba ahí mismo, en nuestros cuerpos, nuestros olores, nuestra respiración. Me despojó de todas mis prendas con suavidad, pero sin perder todo aquél encanto. Prenda a prenda era quitada y en su lugar me cubrían besos y caricias; me tocaba y me curaba, me besaba y me mataba. La vida comenzaba en ese instante; no la vida biológica sino aquella vida que te da todo o te lo quita, que te emociona y te frustra, la vida que te llena y en la que careces, la vida en la que sientes el dolor y el placer. Se sentó en mi miembro y un cosquilleo instantáneo me paralizó y todo mi cuerpo se contrajo involuntariamente. No obstante no estaba dentro de ella, pero podía sentir la humedad que manaba de su vagina y empapaba mi pelvis y todo lo que ahí habitaba. Besó mi frente, aquí, allá... sus labios permanecían por más tiempo... el tiempo necesario y luego buscaban un lugar sin amor y ahí se plantaban: mis párpados, mis sienes... orejas, cejas, nariz, luego mejillas, barba, cuello. Revolvía mi pelo y yo el suyo. Siguió el camino que me llevaba, a la felicidad, al placer, a la paz; y si eso era la paz entonces buscaría, ya, la guerra con ella. Mordisqueó mis pezones con mucha delicadeza y fue entonces cuando supe que existían para eso. Sus labios encontraron mi abdomen mientras sus manos se habían quedado en mi pecho, dando de cuando en cuando delicados pellizcos a mis tetillas que me hacían sentir muy bien. Sus manos se deslizaron hasta mis caderas escurridas y buscaron mis nalgas; lo lograron y fue entonces que sus uñas se sujetaron de ellas y su lengua húmeda acicaló mi bálano. Todos mis dedos se contrajeron, incluyendo los de los pies y ahora sujetaba su cabello con más rudeza antes que ser delicado. Busqué con la mirada el techo y ésta se perdió ahí durante un momento que después se convirtió en una eternidad; No fue el lugar en el que sus labios y lengua decidieron quedarse, con ésta última recorrió el cuerpo erecto de mi pene hasta llegar al escroto que endureció, buscó luego mis muslos, mis rodillas, mis espinillas y se declaró dueña de mis pies. La luz traslúcida que se filtraba por las cortinas, me dejaba ver la blancura de su piel pero todo alrededor comenzaba a verse sin la nitidez*

*normal. El deseo que había sentido desde el momento que la había visto por primera vez se convirtió en piedad. Cómo podías amar a alguien sin conocerla, sin cruzar si quiera más de cuatro o cinco palabras antes de postrarnos en la cama. No me importaba, nada podía menguar nuestro idilio. Dejó los besos y se recostó a mi lado insinuándome a seguir. Busqué sus labios para besarla, pero en cada momento era renuente así que pensé que quizás me decía que no sugiriéndome lo contrario, no obstante desistí (por el momento). Ahora tenía que desatarla de manos y pies de su olvido para que no volviera ahí, por lo menos ese atardecer, esa noche y pudiera consolar su soledad... o la mía (su mirada azul me llevó a apostar por ella. ¿Podía pedirle que nos largáramos juntos de la ciudad? ¿Acaso aceptaría mis proposiciones? Quizás era eso, que nadie se lo había pedido; ¿podía cambiar esos abrazos, esos besos, esas caricias quiméricas por un ramo de azahar? ¿Se lo preguntaría? ¡Sería un cobarde si no lo hiciera! ¿Y si por la situación o el momento mintiera para no decir cruelmente que no?) Sus dedos, desde el cuello y hasta parte de mi muslo izquierdo, delinearon mi silueta; yo hice lo mismo y me pregunté cuántas veces en sus caderas no se había puesto el sol; trabajar de día o trabajar de noche no objetando horarios. Buscó una vez más mi pene con sus dedos, que por los pensamientos había perdido rigor, lo levantó y empalmó, apretándolo y soltándolo —como rebuscando aquella firmeza que había sentido—, consiguiéndolo sin el menor problema. Por fin me beso y yo la acaricié ante los espasmos que me hacía sentir. La noche comenzó a caer junto con una lluvia intensa y el fragor de la tormenta invadió nuestro silencio y contemplación. Quitó el sostén y liberé por fin sus senos miríficos. Que una y otra vez estreché a veces intensamente otras con sutileza. Sus pezones de fresa conocieron el calor de mis labios y la humedad que mi lengua les proporcionaba. Su jadeo pasaba a un nivel superior mientras me miraba con ternura y al mismo tiempo estrangulaba mi miembro viril. Aparté mi boca de sus prominencias y busqué, con los míos, sus labios que me eran cedidos por fin.*

## IV

*Tu boca finalmente siente el calor de la suya; lo anhelabas desde hacía mucho tiempo. Viajas a un mundo de amor y no sólo de fruición como antes. Revives recuerdos hermosos, pero inmediatamente los apagas y regresas a aquella habitación que poco a poco se va llenando de una oscuridad que los envuelve en un ritual de cuerpos desnudos, sudores y aromas gratificantes. Se desborda el elixir. Ciñes con una mano y con la otra acaricias lo acariciable. El cielo de sus bocas al besarse se convierte en una batalla de lenguas no dispuestas a ceder, de dientes asesinando labios y estos sobreviviendo a aquellos. Cruzada histórica por la recompensa de un amor fugaz o eterno.*

*Nacerá un odio por necesitarse, uno al otro y sin embargo tú tendrás que romper con todo el devaneo. Aquel frenesí lo llevarás a donde vayas y con cada hombre recordarás a éste. Soñarás trenes llenos de soldados y cada uno seguirá siendo siempre este cliente. Al fin y al cabo cliente y nada más.*

*Quieres ir más allá: a la cópula pero sabes que de un momento a otro todo puede acabar, así de sencillo, entonces manejas la situación de modo que no lo sugiera él. Le causas una mordida mayor en el labio, una mordida que cause un dolor que relaje aquel desenfreno. Manejas con descuido su fallo que lo hace brincar del dolor fugaz. Extrañado, te mira y tú besas su nariz y le sonríes pidiendo una disculpa tácitamente. Besas sus labios y le das la espalda.*

*Tus ojos se clavaron en una pequeña cómoda y rememoraste la infancia perdida. Hermanos y hermanas, primos, tíos visitando la casa de los abuelos. ¿Cómo fue que te volviste una mujer fatal? Te lo preguntaste. Lamentaste haber conocido a aquella chica en el gimnasio. No necesitaste trabajar nunca pero querías demostrarles a los demás que no los necesitabas. Tomaste la tarjeta que te dio y aunque tardaste unas semanas te presentaste en su departamento. Te impresionó verla tan hermosa. No necesitabas de sus artilugios para igualar aquella belleza. Te dejaste seducir, al principio por los placeres carnales y luego por el dinero; por fin eras independiente y autosuficiente. ¿Quién te lo reprocharía? Necesitaste esos reproches, para olvidar mil y una noches, sin embargo tenías a toda una ciudad a tus pies y decidiste no abordar el tren que te sacaría de cualquier lugar a donde*

*cayeras. Tus tristes y marchitos zapatos de tacón se encontraban desgastados y fue entonces que decidiste subir al apartamento del joven que sabías te espiaba por la ventana desde hacía un par de semanas atrás. Hasta los besos se secaron de tu boca precisamente para eso, para no soñar. Fuiste bautizada una y otra vez por las gotas de lluvia que caían donde te encontrabas esperando seducir al más incauto o al más perverso. Siempre una nube negra sobre ti.*

*Te has quedado dormida igual que él. Sus brazos te aprisionan pero te sientes segura y al mismo tiempo tranquila por la compañía de quien sabes que verdaderamente le importas ¿Cómo puedes saber tales cosas? Es obvio que no las sabes con certeza, pero la sientes. Rodando de aquí para allá fuiste siempre expulsada después del semen amargo. Ahora, en tu periplo lograbas sentir calor que sabías podía durar por siempre. No lo entiendes del todo aún, no sabes por qué tienes que estar ahí más tiempo del que comúnmente estás en otro sitio; es él o es su amor, o la seguridad que te brinda, o todo enlazado, fusionado, prendido a ti, y piensas que si tan sólo pudiera pedírtelo lo aceptarías sin dudar y te quedarías en ese cálido hogar por toda tu vida. Pídemelo —piensas y anhelas—, pídemelo.*

*Te despertarás y rápidamente te vestirás para huir. Sostén, vestido, abrigo, bolso. Decidirás marcharte sin decir nada, no habrá notas, ni besos, ni un adiós. La lluvia que ha caído desde que entraste en el lugar no cesará aún cuando salgas tan de madrugada.*

*Tu melena descompuesta como muñeca olvidada la tratarás de peinar y te dirigirás a cualquier lugar que te dicte la noche, probablemente alguien pueda recogerte en tu camino. Por último te pones los zapatos entre la recámara y la pequeña estancia: derecho y luego con unos saltos cortos logras colocar el izquierdo. No alcanzas a llegar a la puerta cuando escuchas su voz tras de ti.*

## V

*El taconear de sus zapatillas me despertó súbitamente; miré el reloj que se*

*encontraba en el pequeño buró y vi marcadas las tres y media de la mañana. Salté de la cama y me dirigí con pasos apresurados a la puerta. Al verla partir le dije que no tenía que hacer nada que no quisiéramos ambos, no pasaba nada si decidía quedarse. Le aclaré la hora y otros motivos por lo que debía quedarse: la lluvia, el frío, la ciudad dormida. Le quería hablar de lo que sentía hacia ella mas la cobardía me hizo abstenerme junto con la especulación de que posiblemente si lo escuchara efectivamente se largaría en definitiva de allí. Sé que no me amas y puedes estar tranquila pues te aseguro que yo tampoco, simplemente tengo conciencia y estoy seguro que estarás mejor aquí, por ahora, que allá afuera. Disfrzaba con aquellas palabras mi ansiedad de retenerla. El celeste en su mirada dudaba y yo para no asediarla o para que no se sintiera acosada le propuse bajar —si así lo deseaba—, a abrirle la puerta principal del edificio. Qué más podía pasar: perder otra noche por una mujer... todo me daría ya igual en ese momento.*

*Supuse que le había dado confianza y que mis palabras las tomaba con cortesía pero abrió la puerta y bajó los escalones sin esperarme. Cogí las llaves y bajé tras ella. Ya me esperaba en la puerta principal del edificio. Su mirada, que atravesaba el portal, estaba perdida en la negra noche y el reflejo, desfigurado por las gotas, en la puerta de cristal mostraba por última vez su silueta delgada y perfecta. Mis manos ya no temblaron como cuando subimos, así que metí la llave sin ningún problema. Te amo —le quise decir—, empero no me atreví y mis ojos se encargaron de hacerlo. Su mirada encontró la mía y tomó mi mano.*

El ruido de las sirenas aproximándose me hizo salir del trance. Era la hora en que todos salían de las oficinas que estaban en el vecindario. Ya caída la noche me saqué el vestido y me puse otra vez el pantalón, la blusa y el saco. Envolví la joya en el vestido y lo guardé en mi bolsa de mano. Salí de debajo de los tanques y busqué la escalera de incendio, de la que hablaban, por toda la azotea. Por fin di con ella y cuidadosamente bajé. Descendí por un costado del edificio, por Campeche y caminé para incorporarme a la avenida Tamaulipas. Desde la esquina vi de reojo las patrullas y la ambulancia en el lugar, pero ni siquiera volteé para ver bien lo que pasaba. Cada vez más

aprisa era mi paso. Crucé Tamaulipas (caminaba por el lado izquierdo de la calle Campeche), luego, sobre la misma calle por dónde andaba tomé un taxi. A Tlalpan por favor —dije ya con un nudo en la garganta y las primeras lágrimas recorriendo la comisura de mi nariz. Siempre a Tlalpan. Era la avenida que más me hacía sentir segura, la que me protegía.

—¿Está bien, señorita?

—Sí, me peleé con mi novio. Podría apurarse, se lo suplico.

—No tenga cuidado, en seguida llegaremos. ¿Al centro de Tlalpan o a la avenida?

—A la avenida; a General Anaya.

*El cuerpo de Luisa en la azotea qué horror con una bala en la cabeza y también el taxista muerto por ese par de delincuentes quizás ya me estén buscando tengo que hacer algo no puedo regresar a casa quién la habrá mandado matar yo tengo la araña ahora tal vez la robó cuando fue a alguna cita mas ella era linda y tan viva me sudan las manos aún y este nudo en la garganta tengo que ir a casa y contarle a mi madre ya habrán encontrado su cuerpo allá arriba cómo es que nadie en el edificio escuchó los disparos darán con mi teléfono ya no lo encenderé cambiaré de número tengo la tarjeta del tipo de ayer él me ayudara si se lo pido mejor me espero unos días sin salir de casa. Luisa sólo tenía el número de mi celular pobrecita no puedo creerlo ya no podré regresar tengo algo de dinero y sus clientes no uno de ellos quizás sea quien mandó matarla debo independizarme ahora qué estoy pensando si acaban de matar a Luisa tan linda y todos sus hermosos vestidos a dónde o con quién irán a parar y sus zapatos sus joyas que siempre traía la araña tan hermosa estoy segura que valdrá mucho quizás no necesite trabajar ya no ¡Luisa! La empeñaré en el Monte de Piedad y me largaré por fin con mamá a Villa Coapa mejor a la Del Valle la Roma la Condesa Román se llamaba el taxista ni un vecino salió y yo pensando babosadas. ¡Apúrate por favor! Nadie lo sabe ha muerto Luisa y el chofer y alguien quiere matarme por este maldito prendedor a nadie le importa la muerte ajena todo es normal aquí y allá ellos tirados. Llamaré al de la tarjeta y ni siquiera se su nombre mejor me hubiera quedado con él en*

*el hotel hasta hoy maldito tráfico qué le diré a mamá hoy mismo empacaré todo venderé el departamento pobre Luisa tirada allá arriba no lo puedo creer acaso tendrá familia y la familia del taxista qué hará malditos cerdos cobardes los denunciaré no vi ni el coche ni su cara no sabrán de mí estoy segura por qué pasó eso por qué a mí.*

Llegue a casa, empaqué las pocas cosas que tenía y las de mi madre; saqué el dinero ahorrado, busqué los papeles del departamento, los míos, los de mamá y me la llevé en un remolino de preguntas y llantos. La necedad de mi madre por quedarse: me manoteaba y yo le pedía que accediera que le explicaría después. Tenía que buscar una buena excusa para que no se enterara de mi trabajo y otra más para justificar la huida. Deja que lleguemos a un lugar seguro y te lo cuento todo —le gritaba histérica—, por fin accedió cuando vio el terror en mis ojos. Eso me dio oportunidad de pensar en lo que le diría. Todo el camino busqué la manera de atar cabos y armar una buena coartada que la convenciera de aquella fuga, del abandono a su único hogar, donde había encontrado por fin la paz de sus problemas maritales. Y como pude, armé una historia que ella ingenuamente creyó pero que ahora no es de trascendencia contar; continúo antes de que mi lucidez se eclipse con este cansancio.

# EL CASO DE LA RUBIA PLATINO

Oh Babe  
don't leave me now  
don't say it's the end of the road  
remember the flowers I sent  
I need you Babe  
to put through the shredder  
in front of my friends...

Pink Floyd *Don't leave me now*

Me dijo que lo pensara bien pero yo prefería el sueldo seguro que tenía desde hacía ya un par de meses con un pez gordo (traficante pesado de la mafia del barrio bravo de Tepito que sabía cubrirse bien, conmigo, las espaldas). No puedo —le dije nuevamente mientras lo miraba fijamente a los ojos—, entonces sacó su pluma fuente y escribió en una servilleta la cantidad mensual que me daría hasta que diera con la chica: ochenta mil pesos. Recibirás veinte mil cada semana —dijo. Mi avión se había retrasado por la niebla que cubría el aeropuerto a esa hora de la mañana y entonces fue que lo pensé ya muy bien. Acepté.

Seguramente mi pez gordo no me extrañaría y pensaría que habría muerto en algún pleito de cantina o por alguna venganza. No haría nada por

encontrarme. Ocho mil al mes no pagaban mis deudas ni la pensión alimenticia de la hija que nunca conocí. Lo otro sería menos arriesgado y lo que se me ofrecía en ese momento era mucho, así que ya encontraría dónde invertir ese dinero después.

Me habían dado de baja en la entonces AFI por algunas extorsiones que, según inteligencia, se habían realizado desde mi teléfono celular. Aseguré y juraba que no era cierto. ¡Por mi hija y mi madre que no las hice yo! —le decía a mi inspector mientras sudaba, tras haber escuchado la grabación donde demostraban lo contrario con mi voz como prueba. Pensé que no era tan grave lo mío y ni se comparaba con lo que había hecho el «Pinocho» al pasarle información al cartel de Sinaloa desde la SIEDO. Como era de esperarse, cayó junto con toda la bola de cabrones que había metido en la agencia cuando el presidente ordenó «Operación Limpieza» y que, por cierto, ahora tienen ya su plaza para distribuir. Lo mío simplemente era ser expulsado de la corporación, mientras que ellos serían buscados como traidores a la patria... viles delincuentes con recompensa de por medio; así que me declaré culpable.

Tomé lo que sobraba de mi Whiskey, nos levantamos de la mesa y salimos de «El barón rojo», lugar al que pasaba para tomar algunos tragos antes de abordar el avión y que me gustaba por ver a sus meseras siempre en minifalda.

Caminamos por el puente que va de los vuelos nacionales hacia el estacionamiento en completo silencio mientras yo pensaba en lo difícil que sería encontrar a la rubia del la araña de oro (así fue como la bautice al principio y de la misma manera la citaba en mi *Little black book with my poems in* y sin embargo, con el tiempo la llamaría la rubia platino). Ya en la camioneta blindada (supuse que era blindada porque rechinaban las balatas al frenar, señal de que pesaba bastante por el blindaje) me explicó lo que tenía que saber para encontrarla y las sospechas que tenía sobre quién la conocía y a dónde había ido. Si ya sabe todo eso, ¿por qué acude a mí? —le pregunté con una sonrisa torcida—; porque tú estuviste en inteligencia y tienes muchos contactos —dijo el tipo mientras sacaba una caja con puros y me ofrecía uno. No acepté.

—¿Acaso no hay más gente que pueda resolver este caso con mejor acceso a información dentro de la Agencia o exintegrantes de la misma que tenían más rango y más información que yo, de esos que huyeron cuando la «Operación Limpieza»?

—Créeme que no. Los tratamos de contactar, sin embargo una parte de ellos está en la cárcel y la otra sirviendo a algunos cárteles o acomodados ya para manejar las plazas de los muertos o detenidos. No les interesa ya nuestro miserable sueldo, que ahora te ofrezco, y por obvias razones, ya que ellos ganan millones al día. No te ofendas, pero fuiste la última opción. Te quemaste en la agencia por extorsión y líos de faldas, y aunque no nos convencías del todo, fue por tus méritos de proxeneta que dedujimos conocerías a muchas personas y putas que quizás también conocerían a la chica.

Encendió su puro, le dio el jalón y me echó el humo en la cara. Saqué mi *Little black book with my poems in* junto con mi pluma y comencé un corto interrogatorio para sacar pistas.

—¿Te interesa la chica o la joya?

—La chica fue muy amiga de mi querida Luisa y la quiero ayudar. La joya es un... perteneció a mi familia; no es de mucho valor económico, pero es de gran valor sentimental. Como te dije, la chica me preocupa pues antes de morir mi amiga me pidió que la cuidara y ayudara.

—¿De qué murió?

—Tenía mucho plomo en la sangre.

—¿Cómo?!

—Sí, era una de esas enfermedades que te dan por... por tener plomo en la sangre... debido a la contaminación del agua o del aire; incluso algunas aves amanecen muertas en Chapultepec por el mismo problema. ¿Acaso no lees los periódicos o ves los noticiarios o escuchas la radio? No es necesario que apuntes todo lo que digo en esa libreta. Esto no es importante, lo importante es que encuentres a la chica y a la araña.

Guardé mi libreta y la pluma.

El chofer orilló la camioneta en avenida Ermita y yo descendí.

—Me informarás de todo cada semana, ¿entendiste? Ten este dinero extra

como adelanto —me dio un fajo de billetes: cuarenta mil pesos en total—, para que te compres algunos trajes, zapatos y te vayas con alguna de tus mujeres que ya extrañarás. Ten también esta tarjeta y diviértete en el casino. Diles que vas de mi parte.

Partió, pero olvidó decirme en dónde nos veríamos cada semana. Llegué a casa y mientras pensaba —aún sorprendido—, todo el misterio de la chica, la araña, la muerta, mi sueldo y el dinero extra, que era más del que me había dado como sueldo de una semana, especulé, saqué algunas conclusiones y todo lo apunté. La pequeña libreta de mis poemas se había convertido en un diario o bitácora del caso que se me había asignado. Tomé otro trago y dormí la siesta hasta el mediodía.

Como ahora era un buen expolicía tenía nuevamente que adquirir un arma, así que fui a Tepito por ella. Los mafiosillos de ahí pensaban que aún era comandante, por ello es que al verme me saludaban casi besándome la mano y ofreciéndome cantidad de cosas como ropa, relojes chinos, películas pirata, etc., todo lo que se puede vender de poco valor; su intención era que les diera el pitazo cuando se realizara algún operativo. Caminé, apartando a esa gente que me rodeaba, hasta llegar al lugar. Ya dentro me registraron de pies a cabeza para que no tuviera micrófonos o cámaras y luego me recibió el «Chuy» quien manejaba el contrabando de armas dándome un fuerte abrazo de bienvenida. ¿Qué milagro que nos visita comandante? —preguntó con una sonrisa hipócrita.

—Ando buscando una pistolita.

—¿Y la que tiene de cargo?

—Es para otro asunto. Por eso necesito otra.

—¿Cómo cuál tiene pensado? Tenemos las que a usted le gusta, BULL DOG, BROWNING, BERETTA.

—WALTHER PPK —dije sin dudar.

—Deje llamo por radio para ver si la tienen porque aquí hace un rato que no me llega esa.

Sonó el odioso timbre de su Nextel y preguntó por el arma. Sólo la PPK calibre tres ochenta —dijo un tipo del otro de la radio—, el «Chuy» me miró y yo asentí con la cabeza. Esa mera —le respondió.

—En seguida la traen comandante: WALTHER PPK tres ochenta, ¿está bien?

—Perfecto. ¿Es nueva?

—Nuevecita, viene en su caja con dos cargadores extra, uno sin el apoyo del meñique y silenciador.

—Perfecto, ¿Trae balas?

—Las que traen los cargadores. Doce en total.

—También tráeme una caja.

En un momento habían traído ya la pistola y las balas. Pagué, di el abrazo de despedida y salí de ahí. Nuevamente la gente asediándome. Abrí la cajuela de mi coche para guardar ahí el arma. Subí a él y fui a comprarme unos trajes baratos. Quería gastar lo menos posible y ahorrar de una vez por todas para poner algún negocio que por fin me alejara definitivamente de la vida que llevaba.

Salí de la tienda con siete trajes, diez camisas y cinco pares de zapatos, además de ocho corbatas y dos abrigos. Comencé o aprendí a ahorrar cuando de vez en cuando tuve trabajo o mejor dicho, cuando no tuve trabajo, así que con lo que ahora se me había dado, por mis servicios, no habría pretexto para no escatimar en precios y propinas.

Lo que ahora entiendo es que el ambiente policial y el dinero fácil que se obtiene por tener una placa —por dejar pasar el cargamento de los narcotraficantes—, hacen que te olvides rápidamente de la vida dura y los problemas económicos, dándote una vida de lujos al estilo del narco: mujeres hermosas, whiskey, joyas, droga, coches, ropa y zapatos, además de las armas y el poder que todo ello te genera, amparado por una placa. Títeres de narcos éramos, con las migajas de su fortuna. Los antiguos narcos con sus códigos y si se puede decir ética y moral, con sus hijos; unos, herederos de las plazas que se manejaban; otros, ya estudiantes de las mejores escuelas de México y rozándose o siendo parte de esa clase alta y política. Esos viejos narcos, invirtiendo el dinero de la droga en su descendencia y en bienes raíces, ayudando a reconstruir sus pueblos e iglesias y de vez en cuando ayudando a los pobres (la otra parte del dinero era lavada en supuestas empresas o con algún presta nombre) para obtener estabilidad, respeto y miedo —por lo menos tenían conciencia. Nosotros, canallas cobardes; traidores de la patria;

comprados. Gastando e invirtiendo en putas, alcohol, coches, armas y su misma droga —sin pensar en nuestro futuro o el futuro de nuestros hijos—, gastando y gastando hasta reventarnos. Traicionando el empleo, a tu país, a ti mismo. Era un patriota a mi modo.

El tiempo que duré de federal era suficiente para invertir en bienes raíces y comprar algunas casas o terrenos, comprar una flotilla de taxis, poner algún negocio e invertir en la hija que nunca conocí para que no se preocupara en la vida más que por estudiar, sin embargo todo eso fue soslayable, quizás porque tenía veintiséis años (o esa es la justificación), ¡pero yo derrochaba adrenalina!; por ejemplo, un día —cuando aún era policía judicial de Distrito (pues así comencé mi carrera)—, se hizo un llamado por radio para detener a un loco que había tomado un cable de acero, de esos que sostienen postes y que abundan en la Ciudad de México, y girándolo sobre su cabeza amenazaba con golpear a los transeúntes que a esa hora bullían de sus oficinas (eran las seis de la tarde), en la calle de Balderas. Fuimos los primeros —o los únicos, no lo sabría hasta después por lo acontecido—, en llegar al lugar; mi pareja de aquel entonces era Miguel Ángel el «Pecha». Justamente en la entrada de la estación del metro Juárez se encontraba amenazante el tipo con su largo y grueso cable de acero que hacía temerle. Las personas no podían ni descender por el túnel para tomar el metro ni salir de él por temor a ser golpeadas mientras el tipo gritaba, gruñía y giraba el acero sobre su cuerpo, corriendo tras la gente, paranoico. Encendimos la torreta del coche para que supiera que éramos judiciales y no simples patrulleros de tránsito; no obstante, con todo y nuestra entrada faramallosa el tipo ni se inmuto y en un instante se nos abalanzó con su arma también. Saqué mi cuarenta y cinco para disparar dos veces sobre su humanidad. Huimos del lugar como delincuentes después de haber detenido a fuerza de plomo al mugroso del cable. Poco después me enteré de que le había volado tres dedos del pie izquierdo y lo había matado de un disparo en el estómago. Era mi primera muerte, sin embargo no me causó sentimiento alguno de pena y remordimiento. Mientras tanto, ahora buscaban a los delincuentes que se hacían pasar por policías judiciales y lo habían matado. Por supuesto jamás supieron que habíamos sido mi pareja y yo. El alcohol y la coca que ya se hacían presente cada día, me volvían

temerario. Entrábamos a cualquier cabaret, en particular al del Hotel Bamer, ya con nuestro reservado. Mi coche de entonces era un Mustang Match One —cotizado por muchos—, que además hacía a las mujeres imposibles, de otros hombres, mi rutina de los fines de semana.

Así me veía; tirado en los vicios que me ofrecía mi trabajo y de los cuales no me arrepiento sino que sólo lamento y añoro.

Llegué a casa, abrí mi libreta y leí las pistas que me había dado el tipo gordo que ahora era mi jefe. Me serví un trago y lo bebí de un solo sorbo. Ninguna zorra vale todo ese dinero —pensé mientras me acomodaba en mi pequeño sillón viejo y gastado. Me perdí recordando mi matrimonio y las causas que me hicieron separarme. Por primera vez pensé en mi hija. ¿Cómo sería?, ¿a quién se parecería?; ¿habría valido la pena seguir en aquella relación para estar con ella? Con esa madre nada valdría la pena, ni matarla, aunque eso último era lo que hubiera terminado por hacer si seguía con esa mujer. ¿Qué pendejadas estoy pensando? —me pregunté en voz alta. Recordé una vez que me despertó su respirar rápido y alterado: apretaba el gatillo cuando se despertó. Dormí durante algunos minutos.

*La amaba demasiado, pero tuve que matarla. Era necesario. No paraba un instante. Al principio toleraba todo, sin embargo con el tiempo fue tornándose fastidioso, desagradable, insoportable. Hasta que llegó ese día. Lo primero que se me ocurrió fue asesinarle mientras dormía, esa sería la forma más fácil, no obstante, era totalmente indignante y cobarde; no podría ni siquiera defenderse, así que lo descarté. Golpearla en la cabeza mientras comía, así moriría feliz... satisfecha; o quizás con un martillo o una sartén en su nuca y listo, aunque pensé en la posibilidad de no darle un buen golpe y dejarla sufriendo, entonces deseché esa opción también.*

*Durante mucho tiempo busqué muchas formas para que muriera, y cada una era recusada por diferentes razones, una de las cuales era que simplemente me acobardaba. La traté de atropellar, envenenar, estrangular, apuñalar, asfixiar, ahogar y hasta dispararle un tiro, pero como eso era muy ruidoso eliminé esa opción, o ¿arrojarla de algún edificio? Sin embargo de ninguna de esas maneras ocurrió. Mientras tanto me volvía loco escuchando*

*su voz incesante, el brillo radiante de sus ojos verdes, mirándome de vez en vez sólo para fastidiarme; verla ir de un lado a otro de la casa o respirar su aliento, mientras dormía y se acercaba a mí y yo tenía que levantarme para dormir en el sofá.*

*Desde el comienzo muchas personas estuvieron en desacuerdo con su compañía. No podrás con esa responsabilidad, te hará daño o tú se lo harás, y será demasiado tarde —me decían incansables a sus palabras—, mil veces me lo dijeron, sin embargo nunca quise tomarlo tan en serio. Sus costumbres provocaron mi ira y cierto día dejé que se marchara, mejor dicho, le grité para que se fuera, maldiciendo, mientras le abría la puerta hasta que se fue, pese a ello un par de días después estaba nuevamente en casa y a mí se me ablandaba el corazón sólo de verle, pues la amaba, pero en el transcurso de las horas me reprochaba a mí mismo la debilidad que me invadía de tristezas y melancolías, tal vez hasta miedo de dejarle sola y de estar igual, solo.*

*Una vez más el disgusto y poco a poco el odio crecían terriblemente en mi ser, llenando mi vida de irracionalidad al sólo concentrarme en cómo deshacerme de ella, en cómo vengarme. La venganza suele matar a dos, pero a mí, lo único que mato fue mi conciencia. No podía perdonarle nada, lo hecho, hecho estaba y su muerte era la única solución para que mi odio y rencor desaparecieran.*

*No me llevó mucho decidirme de una vez por todas: ella estaría en la cocina y yo entraría, clavándole el cuchillo que una noche antes me llevaría a mi cuarto sin que sospechara, para luego, por la mañana sacarlo muy despacio, ir a la cocina e insertarlo en su pecho, o en su cuello, o en cualquier parte blanda que su hermoso cuerpo me permitiera penetrar el arma (era algo tan sencillo de hacer que no habría ningún problema). Nada fue de esa manera. Escuché a los vecinos salir y bajar las escaleras, creí haber escuchado a todos irse y así fue; nadie escucharía sus súplicas, sus gritos, su muerte, entonces me apresuré a cometer mi crimen. Caminé, tomé el cuchillo que había guardado entre el colchón y la base de éste, anduve por el pasillo mientras la escuchaba ir de un lado a otro en la cocina, arrastrando siempre algún reproche o enojo por la tapa arriba del escusado, por los pelos en el jabón del baño, por el agua salpicada al salir de bañar,*

*por los minúsculos vellos rasurados y adheridos al lavabo. Entré y la vi frente a mí, era «ahora o nunca», así que le grité que moriría, pero corrió desesperadamente a la puerta; pasó a mi lado. Inmediatamente intenté detenerle mientras escuchaba sus terroríficos sonidos que parecían algo así como los que hace un gato en celo, tratando de aparearse o un cerdo cuando se le sujeta para degollarle; de repente algún tipo de gruñido aterrador salía de su interior; sin embargo era tarde ya para todos esos sonidos que me hacían temerle. Alcancé a cerrarle la puerta y ella chocó. Corrió al otro lado de la cocina, a la ventana para pedir auxilio y yo traté de alcanzarle, sin embargo tropecé con algún trasto tirado, caí clavándome el cuchillo en mi nalga derecha, quedando inmovilizado por la gran herida y el dolor que ésta me causaba. Inmediatamente reaccionó y comprendió mi dolor, mi inutilidad, así que dio un salto hacia donde yo estaba, tratando, no sé si de morderme, o demostrarme mi cobardía, saqué con dolor el cuchillo en ese momento y logré clavarlo en su corazón.*

*Quedó sobre mí, tendida, así que la empujé y cayó a mi costado, desangrándose, todavía con un soplo de vida, arrojando sangre por la nariz, por la boca. Yo, ya levantado, la observaba llorando, enjuagué mis lágrimas y me apresuré a deshacerme del cuerpo. Me envolvía la tristeza que se conjugaba con una inmensa felicidad de libertad, y le lloré por un par de días más, extrañándola. La amaba tanto, era indescriptible un amor así, entonces tenía que arrancarlo de raíz y no pensar que estaría en algún otro sitio, con alguien más. Incluso ahora incrustada en la pared de mi cocina, la sigo escuchando. Sus ruidos raros y su respirar cortado, habitan allí. Se queja y se mueve como queriendo salir aunque en realidad está muerta. No creo que me haya perdonado, por matarle, no obstante he aprendido a escucharle todas las noches sin temerle, aunque me es imposible dormir.*

Desperté impulsándome unos centímetros por sobre el sillón donde dormía tirando mi vaso al suelo y mi libro con él. El primero estrellándose en pedazos. Mi respiración estaba muy agitada. Me levanté y me serví otro trago pero doble y como el primero, lo bebí de un solo trago. Mientras veía el fondo del vaso pensé que así sería la única manera de terminar con mi

matrimonio. Incrustada en mi pared —me dije y reía al mismo tiempo—, hubiera sido buena idea para desaparecerla.

Me metí al baño recordando todavía el sueño. ¿Habría sido en verdad capaz de hacer algo semejante? Nunca lo sabré. ¡Escuchándola quejarse ya muerta! ¡Qué miedo! Probablemente sería mi hija la que estaría haciendo esos ruidos desde el vientre de su madre. Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras el champú escurría por el mismo y terminaba en el desagüe.

Decidí salir del departamento para olvidar el sueño extraño que había tenido. Paré en la dirección que estaba escrita en la tarjeta que me había dado mi jefe. Entré mostrando la tarjeta. Un casino clandestino lleno de políticos, actores y otras personas conocidas en los medios más altos de México o eso me pareció. Me acomodaron en una mesa y pronto me dieron veinte mil en fichas del casino sin que las hubiese pedido. Un obsequio de la casa —me dijo quien me las aproximó.

Otro regalo del tipo que me contrató —pensé—, todo esto es tan extraño que me da miedo pensar en no dar con la chica.

El crupier me echaba cartas muy buenas, así que ese pensamiento inmediatamente se desvaneció cuando dupliqué, tripliqué y cuadruplicué el dinero que había apostado.

La gente a mi alrededor me hacía recordar escenas de las películas de James Bond, sólo me faltaba alguna hermosa mujer que complementara todo ese instante, pero nunca llegó. Al sentirme mareado por el alcohol recogí mis fichas de la mesa y me dispuse a cambiarlas. Así lo hice. Sólo había apostado diez de los veinte mil y ya se habían incrementado a cuarenta mil, en total tenía sesenta mil pesos. El mal augurio que pensé se convertiría mi sueño, en realidad pasó a ser muy buena suerte. Me había ido excelente. Aunque la vida gira inmediatamente apenas te va bien.

Cambié las fichas con una hermosa chica, pidiéndolo billetes de mil y de quinientos solamente, y pagué el dinero que me habían dado como cortesía por la tarjeta. Cuando lo hice miré a la cámara de seguridad con los billetes en mano mostrando mi agradecimiento por aquel gesto.

—No puedo aceptar el dinero, son órdenes.

—Pues si no quieren el dinero quédatelo tú, mi amor.

—No creo que eso sea lo correcto.

—Si es mi dinero puedo hacer lo que me plazca, así que tómallo.

Se lo dejé en la ventanilla, le guiñé un ojo y me dirigí a los sanitarios sin decir ya nada. Vomité el exceso de alcohol en mi estómago y después acomodé el dinero en un compartimento que tenía mi cinturón (lo tenían todos mis cinturones) en todo su largo. Sólo los billetes de mil. Los de quinientos los dejé en mi billetera y me incorporé para lavar mis manos y mi cara. El tipo del baño me dio una toalla. Al salir le dejé doscientos de propina. Con las copas que llevaba de más, el efecto «no escatimar» se estaba haciendo visible nuevamente.

Salí del lugar y abordé mi coche que estaba estacionado a unos veinte pasos del lugar. Me quité el saco y coloqué la sobaquera sin la WALTHER bajo mi brazo. De nuevo coloqué el saco y cuando iba a tomar la pistola para colocarla en la funda e irme un auto golpeó la parte trasera del mío. Bajé inmediatamente y me dirigí para ver cuál era el daño. El tipo del auto encendió un cigarro sin bajarse del mismo y yo extendí mis manos para preguntar lo que pasaba.

Inmediatamente un tipo salió de lo más oscuro de la calle y golpeo con un bastón mi muslo, dejándome herido de dolor. Con mi sufrimiento busqué mi cartera (pensé que si daban con la sobaquera vacía buscarían mi pistola en el coche y podrían matarme) y se la ofrecí. La revisó y me miró. ¡Mala noche! —le dije refiriéndome a que el casino me había ganado. Subió al coche de su cómplice y se marcharon casi arrollándome. Lo sabía, algo así tenía que suceder. Como pude me incorporé, subí al coche y manejé hasta mi casa. El dolor no me permitió poder bajar de mi auto. Masajeaba el lugar del golpe con mucho cuidado con ambas manos, pero el dolor era ahora acompañado por una enorme inflamación. Desistí de subir a mi apartamento; vencido por vez primera por un golpe. En mis años de adolescencia y luego de trabajo policial, inmerso en innumerables peleas donde salí muchas veces aporreado, golpeado y magullado por diferentes objetos o armas, no sentí dolor igual a éste que me impidiera bajar del coche. Como ya no hacía nada más que escuchar la radio, empecé a recordar algunos casos en los que estuve, primero solo y luego ya con el «Pecha». Me preguntaba qué había pasado con

aquellas personas que golpeamos sin piedad hasta casi matarlos, como el caso de aquél adolescente que en un arranque de venganza se volvió un parricida. Pensé en él por unos minutos y en la golpiza que le dio Miguel Ángel cuando nos comisionaron llevarlo al Consejo Tutelar de Menores. Aunque al principio yo solo llevé la investigación para dar con él, en su captura ya estaba mi «pareja» apoyándome. Fue él quien comenzó todo ello.

*Primer día de la investigación: Daniel Brauer, nacido en el Distrito Federal en 1967. Hombre de estatura media: 1.76 cm., quizás. Delgado, piel morena clara. Ojos Negros, sumidos en sus orbitas pero de mirada penetrante, nariz mediana y recta, su boca aparentemente normal, sin embargo, al reírse pareciese exageradamente grande, deja ver sus blancos y perfectos dientes que eclipsan sus labios casi inexistentes. Una cicatriz atraviesa el ancho de su ceja derecha, otra más habita en la comisura de su ojo izquierdo, justo donde nacen las patas de gallo (todo indica una infancia violenta). «Sus manos se distinguen por ser grandes y al mismo tiempo, delgadas, perfectas, sin rasguño alguno, de total contraste con su cara», describían sus maestros de la universidad.*

*La última vez que se le vio, vestía un pantalón de mezclilla azul y una camisa café, que hacía juego con los zapatos del mismo color. «La camisa siempre fajada aunque curiosamente el cinturón que sujetaba su pantalón nunca estaba colocado en las presillas, sino sobre ellas y sus botas, por más desgastadas que se encontraban, siempre daban el aspecto de nuevas o por lo menos de un buen estado de tan lustradas que las lleva», describió su compañero Mauricio Alcántara.*

*Nunca cambiaba el color de sus calcetines, que no importando el color de los zapatos o el pantalón, siempre eran blancos, esto se pudo corroborar después de interrogar a algunos de sus compañeros de la universidad, que así lo describían. «Llamaba la atención, ya que nunca participaba y menos escribía en sus clases de literatura y aún así obtenía las mejores calificaciones. Su carácter era pasivo y serio (introvertido)», describieron sus compañeros: Juan Garros, Mauricio Alcántara, Leticia López y Efraín Huerta.*

*Segundo día de la investigación: Desde la secundaria, después de leer algunos textos de historia y otros más de Eduardo del Río «Ríus», dejó la religión a un lado, religión católica que le había inculcado de mala manera su padre. Daniel nació prematuramente en un taxi, a los siete meses cuando su madre se dirigía al hospital por dolores en el vientre. Iba sola, debido a que su esposo trabajaba hasta Mixcoac y la familia de ambos vivía en el estado de Morelos, en Zacatepec para ser exacto. Rentaban un cuarto en el pueblo de Santo Domingo, Coyoacán. «Ella viajaba en el taxi sobre Avenida Tlalpan, sin embargo, en el eje 8, cuando se dirigía al Hospital General, no pudo más y dio a luz, muriendo aquella tarde» —explicó su abuela paterna, doña Yolanda Mendoza de Brauer.*

*Tercer día de la investigación: Daniel vivió bajo la opresión psicológica de su padre Guillermo, así que huyó de él y vivió con su abuela paterna, en Morelos, desde los once años, pero cuando entró al bachillerato tuvo que radicar nuevamente en el D.F. Vivió en la colonia Nativitas con una amiga de la abuela hasta que cansado de los insultos de ésta última prefirió rentar un cuarto cerca del metro Taxqueña. Información obtenida al Interrogar a un vecino llamado: José Hernández Leyva.*

*Cuarto día de la investigación: Sin conseguir adaptarse a la escuela y estudiando todavía a los 30 años Daniel pagaba sus gastos con la compra y venta de CD, películas piratas y algunos libros. De vez en cuando visitaba las librerías para leer en varias sesiones algún buen libro, otras veces optaba por robarlos. Su último libro fue «Los detectives salvajes» de Roberto Bolaño. Tomado de la averiguación previa LDF/154/2897, levantada por robo a la librería Gandhi.*

*Quinto día de la investigación: El olor era insoportable, dijo la vecina del 303. «Olía así desde hacía ya dos días y yo le dije a doña Cuquita, la del 301, que apestaba a muerto, y ella contestó que quizá había un gato, en algún rincón del edificio, envenenado. La noticia y el hedor invadieron todo el condominio, hasta que alguien llamó a la policía», —dijo doña Juliana. «Nadie imaginó que el olor lo despedía el cuerpo de este señor... tan gentil y caballeroso». «Nunca supimos si tenía familiares... pero creo que no, pues nunca lo visitaron. Sólo a veces salía de noche, como a eso de las once y*

*regresaba ya hasta las cuatro o cinco de la madrugada; no es que lo estuviera espiando, simplemente me despertaban los ruidos de sus zapatos», —dijo la vecina del 303, doña Juliana.*

*Sexto día de la investigación: Daniel Brauer se presenta al ministerio público sin ser citado, preguntando por su padre muerto; esto levanta las sospechas y es detenido. En el interrogatorio confiesa haber visitado a su papá el día que murió.*

*Séptimo día de la investigación: Después de un exhaustivo interrogatorio Brauer confiesa haber matado a su padre de la siguiente manera: lo embriagó y después de que quedó inconsciente tras dos botellas de whiskey, lo recostó boca arriba y colocó en su boca una gran cantidad de pinole (harina obtenida de la molienda del maíz azul tostado o muy seco) y esperó a que se ahogara mientras le decía: «no se puede chiflar y comer pinole al mismo tiempo cabrón». El móvil del crimen: «le hice pagar sus abusos» —dijo Daniel.*

*Octavo día, caso cerrado: El joven Daniel es trasladado al Consejo Tutelar para Menores ubicado en avenida Toluca.*

*—¡Bien, pendejito; con que matando a sus padres ¿eh?, cabrón!*

*—¡Oah!*

*—¿No te dolió cabrón? ¡Párate en esa miscelánea! Voy a comprar Harina y vemos que se siente morir así.*

*—No seas cabrón, ya vámonos. Además dijo que el pendejo de su papá había abusado de él.*

*—Aguanta cabrón, es pa' darle un sustito.*

*—Vámonos. Busca una calle sola... Ya verás cabrón lo que te va a pasar.*

*—¡Aauuh!*

*—Ya no le pegues, güey, que nos van a preguntar por qué llegó madreando si estaba bien, Mira, ya le cerraste el ojo y le abriste la trompa.*

*—Y deja que veas lo que le voy a hacer.*

*—¡No lo vayas a matar!*

*—¡Tráгатela cabrón! ¿No puedes? ¡Ya verás que sí puedes! ¡Tráгатela!*

*—Deja busco una tienda para comprar una coca y bajarle la harina, ¡a ver si no lo mataste, pendejo!*

—*¡Casi lo matamos!*

—*¿Lo matamos? Pobre chamaco, casi lo matas tú, cabrón.*

—*¡Ay, ay! Como si fueras un santo.*

—*No, pero él no está tan maleado y los cabrones que hemos madreado ya estaban muy curtiditos y huevuditos.*

—*Sí, pero este mató a su papá.*

—*Sí, pero ya sabemos por qué fue. Hasta yo lo hubiera matado si me hubiese hecho lo mismo.*

—*Bueno, bueno... ¿y ahora qué decimos por llevarlo pegajoso, blanco y madreado?*

—*Ya se me ocurrirá algo cuando llegemos. Y por favor ya no le vayas a dar otro madrazo... diremos que se convulsionó, que le dieron unos terribles ataques cuando lo intentábamos subir al coche y que fue a caer a la basura que por ahí había, además de que se revolcaba y se pegaba en la cara; y nosotros no sabíamos qué hacer.*

—*¡Ahora si te la sacaste! Todo solucionado.*

Así finalizó ese caso. En futuras investigaciones dejé de usar la grabadora para narrar la investigación y comencé con lápiz y papel, pues el comandante encontró la grabación y nos arrestó quince días y otros quince haciendo guardias de escolta de algún político.

El calor que se sentía ya en el auto a esa hora de la mañana hizo que me despertara todavía con el dolor, aunque con el suficiente movimiento en la pierna para salir del coche y subir a mi casa.

Me quedé pensando en aquel caso y lo soñé —me dije en voz baja mientras subía la escalera—, debo dejar de tener esos sueños extraños o me volveré loco. No sé qué pasa ahora, pues antes no recordaba lo que había soñado y ahora mis sueños son tan reales que me asustan. Me estoy haciendo viejo y con la soledad lo único que ahora me acompaña son mis recuerdos que ahora proyecto en mis sueños, haciéndolos más extraños.

Cuando llegué a mi piso noté bajo la puerta de mi casa la correspondencia, la moví con la pierna izquierda: basura, basura y más basura —dije. La saqué al pasillo dejándola ahí.

Tenía que empezar ese mismo día con la investigación de la chica. Dormí ya en mi cama para recuperar fuerza y me desperté a las tres treinta de la tarde dispuesto a indagar sobre ella.

El dolor en la pierna continuaba aún molestándome, mas ya era soportable y había vuelto a tener movilidad, no la que realmente quería, pero me daba para caminar y, en caso de que se necesitara, hasta para correr. Abrí la llave del agua caliente y en unos segundos empezó a fluir la misma, la regulé con el agua fría hasta darle la temperatura en la que me agradaba estar. Dejé que el agua corriera por mi cuerpo sin agregar ni el champú ni el jabón como lo habría hecho en otro momento. El hecho se debía a que el dolor se hacía presente con punzadas que se clavaban de vez en vez en el lugar donde había recibido el golpe, la inflamación había bajado cuando desperté en el coche por la mañana, sin embargo nuevamente se hacía presente; también se había presentado un dolor más intenso que las pequeñas punzadas. Quizás el estar parado hizo que todo aquello renaciera. Abrí más la llave del agua caliente y la temperatura iba en aumento con el agua que caía. Puse en el chorro mi muslo y lo froté sin parar durante unos minutos con ambas manos. Dirigía la regadera de modo que me siguiera cayendo aún cuando yo estuviera sentado en el piso y así quedé: sentado con mi inutilidad que me ataba a esa situación. El vapor que se encerraba en mi pequeño baño me recordó un caso que se hizo presente y visible en toda aquella nube que comenzaba a hacerse más densa:

*El caso al que fuimos llamados fue informado por el novio de cierta chica; llamó a la policía para reportar la muerte de ésta. Como siempre, el primer sospechoso siempre es el novio, quien descubre o quien denuncia el homicidio. Al llegar al lugar encontramos el hermoso cuerpo de una joven de aproximadamente veinticinco años dentro de la tina de baño. El agua caliente siguió cayendo en la tina hasta que, por la temperatura, su piel se empezó a desprender por todos lados a excepción de sus tetas que quedaban sobre el nivel del agua. Miguel la vio y sin pudor alguno tomó ambas tetas con sus manos y las apretó fuertemente: Pero qué buena estaba la cabrona —dijo sin remordimiento, ni serenidad y obvio, sin respeto alguno; ¡ven*

*tócala! y me jaló del brazo para que hiciera lo mismo con tal vehemencia, misma que muchas veces me hacía temerle. ¡Anda, tócala! —insistía— y yo con el morbo que siempre me caracterizó porque a todo nunca dije que no (todo lo veía mal, aunque jamás me negué a participar, era como la conciencia del cuerpo de la policía judicial que ponía como escudo la moral y que al final terminaba por ceder cual cartón mojado ante el chorro de agua), la toqué: palpé centímetro a centímetro sus enormes protuberancias que salían cual iceberg. No obstante desistí de tocar lo que el «Pecha» tocó a continuación cuando aún estábamos solos en el baño, con el cuerpo flotando.*

*El novio entró con los peritos mientras nosotros ya hacíamos nuestro reporte en casos como este. ¡Los vi tocándola, par de perversos! —gritó el novio dándose valor cuando entró con los agentes—, vi como la manoseaban puercos, yo los vi... yo los vi. Los peritos nos voltearon a ver desconcertados y con la duda ya al aire.*

*—Bueno, joven; creo que lo que viste fue a nosotros haciendo nuestro trabajo: tratar de buscar algún arma o huella de algún homicida quizás.*

*—No, no, yo sé lo que vi y eso fue a ustedes dos manoseando a mi novia. Hasta reían —gritaba el tipo con mucha rabia, que se reflejaba también en sus ojos, como perro con la misma, lleno de lágrimas, mocos y baba; en ese orden.*

*Los peritos nos volvieron a mirar, ya con la ceja ceñida, inclinándose por la versión de total veracidad del joven que sólo sabíamos los tres.*

*—Mira, amigo, entendemos tu dolor pero creo que esta escenita es parte de tu coartada para que no te involucremos con la muerte de tu novia. Qué se me hace que tú la mataste, cabrón. A ver, vamos pa' fuera a que nos des tu versión y para que dejemos trabajar a esta gente —dijo Miguel Ángel hábilmente mientras el chico ponía cara de desconcierto y asombro por lo que sucedía.*

*—Sigan con lo suyo, mientras interrogamos a este cabrón, porque o alucina con lo que dijo o quiere que surja el desconcierto para que salga librado —dije también. Bueno, sigan trabajando, muchachos.*

*Salimos del baño y en la sala esposamos al novio que se resistía mirándonos como fiera a su domador. Ya con las esposas y el dolor que ese*

*instrumento ocasionaba y que hacía someter al más fuerte y valiente hombre, cedió a nuestra manipulación corporal. Bajábamos del departamento cuando nos encontramos a las madres de ambos jóvenes que ya subían con lágrimas en los ojos. Una de ellas iracunda nos preguntó, sujetando a la vez al muchacho, a dónde lo llevábamos mientras la otra siguió subiendo hasta llegar al departamento de la ya occisa. Mire, señora, su hijo será detenido por ser sospechoso de la muerte de la muchacha mientras se investigan los hechos y se esclarece el crimen o el móvil de éste —dije con la autoridad que me daba mi placa.*

*—Pero si mi hijo adoraba a su novia, ¿cómo podría ser él sospechoso de tal acto?*

*—Pues su hijo actuó de una manera muy extraña, primero calumniándonos ante los otros compañeros que hacen el peritaje y segundo porque cuando le expuse que probablemente él podría ser el autor de tal crimen no hizo más que callar. Eso nos hizo sospechar de él. Luego se resistió al arresto para interrogarlo y fue por ello que lo llevamos de esta manera, ¿entiende?*

*—¿Cómo podría ser el asesino si ha estado conmigo toda la mañana? ¡Imbécil!*

*—Pues eso sólo usted y él lo saben, nosotros no.*

*—Por supuesto que no, tengo más de cincuenta testigos pues estábamos en el bautizo de su sobrino.*

*—Bueno, pero no sabemos si es asesinato o no y usted ya está diciendo eso, así que mejor cuide sus palabras o también cargamos con usted. Y quítese pinche vieja. ¡Órale!*

*Como era de suponerse se esclareció todo: La chica, al meterse a la tina y tomar su baño se resbaló y se desnucó. El agua caliente siguió cayendo hasta que el novio, preguntándose por su ausencia, la buscó en su apartamento y dio con ella cocida hasta el pescuezo (excluyendo sus tetas).*

Cuando noté que empezaba a escasear el agua caliente me incorporé un poco más aliviado y comencé el ritual que se hace al bañarse: Champú, estropajo y jabón. Todo en menos de tres minutos.

Salí, me vestí ya sin problema y me fui para comenzar a investigar sobre la rubia, no sin antes pasar a comprar unas ketorolaco para el dolor y unas diclofenaco para la inflamación. Me sentía otra vez vivo en el ambiente policial.

Mis discos favoritos se volvían a escuchar en el estéreo de mi PEUGEOT 406 y mi actitud había cambiado desde que desperté listo para el caso. La radio escupía armoniosamente la voz de David Gilmour y yo le seguía al unísono:

Her love rains down on me easy as the breeze  
I listen to her breathing it sounds like the waves on the sea  
I was thinking all about her, burning with rage and desire  
We were spinning into darkness; the earth was on fire  
She could take it back; she might take it back someday  
So I spy on her, I lie to her, I make promises I cannot keep  
Then I hear her laughter rising, rising from the deep  
And I make her prove her love for me, I take all that I can take  
And I push her to the limit to see if she will break  
She might take it back; she could take it back some day...

Mis gafas de sol HUGO BOSS, el quemacocos del 406 abierto, mi música, mi coche negro con tres años de antigüedad y sin embargo como nuevo, mi traje barato que en mi persona no se notaba y el sol radiante sobre mí, me hacían sentirme seguro. En mi adolescencia pensaba que el dinero no lo era todo y alguien me comentó que efectivamente no lo era, pero que era lo único que te hacía sentir seguro y hacía sentir segura a la mujer que estaba a tu lado. Las cosas materiales a partir de entonces fueron parte de mi vida como un miembro más de mi cuerpo, que después del golpe valoraba aún más.

Llegué al lugar: Tamaulipas 115. Bajé mi pequeña libreta negra y me dirigí a presionar cualquier botón de los diferentes apartamentos hasta que alguien me atendiera. Nadie. Pregunté al portero del edificio de enfrente si conocía o había visto a la persona que habitaba ahí. ¿Quién es usted? —

preguntó con cierta desconfianza.

—Soy detective de la policía judicial del distrito —y mostré mi antigua placa rápidamente.

El hombre aún desconfiado me miró de pies a cabeza. Ya han venido antes los judiciales a preguntarles a todos. Ya dimos nuestras versiones y declaraciones, cómo es que usted ahora viene a preguntar otra vez —dijo ya en un tono que retaba a demostrarle que en verdad era un agente.

—Mira, pendejo, te dije que soy detective de la policía judicial que no es lo mismo que simples policías judiciales. Yo soy de una élite de agentes entrenados para estos casos sin resolver, porque para que lo sepas este caso no se ha resuelto y por consiguiente no se ha cerrado, así que cuida tu tono de voz o ya verás, cabroncito.

—Discúlpeme, jefe, no sabía de esa policía y es que los vecinos me pidieron que ya no hablara más con gente extraña, porque después de los asesinatos llegaron primero los judiciales y luego otros tipos que parecían narcos o delincuentes y luego otra persona muy elegante, con puro en mano y toda la cosa, gordo, que hasta me dio una propina por que vigilara y le dijera si veía a alguien entrar al edificio que no fuera inquilino o si veía luces en aquel apartamento —señaló el edificio—, así que todo me pareció de narcos y droga y peleas por dinero y armas y pues nunca llamé a esa persona, ya ve usted en la tele como están las cosas y pues por estos rumbos es rarísimo ver algo así.

—Bueno, entonces no le llamó al tipo de la propina, ¿verdad?

—No, para nada. Vino hace un par de días, pero le dije que no había visto nada extraño.

Comprendí que el tipo elegante y gordo había sido quien me había contratado un día antes, debido a la descripción que me dio el portero, rendido de esperar a que este pobre tipo le diera la información que le hiciera aprehender a la chica y recuperar su joya; entonces, como no pudo obtener nada optó por contratarme en su último intento. No descarto que al final, si no doy con ella, me liquide a mí, no sin antes recuperar el dinero que me habrá pagado.

—Bueno, ya viste que en verdad soy policía, ahora dime a mí, con toda

confianza, lo que has visto desde el primer día —le dije esto mientras apuntaba todo en mi *little black book*.

—¿Otra vez? ¿Por qué no se lo pregunta a los primeros agentes que vinieron a interrogarnos?

—Porque ellos están coludidos con quienes cometieron aquél crimen (aún no sabía que era un crimen o un asesinato, no obstante, por lo poco que pude escuchar del portero especulé de inmediato que el tipo que me contrató no me dijo la verdad sobre la muerte de su querida... —hojeé mi libreta—, Luisa. Así advertí que la habían matado) y no nos pasaron toda la información, ni los testigos ni los interrogatorios, por eso me comisionaron una vez más para indagar y esclarecer el caso, pero si no quieres cooperar te denunciaré por obstrucción a la justicia y falsedad de declaración y otras cosas más que inventaré por no ayudar a aclarar todo esto. Cerré mi libreta y me di la vuelta. Espere, jefe —me alcanzó preocupado—, lo veo a las ocho en el *Black Horse* que está aquí adelante, en Mexicali. Sé dónde está —respondí. Es que no quiero que me vea nadie de los inquilinos o me despedirán —añadió— y yo asentí con la cabeza mientras caminaba hacia atrás viéndolo aún y cuando estuve a punto de voltearme para tomar mi paso normal y regular puse los dos dedos (el índice y el medio) de mi mano derecha en cada uno de mis ojos y luego lo señalé en señal de que lo estaría observando; di la vuelta mientras le decía: ¡Sé puntual!

Como aún era muy temprano decidí echarle un vistazo al edificio de la tal Luisa. El edificio se encontraba en la esquina de la avenida Campeche. Caminé por la acera, rodeándolo y buscando a la vez algún modo de entrar, pues parecía que nadie habitaba en él. Comprendí que todos tenían miedo de hablar después de las visitas de todos esos tipos asediándolos.

Al dar la vuelta (en la calle de Campeche) me encontré con la escalera de incendió que daba a cada uno de los apartamentos —cuatro por piso: seis niveles y la planta baja: veintiocho departamentos en total. Se encontraba, por seguridad, arriba, lejos del nivel de la acera y fuera del alcance de quien quisiera ocuparla para otra cosa que no fuera su función: descender de ella en casos de emergencia. Acomodé un tacho de basura que se encontraba por ahí y trepé en él. Alcancé (aún de puntitas) el metal oxidado y como pude me

columpié y trepé a duras penas por la falta de condición física hasta lograr colocar un pié en la parte superior y ya con mayor facilidad asirme hasta lograr subir bien. Ya arriba ascendí con cierta parsimonia intentando hacer el menor ruido posible para que ningún vecino notara mi presencia y se desatara el nerviosismo, el pánico y por consiguiente la policía que por obvias razones no me trataría muy bien que digamos y arruinaría todo.

Llegué al nivel del apartamento que el tipo me había señalado e intenté abrir una ventana sin conseguirlo a la primera. Cómo no quería bajar al coche para buscar con qué forzar la ventana y volver a hacer los malabares para trepar de nuevo por la escalera, me decidí por subir los otros cuatro pisos restantes e intentar ver si se podría entrar por la azotea. Llegué y pude ver los tinacos, lavaderos, tendederos y la puerta de entrada al edificio. Noté que estaba dibujada la silueta de un cuerpo en el suelo, junto a la puerta, y dos pequeños círculos le hacían compañía; sabía con certeza que eran las marcas donde encontraron los casquillos de las balas que le dieron muerte. No se notaban manchas de sangre, probablemente la fuerte lluvia que había atacado la ciudad en días anteriores habían borrado el rastro de sangre. Intenté abrir la puerta. Cerrada. La pateé esperando correr con suerte y no alertar a los habitantes del edificio y ésta cedió abriéndose bruscamente con un ruido crujiente y sordo que la madera vieja suele hacer. Noté tras la puerta las cintas de la policía restringiendo la salida a la azotea. El sudor ya se hacía presente en mi frente que era el último lugar en delatar mi cansancio y esfuerzo pues mis sobacos, ingles, nalgas y espalda ya estaban empapados. La pierna comenzaba a dolerme nuevamente debido al golpe. Bajé con sigilo los cuatro pisos y llegué al 202 B. Dos cintas cruzadas con las palabras PROHIBIDO EL PASO ESCENA DEL CRIMEN se anteponían en la puerta también y ésta última era blindada, para que no se abriera, por tres pequeños sellos que con mis llaves pude romper fácilmente y violar aquella restricción, vengando otras violaciones que la misma justicia muchas veces hizo en contra de víctimas o culpables, conmigo y el «Pecha» como verdugos. Aquellos sellos eran el único instrumento que impedía que la puerta se abriera ya que la chapa se encontraba sin llave y cualquiera podía entrar. Pero, ¿quién querría hacer semejante cosa?, irrumpir en la morada de un muerto era cosa que

ningún vecino de este y cualquier otro edificio querría hacer.

Empujé la puerta y esta se abrió fácilmente como invitándome a pasar (si alguien me hubiera acompañado en aquella empresa estoy seguro que hubiese pensado que ya me esperaba el fantasma para dilucidar el caso. Como yo era nihilista, agnóstico y ateo declarado —y que Dios me perdone por decir esto—, pero hacía mucho que había dejado de pensar y evocar al Dios que me había tratado tan mal, todo aquello que se relacionaba con lo sobrenatural lo veía como el invento de los curas para vender indulgencias en las iglesias y entrar más rápido al cielo (ese miedo sirvió para comprar el terreno de la iglesia de mi pueblo, construir la iglesia, pintar sus frescos y mantener al cura junto con su nuevo JETTA que después se compró y todavía sobraba para mandar al Vaticano una parte). La luz que se lograba filtrar por las cortinas me ofrecía una iluminación perfecta aún. Busqué aquí y allá: recámaras, baños, cocina closets y nada. Me senté, exhausto, y noté frente a mí una pequeña cantina que me exponía unas botellas. Estaba seguro que alguien me estaba esperando —pensé. Tomé la botella de JACK DANIELS y cuando bajé el vaso para servirme pude ver una de BUCHANAN'S, así que hice a un lado la primera y saqué la otra dispuesto a beberme unos tragos que me quitaran la sed. Lo serví y cuando salía de la pequeña cantina observé otra botella pero de BUCHANAN'S SPECIAL RESERVE AGED 18 YEARS. No podía tirar el licor del vaso así que lo bebí de mala gana y me senté con la nueva botella en aquella sala con vista a la Hipódromo Condesa sirviendo nuevamente el licor y bebiendo del vaso ya lleno, custodiando mi trofeo del día, la botella.

Como el cansancio me había eclipsado ya la emoción de estar dentro de ese apartamento y el dolor en el muslo me empezaba a molestar más, el Whiskey me relajó y despejó totalmente y con el tercer vaso pude pensar más claramente dónde podría haber guardado aquella mujer alguna pista sabiendo que podría morir al involucrarse con gente peligrosa. Y así fue como observé con más detalle cada rincón de la casa y cada objeto que en ella habitaba sin desaprovechar la luz natural que se me brindaba junto con mi trofeo que estaba seguro era por algo valioso que allí se encontraba y que estaba listo para que yo lo encontrase, o eso es lo que quería creer. Sin embargo, cuando

estaba a punto de convencerme de que ahí no había nada, me senté en el sillón nuevamente y miré en el suelo; vi esparcidos la colección de discos compactos y tomé uno al azar que no era más que la recopilación de canciones de diferentes cantantes y bandas que eran de mi agrado. A diferencia de mis «parejas», la música que a mí me agradaba era contrastante con la suya. Mientras yo escuchaba a Pink Floyd —por ejemplo—, ellos se inclinaban por Rigo sin ir más lejos. Police, Queen, Guns' and Roses era algo cocinándose por allá de los años ochenta y que a mí me gustaba, no obstante, ellos andaban taconeando con Los Bukis, La Santanera, La Dinamita y todos esos grupos populachos de aquella década. Así que cuando levanté y vi el disco decidí llevármelo también (junto con la botella). Lo guardé en la bolsa secreta, izquierda, del saco. Estuve casi tres horas ahí y no logré desenterrar nada que me diera algo para localizar a la rubia. Salí cuidadosamente por entre los cordones, cerré la puerta y bajé como cualquier otro inquilino, por la escalera principal y por ende salí por la puerta del mismo rango. Eran casi las ocho, así que me dirigí al bar que estaba a tan sólo a una cuadra. No sin antes dejar la botella en mi coche. Caminé rápidamente y al llegar al lugar vi al tipo en la entrada, esperándome. Entramos y nos acomodamos en la última mesa, al fondo. Pedí un Whiskey en las rocas y mi informante un Bull.

—Bueno... ¿y qué es lo que sabes?

—Pues lo que dije anteriormente, aunque usted me da un poco de confianza para soltarle lo que no le dije a los otros judiciales, que... ¿no son igual que usted, verdad?

—No

—¿Usted es...?

—Detective Judicial del Distrito Federal, de un grupo de élite —lo había reinventado una vez más.

—Sí, por eso me da más confianza, se le ve más astuto, más inteligente, más...

—Bueno, bueno. Dime lo que sabes. Desde el principio.

—Pues hace un mes, aproximadamente, como a eso de las diez de la mañana se encontraba el taxista lavando su coche, como lo hacía casi diario a esa hora, pues llevaba siempre a una señorita que ya tenía algún tiempo

trabajando ahí. Sé que trabajaba y no que vivía en el edificio, pues cuando me tocaba el turno de la noche veía que nunca llegaba a dormir. Yo siempre estaba viendo ese edificio, porque la Muchacha estaba re chula igual que la otra persona la cual si vivía en aquel piso, esa, la que mataron. La rubia llegaba siempre de vestir más tardar a eso de las doce del día. Subía por un instante y luego bajaba ya muy bien vestida; a veces con vestidos largo — muy elegante—, otras con vestidos cortos, entallados o sueltos, siempre muy atractiva, muy hermosa. Se iba y a veces regresaba una, dos o tres veces al día pero nunca se quedaba.

—¡Aja! ¿Y qué pasó de extraño ese día? —pregunté apuntando todo en mi libreta mientras nos colocaban las bebidas sobre la mesa.

—¡Espere!, voy por partes y cronológicamente, pues yo vi quien entró y quien salió, sin embargo cuando me interrogaron les dije que no había visto nada, y sólo había escuchado un disparo y había visto un auto huyendo del lugar, pues no quería meterme en problemas por temor a que vinieran por mí los asesinos por haberlos delatado.

—Hiciste bien, pues los agentes judiciales que te interrogaron estaban buscando quién había visto algo para luego eliminarlo ya que también trabajaban para esas personas. Lo supimos después de investigar otros caso anteriores donde ellos estaban involucrados —mentí con sagacidad.

—¡Lo sabía!, algo me decía que no dijera nada.

—Continúa, por favor.

—Pues como dije, a eso de las diez o diez y media el chofer limpiaba aún su taxi cuando después de unas treinta minutos, o sea como a las once llegó una camioneta JEEP GRAND CHEROKEE negra y de ella descendió un tipo alto y robusto, no gordo sino robusto, acorde a su edad y su estatura quien descendió del lado del copiloto; y del otro lado, o sea del lado del chofer descendió otro que tenía la pinta como de microbusero, ¿si me entiende, jefe?: prieto, los pelos parados, el traje que llevaba le quedaba un poco grande de uno sesenta y cinco quizás, o sea como vil maleante o microbusero que da lo mismo para mí. Sé que estoy igual de prieto, pero, bueno, hay de tipos a tipos. El caso es que ambos se acercaron y preguntaron algo al chofer del taxi, el cual señaló hacia el edificio. Imagino que al departamento de la

dueña, el de la otra chica. Después se acercaron al interfón y subieron. El taxista sin preocupación alguna siguió limpiando su coche. Todo parecía normal, incluso para mí. Cómo a los veinte minutos apareció la chica rubia tan hermosa y radiante como siempre. Yo me coloqué en un lugar donde pudiera verla bien hasta que entrara al edificio. Vi al taxista que aún limpiaba su coche —¿puede creerlo?, ¡después de tanto tiempo seguía limpiando!— y lo dejó de hacer por mirarle las nalgas a la muchacha. Imagino que habrá recordado algo el señor porque después de haberse deleitado con tan hermoso cuerpo le dijo algo y ella, sin voltear, alzó su mano, no sé si mentándosela o en señal de haberlo escuchado. Sabrá Dios que le habrá dicho. Por cierto que la puerta de entrada al edificio había quedado abierta después de que entraran aquellas dos personas. Después de otros veinte o treinta minutos bajaron nuevamente los tipos y preguntaron algo al taxista, que ya no limpiaba su coche —sería el colmo—, sino fumaba recargado en la portezuela del chofer que daba del lado de la calle; siempre viendo hacia ambos lados de ésta. Fue cuando los tipos salieron del edificio y lo sorprendieron con su vicio, entonces no sé que le dijeron o preguntaron —imagino que fue pregunta pues el chofer se rascaba la cabeza y levantaba los hombros incrédulo e ignorante de lo que ellos le decían o preguntaban y señalaba hacia el edificio. Hasta ese momento nada se me hacía extraño. Los dos hombres volvieron al edificio y el taxista tomó otra vez su posición anterior mientras le daba el golpe al cigarro y esperaba hacer el viaje con la chica —¿ya dije que la llevaba y traía a todos lados?—. Bueno, pues los tipos salieron nuevamente como a la hora y media, o sea como a las doce o doce y media de la tarde. Los tiempos no son tan precisos, pero sé que salieron en ese momento pues hay un inquilino en mi edificio el cual llega siempre a esa hora y justamente cuando él llegó y le abrí la puerta, salieron los matones. Afortunadamente este inquilino es un grosero y mal educado, pues ni responde cuando saludo, ni da las gracias cuando le abro o cierro la puerta y jamás dice ni pío (quizás sea mudo). Entonces, mi fortuna de ese momento se basa en que cuando le abrí y le saludé no me tuve que distraer a que me preguntara algo o platicara conmigo como lo hacían otros inquilinos y esto me dio tiempo para verlo todo. El tipo grande sacó un arma que al parecer traía un silenciador (he visto varias

películas y los reconozco), pero cuando éste avanzaba hacia el taxista, el sicario —que venía con él—, se le adelantó y con el arma en la mano le disparó. Se escuchó muy fuerte el disparo que hasta el tipo que parecía el jefe, el alto, brincó por el estruendo —igual que yo— y estoy seguro que lo mismo que todos los que se encontraban por ahí cerca. Yo por supuesto ya estaba escondido detrás de una de las dos plantas que están en la entrada del edificio, así que no pudieron verme, porque cuando vi que el chofer cayó, ellos voltearon para todos lados como buscando testigos a quienes eliminar también; entonces, cuando se subían apresurados, el hombre mayor le dio un zape al que disparó haciendo que éste último perdiera el paso y casi cayera de cara a la parte trasera de la camioneta, fue entonces que cambiaron de lugar antes de emprender la huida para que manejara el que parecía el jefe. Los vi alejarse a toda velocidad por toda la avenida Tamaulipas hasta que se perdieron de mi vista. Yo fui el que llamé a la policía desde el teléfono público que está saliendo del edificio donde trabajo. Me asusté de ver al señor tirado, muerto y me aterraba pensar lo que les habrían hecho a las chicas: quizás la habían violado y luego asesinado o viceversa. Como a las ocho, cuando aún estaban con el cuerpo del taxista (todavía no sabían nada de la difuntita de arriba), y la gente que se había aglomerado como a eso de las seis, por la salida de las oficinas, ya empezaba a dispersarse, yo aún observaba, esperando a que bajaran los otros dos cuerpos, ya imaginando lo peor, pero mi sorpresa fue la siguiente —bebió la mitad de su vaso, se limpió los excesos en los labios con la palma de su mano y continuó: Como ya se había acabado mi turno y no quería perderme nada hasta que todos se fueran, ni siquiera me cambié el uniforme. Llegó mi relevo me preguntó lo que pasaba; no sé compa —le dije distraído mientras veía cómo subían el cuerpo ya a la ambulancia del ERUM—, en la tarde hubo disparos y creo que mataron a alguien. ¡No te cagues! ¿En serio? —exclamó sorprendido el tipo que me suplía en el trabajo mientras se cubría la boca. Me despedí de él mientras lo escuchaba decirme que mañana le contara todo lo que había pasado. Lo ignoré y seguí mi paso hasta cruzar la calle y aproximarme al lugar. Todos los agentes hacían su chamba: Los peritos tomaban notas (ya habían marcado la silueta del cuerpo, entre la banqueta y la carretera). Otros

platicaban con personas, que seguramente eran inquilinos del edificio. Yo no conocía a todos ni me interesaba, sólo veía entrar y salir a la güerita y a veces a la otra, a la difuntita que dicho sea de paso, estaba a toda madre... quiero decir, estaba muy bien; a los otros no les ponía atención. ¡Y es que estaban re buenas, mi jefe! —dijo con más confianza. Como le decía, todos hacían su chamba, pero noté que tres tipos, al parecer judiciales, estaban recargados de la patrulla platicando y riéndose, fumando y uno hasta con el cafecito, los muy cabrones. Me dio coraje la ligereza con la que tomaban su trabajo. Por eso a usted le cuento ya todo esto porque se le ve más estilo: su traje, sus zapatos, su reloj... da más confianza, ¿me entiende? Bueno, le decía que lo que vi me impresionó, me alivió y hasta me hizo tener una inmensa paz. Yo soy muy bueno para especular, y sacar conclusiones. Cuando voy al cine a ver películas de suspenso, o las compro, o las veo en la tele, siempre saco conclusiones (no sé si todos lo hagan), y deduzco quien es el asesino o qué pasará después; incluso me enoja porque suelen ser tan obvios los que las realizan que ya no causan ninguna emoción.

—¡Déjate de tonterías y cuéntame de una vez lo que pasó! —le dije y el tipo le dio otro trago a su bebida sin terminarla; yo hice lo mismo.

—Lo siento, jefe. Le decía que cuando ya estaba en la escena del crimen y estudiaba el lugar, vi salir de la esquina... ¿a quién cree?... a la chica rubia. Eso sí, no volteo para ver lo que pasaba y con pasos rápidos caminé hasta cruzar la calle por donde venía, es decir, por Campeche, y abordó un taxi. La reconocí de inmediato: alta, rubia, con su traje sastre, con unas nalgotas, su hermoso perfil, sus taconzotes, ¡radiante, radiante! La seguí con la mirada centímetro a centímetro (bueno, metro a metro pues con esas largas piernas cada paso era como de a dos metros cada uno) —cosa que debieron hacer los policías que se encontraban ahí; revisando cada cosa o persona que se notara sospechosa—, en fin. La seguí hasta que abordó el taxi.

—¿No tienes idea de cómo se llama o donde vive?

—No, cómo cree. Ya quisiera yo. ¡Me traes otras dos! —dijo al mesero. ¿Y usted trabaja sólo, es decir, no tiene «pareja» como los otros judiciales?

Guardé mi libreta, sin hacerle caso a su pregunta, después de apuntar las cosas trascendentes. Te dejo mi tarjeta. Cualquier otra cosa que recuerdes o

me tengas que decir, incluso si viene alguien al departamento me lo notificas. Recuerda que esto es muy confidencial, estamos tras algo grande. No lo comentes a nadie. ¿Entendiste? —movió la cabeza asintiendo, y yo bebí lo que me sobraba del primer trago y de uno sólo el otro que había pedido. Salí del lugar dejando en la mesa un billete de quinientos. Nuevamente el efecto «no escatimar» se hacía presente tras cinco whiskys. Busqué mi auto sobre la avenida pero antes de abordar eché un vistazo, no fuera que una vez más me estuvieran esperando con otro golpe en el coche y uno más para mí.

Como me sentía con un buen avance de lo investigado encendí el estéreo y en seguida se escuchó a Pink Floyd. Di marcha y me fui satisfecho del trabajo realizado. Pronto estaba cantando.

I've got a little black book  
with my poems in.  
Got a bag with a toothbrush  
and a comb in.  
When I'm a good dog,  
they sometimes throw me  
a bone in...

Mi inglés no era muy bueno sin embargo tampoco me sentía ignorante ante el idioma. Lo masticaba bien, es decir, me aprendía las letras de las canciones y luego las pronunciaba. Claro que sabía lo que decían, si no qué chiste con todo el canto y el sentimiento. Contados fuimos los agentes judiciales que por lo menos entramos a la universidad, no digo que la termináramos todos, pero mínimo unos añitos en ella te hacían superior a toda la bola de ignorantes que no sabían ni expresarse y mucho menos escribir sin faltas de ortografía. Yo con orgullo les restregaba en la cara que ocho de diez semestres me había chutado en la carrera de Letras Hispánicas. Todos se burlaban ignorando que en verdad existía. Los que estuvieron a mi nivel académico estudiaron Derecho, Ciencias Políticas y hasta Odontología. Agradecía lo que estudié pues si les hubiese dicho que lo mío era la pintura me hubieran traído en

chinga con las burlas y apodos al «artista». Si ya por la música que escuchaba me era difícil acoplarme a ellos, lo era aún peor en las pláticas o reuniones. Por eso prefería mejor irme de putas al Bamer. Aunque todo ello fue al principio porque después terminé por ceder a su ambiente tan ordinario, y es que yo pecaba de arrogante.

No sé con exactitud lo que me llevó a meterme a la policía. Había tantas razones que quizás todas se volvieron una sola excusa. Quizás el motivo fue que en la escuela encontré a las amistades equivocadas que me hicieron perder el rumbo, o tal vez verdaderamente quería perderlo al saber lo malo que fui para escribir, para leer, para aplicarme en clases. ¿En verdad habría sido tan malo? El alcohol era todavía un vicio que no me interesaba y el cual odiaba. Entonces me empezaron a ofrecer marihuana. En cada fiesta había alguien dispuesto a ofrecer un toque a la «banda». Las reuniones clandestinas en el estacionamiento de la universidad eran el momento preferido para vendedores y compradores que siempre éramos alumnos de las diferentes facultades.

Cuando conocí a Oliver yo estaba en tercer semestre de la carrera y él ya iba de salida, sin embargo el ejemplo que me dio no fue el de terminar mis estudios sino de juntarme con sus amigos que además de pedotes y marihuanos le metían al perico, o sea a la coca. Por supuesto yo seguí sólo con el toque y por el momento no me involucré en lo demás, aunque ya en la corporación policiaca tuve que entrarle para agarrar valor pues al contrario de la mota lo otro (el perico) me ponía chingón a todo: para pernoctar afuera de alguna casa de un arraigado o cuidando a algún sospecho o noctabular en cualquier lugar de la ciudad, agarrando putas y jotos, para cumplir con lo requerido en alguna comandancia —claro, también extorsionando a sus padrotes o madrotas—, e incluso internarme en las vecindades más escabrosas para aprehender delincuentes.

El caso es que por el momento mi vida giraba en torno a la marihuana que me hacía osado y audaz (creo que son sinónimos) ante las compañeras de escuela que nos seguían a todos lados. Ya había echado mi vida universitaria por la borda. La apuración de llegar a la facultad no era para recuperar las clases o hablar con los profes. La apuración era para alcanzar a los cuates en

el estacionamiento o las islas e irnos a donde tuviéramos que ir y nos soportaran. Poco a poco empecé a conocer, como ya dije, a los amigos de Oliver: desertores universitarios que se refugiaron en las fauces de la corrupción de aquella época, o sea en la Policía Judicial. El poder a manos llenas, protegidos todavía por algunos funcionarios que siguieron la línea de Durazo hasta un poco más allá de de la Madrid. Ellos fueron los que me insinuaron entrara en la judicial, sin embargo aún tenía mis dudas de seguir estudiando o no. Por fin me decidí pensando en lo que podría traerme una placa y una pistolota calibre cuarenta y cinco: mujeres y dinero (harto sexo y poder), mismo que me hicieron perder todo: esposa, hija y trabajo.

Seguí cantando hasta llegar a mi casa, donde pude dormir sin acabarme la botella.

El dolor en mi pierna me hizo despertarme muy entrada la madrugada. Busqué las pastillas en mi saco y encontré el disco compacto que había tomado de la casa de Luisa. Encontré también las pastillas y me dirigí a la cocina para buscar agua y tragármelas. Miré el compacto con más detalle. Vi en su estuche las canciones que contenía el disco. Las leí ansioso, luego saqué el CD y lo coloqué en el estéreo para escucharlo. «Whiskey sin soda» —volví a leer y me senté en mi viejo sillón a escuchar.

Sólo cumplo años  
los años bisiestos  
que acaban en dos  
Gasto más que gano  
vivo con lo puesto  
menos un botón...  
...Nunca le hago asco  
a la última copa ni al próximo bar  
Perdí por amores  
y no por dinero  
Mi alma a Belcebú...  
...¿Qué voy a hacerle yo  
si me gusta el Whisky sin soda,

el sexo sin boda,  
las penas con pan?  
¿Qué voy a hacerle yo  
si el amor me gusta sin celos,  
La muerte sin duelos?  
Eva con Adán...

¡Esta canción parece escrita para mí! —pensé después de escucharla una y otra vez sin permitir que continuaran las siguientes. Cerré los ojos mientras regresaba a los días de la universidad. Sería otra vida totalmente opuesta si no hubiera conocido a Oliver quizás estaría decrépitamente acabado, sentado en alguna oficina o dando clases o escribiendo alguna tontería esperando a que me la publicaran, viviendo al día; sin las pasiones, aventuras, alegrías, dudas, miedos. Todos mis sentimientos reprimidos en una eterna depresión, porque estoy seguro que sería depresivo o maniaco o ambas cosas si me hubiera dedicado por completo a seguir estudiando. Seguí escuchando:

...Opino con Sade que al deseo  
los frenos le sientan fatal  
Nunca entiendo el móvil del crimen  
a menos que sea pasional  
Si estrené algún himen,  
si rompí algún plato en mi mocedad  
Hoy ya retirado  
solo robo y mato por necesidad  
Siempre que la muerte  
viene tras mi pista  
Me escapo por pies  
Hay que espabilarse  
si eres trapecista  
Y saltar sin red  
¿Qué voy a hacerle yo

si me gusta el Whisky sin soda,  
el sexo sin boda,  
las penas con pan?  
¿Qué voy a hacerle yo  
si el amor me gusta sin celos,  
La muerte sin duelos?  
Eva con Adán

De pronto recordé todo, y mi obsesión por encontrar algo perdido; algo que me marco porque al no dar con ello, empecé con la maldita marihuana queriendo encontrar el camino (o la historia) en mi mente y el modo de terminar de una vez por todas con aquella historia que había empezado a escribir en mis años de universitario pero que jamás pude sellar con un final y que sólo ocasionó mi deserción de la universidad y mi inserción al *mundo real*.

Me dejé abrazar por la comodidad que me ofrecía mi viejo compañero de casa (mi sillón) y me perdí en los recuerdos que brotaban con imágenes y letras de nuevo ante mis ojos:

Caminas a casa. Te lamentas. Lloras y refunfuñas recordando lo que te ocurrió. Sabes que nada se iguala con lo que ha sucedido cuando rememoras algunos momentos despreciables y trascendentes en tu vida. Pateas por la calle una piedra, una lata y todo lo que se te ponga en frente, mientras recuerdas y comparas esos hechos que aún están presentes en ti: El robo de quinientos pesos que le hiciste a tu abuela, hacerte el enfermo para no ir a clases porque no hiciste la tarea, falsificar la firma de tu padre, tirar la comida bajo la mesa para que el perro la trague, usar tu calcetín como pañuelo a la hora de la revisión del profesor, masturbarte pensando en tu prima; incluso tienes presente a tu primera novia quien canallamente salía también con tu mejor amigo ¡No!, sabes que nada se compara con lo que sucedió aquella noche, que es —además—, totalmente ruin y vil ante todo ello, sólo gente perversa y cruel puede hacerlo —piensas.

La facultad retumbará con la música que algún grupo de rock hará desde el patio central para celebrar las festividades del mes. La clase de poesía terminará entre el estruendo, y no te quedará más remedio que partir iracundo y refunfuñando dejando atrás aquella clase donde habitan poemas cursis y baratos... rimas asonantes, versos desgastados de compañeras enamoradas; aquella clase donde se puede asesinar todo soneto o haiku sin remordimiento alguno pero, después de hacer todo esto, tomarás tus libros y libretas y partirás de la institución. Te dirigirás a tu casa no sabiendo lo que te esperará en aquel trayecto. Seguirás un poco enojado y fastidiado por todo: por el calor en un día tan soleado, porque estarás sediento y ya no tendrás dinero más que para el pasaje de regreso a casa. Tomarás el primer microbús que pase y te dirigirás a tus suburbios. Tendrás hambre y pensarás en la poca comida que habrá en tu frigobar y que ya te estará esperando, junto con el agua que ansías por la deshidratación que pronto sentirás. Luego dormirás un poco y recuperarás las fuerzas que te hacen leer. Pero en el camino te darán las seis de la tarde e inesperadamente se comenzará a nublar el cielo. Un trueno hará vibrar los cristales del vehículo mientras un escalofrío recorrerá tu cuerpo. Maldecirás a Dios por la lluvia. Te molestarás nuevamente, porque no llevabas nada para cubrirte y no mojarte; con el clima tan caluroso de la tarde —concluirá tu pensamiento— nadie imaginó que fuera a llover. Creerás que las personas ya deben de saber que con lo del calentamiento global que tanto exponen, cualquier cambio de clima ya es normal. Te enojarás por todas estas cosas.

El transporte se encuentra lleno de personas y no haces más que esperar a qué desciendan algunos pasajeros para que puedas sentarte. El trayecto es largo —casi una hora de camino—, y tú meditas, parado y sujetando el tubo (balanceándote de un lado a otro), en aquél sueño que te invade todas las noches y que sin embargo no logras saber o recordar su final. Sólo tienes presente qué eres tú; universitario, independiente: futuro escritor.

Recordabas la lluvia cayéndote una noche fría y también la vieja pensión donde rentas y supiste que eras el de ese sueño, te reconocías. No obstante, tu gusto por las letras y la escritura se reflejaban en ese sueño inconcluso. En el microbús se desocuparon los asientos de la parte trasera, y ahí te fuiste a

sentar, muy cómodamente, sin que ningún pasajero estuviera molestándote con su presencia a tu lado, Con una mirada fugaz estudiaste todo a tu alrededor: los asientos que estaban a un costado (a tu derecha), que también estaban desocupados y viste lo que parecía un libro. Cogiste tus cosas y cambiaste de asiento dirigiéndote a donde se encontraba el libro, lo tomaste para saber su contenido, hojeándolo muy lentamente, pues su portada estaba en blanco. Terminaste de revisar sus páginas sólo para darte cuenta que era un libro viejo y gastado. Encontraste algo en él que cambió tu vida para jamás ser la misma.

Tus pensamientos quedarán estancados sólo en aquél librito que nunca olvidarás.

En seguida lees el título: *Breves narraciones en una casa extraña*. Y continuarás leyendo lo siguiente:

## **BREVES NARRACIONES EN UNA CASA EXTRAÑA**

### **La casa vieja**

»La calle se mostraba solitaria. El silencio se rompía con ese sonido que el viento hace cuando rasguña los oídos. Mis ojos, cansados ya, evitaban el aire frío que los golpeaba una y otra vez y al mismo tiempo se hartaban de la noche, carente de luna y estrellas, y sin embargo atestada de farolas que me acompañaban hasta el cuarto que rentaba en aquella pensión fría y temerosa por los fantasmas de un pasado desconocido por mí, pero que ahí habitaban, y se dejaban escuchar de vez en cuando a través de las paredes y de la puerta misma; ruidos que sólo las casas tan viejas, como aquella, pueden guardar.

»La tarde me había colmado con un concierto que la universidad había ofrecido a los estudiantes: Varios grupos de rock; alrededor, la comunidad universitaria y contrastando con la multitud: las aulas habitadas por los ecos de la ausencia. Muchos huimos de aquel escándalo. Mi clase de poesía era asesinada poco a poco por aquel estruendo que terminó por ahogarla.

»Seguí caminando por aquella calle interminable, cuando la lluvia me

alcanzó como si hiciera un afán de alargar mi camino. Habían pasado años desde la última vez que me había mojado hasta los huesos y pensé en aquella felicidad de jugar bajo el agua que había olvidado. Por fin llegué a la casona. Subí la escalera y entré a mi habitación. Llené la tina de baño para quitarme el frío que tenía hasta el alma. Calenté agua para prepararme café en la vieja tetera que a su vez estaba sobre la pequeña y más vieja parrilla. Arranqué la hoja de la máquina de escribir. Me metí en la bañera mientras el agua para el café hervía a fuego lento y me dispuse a corregir una vez más lo que tenía pendiente en la vieja Olivetti desde hacía ya varios meses y que noche tras noche había intentado concluir sin conseguir adelanto alguno.

»La noche transcurría con el sonar de las gotas estrellándose en el cristal de la ventana de mi habitación. Los relámpagos iluminaban y dejaban ver las siluetas tenebrosas que habitaban en el exterior de aquella casa: las de un enorme árbol quizás. Yo las veía a través de la ventana de mi baño. Los ruidos de la casa empezaban a escucharse y se abrían paso ante cualquier otro fragor de la tormenta. Siempre creía que los demás inquilinos debían escuchar todos esos trastos cayendo al suelo a tan altas horas de la madrugada en el nivel inferior de la casa, o esos pasos que la recorrían por todos lados, de arriba abajo, por cada rincón y que me hacían imaginar a la dueña revisando su pensión. Con el tiempo me fui dando cuenta de que la dueña sólo llegaba a cobrar la renta de cada habitante de la casa cada mes y que hacía muchos años que había dejado de vivir ahí por razones misteriosas, sin que el inquilino más antiguo supiera la razón.

Salí de la tina por el ruido de la tetera y preparé mi café, pero todo en la habitación me era extraño, no por el hecho de que no fuera el mismo cuarto o que algo estuviera fuera de su lugar, sino que la luz no era la misma, todo era borroso —monocromático— todo gris; el aire tan pesado que costaba trabajo respirarlo; además el agua, sin temperatura, no mojaba mi cuerpo. Sin la mayor importancia y a pesar de todo esto sorbí de la taza mecánicamente; nada sabía y nada olía, todo se encontraba en el sentido de mi vista y mi oído.

»Adagio, de Albinoni, era mi pieza favorita de música barroca, así que me acompañó durante los siguientes ocho minutos que duró y que me bastaron para darme cuenta de lo que acontecía en esa noche melancólica e

iracunda.

Regresé a la tina con mi taza de café y el texto, mas cuando me senté para relajarme, leer los últimos párrafos de mi cuento —estancados en aquella máquina de escribir— y después pensar en llenar el hueco del silencio que invadía el cuarto (donde no habitaban más que libros amontonados en cada rincón), con el teclear de la Olivetti vieja, tras relajarme por tomar la ducha, la piel se me erizó conforme terminaba de estudiar todo el texto, y mi estado de ánimo se excitaba cada vez más a medida que avanzaba en la lectura. Estuve a punto de botar el escrito y enterrarlo en el fondo de algún cajón o destruirlo, ahogándolo en ese momento en la bañera para siempre pues en él leí lo siguiente:

## El cuento

*‘Seguía caminando por aquella calle interminable cuando la lluvia me alcanzó como si hiciera un afán de alargar mi camino. Habían pasado años desde la última vez que me había mojado hasta los huesos, pensé en aquella felicidad de jugar bajo la lluvia que había olvidado...’*

*‘... Adagio, de Albinoni, era mi pieza favorita de música barroca, así que me acompañó durante los siguientes ocho minutos...’*

»Y seguí leyendo —mientras trataba de levantarme, sin poder conseguirlo— lo que ese mismo día, unas horas antes, había pensado, dicho y hasta hecho: *La calle, las farolas, la lluvia, la música, la tina, el café, el texto*. Entonces la energía eléctrica falló. Me levanté, salí de la tina y me envolví en una toalla. Mientras buscaba a tientas algunas velas mi pié descalzo golpeó la pata de una silla y yo grité las palabras atinadas para el dolor, lo curioso es que no sentía dolor; el grito salió como por reflejo de mi boca. Encendí las velas, las dirigí hacia el texto para poder leer mejor y me senté frente a la máquina de escribir; una vez más me asombré de lo que ahora leía: *La luz, el golpe, las velas, las palabras*, todo estaba escrito y aún más: *el puñal, la sangre que escurría por mis brazos inertes y que goteaba de mis dedos*; yo mismo

sentado, con mi rostro tumbado sobre la máquina de escribir. Mis pies descalzos sobre un charco de sangre que poco a poco expandía su diámetro.

»Unos golpes se incrustaron en mi puerta y me levanté de inmediato, asustado por los mismos. Me dirigí a abrir para saber quien los hacía, dejando atrás las hojas sobre la Olivetti, pero en un instante volteé hacia mi escritorio y un relámpago iluminó todavía más la habitación, así que pude ver una silueta: un cuerpo sentado en mi silla y al mismo tiempo tumbado sobre las teclas, donde segundos antes yo estaba sentado, leyendo aquellas páginas. De inmediato la energía eléctrica regresó y la puerta seguía siendo torturada con los golpes que alguien del otro lado daba; yo ignoré a quien se encontraba esperando que abriera y caminé lentamente hacia el escritorio para saber quien estaba sentado con su pecho recostado sobre mi máquina de escribir, mientras sus manos yacían colgadas, sin movimiento alguno, a cada costado; de ellas escurría sangre que formaba ya un charco enorme. La luz, que ya iluminaba todo, me dejó ver mi vestimenta o mejor dicho, la toalla que envolvía aquel cuerpo inmóvil, Tal parecía que yo estaba ahí sentado, ¡muerto!, y al mismo tiempo caminando para verme ahí recostado. Mis pasos eran lentos al acercarme por el terror que sentía. Mis manos temblaban, mis piernas no me respondían como yo hubiese querido, mi mirada estaba fija en aquel cuerpo. Caminé y estuve detrás del «yo» que ocupaba mi lugar. Cuando estuve a punto de tocarlo —con el corazón en la garganta, temblando, llorando y sudando—, de nuevo la energía eléctrica falló en la casa y un sonido chillante (el de la tetera donde calentaba el agua para el café), invadió la habitación. Aquel chillido que la olla hacía me hizo despertar y sobresaltarme. Manoteé para alcanzar el borde de la tina de baño, pues mi cuerpo estaba sumergido hasta el mentón. Salí de ella y me sequé rápidamente, enredándome en la toalla. El texto que me encontraba leyendo y que había arrancado minutos antes de la vieja máquina de escribir estaba en el agua, empapado y casi deshaciéndose. La tetera chillaba desesperadamente y los golpes en la puerta se escuchaban con insistencia.

## **La casa vieja. Otra historia**

»Una tetera sonaba desde hacía ya mucho tiempo, quizás quince minutos. Había estado leyendo algunos cuentos que publiqué años antes y que nunca tuvieron trascendencia literaria. Leía todos una vez más, hasta que me encontré con uno que llamó mucho mi atención, pues estaba segura de que nunca lo había terminado, pero que ahí estaba con un final totalmente ajeno para mí, así que lo releí una y otra vez, tratando de recordar algo de aquél cuento que se titulaba:

## Otro cuento

*‘La noche transitaba sospechosa; acogía en su negro cielo las nubes cargadas de interminable lluvia, cómplices de lo que suele tornarse una tormenta. Ella releía con emoción la antología de cuentos que había escrito unos años atrás, sin embargo, las gotas y el viento la hicieron incomodarse en aquella casona vieja donde rentaba. Preparó una taza de café, que no fuera muy cargada, para que pudiera conciliar el sueño y se dispuso a terminar de leer sus historias que había encontrado cuando guardaba unos poemas que esa misma tarde concluyó de escribir.*

*‘El sonido chillante de una tetera se escuchaba por el pasillo, distrayendo su atención por unos momentos. Continuó leyendo un par de cuentos más cuando se hizo más molesto el sonido que producía el agua bullendo de aquel recipiente. En un momento la energía eléctrica falló, así que se dirigió a su cocina, a tientas, por un par de velas. El silencio en aquella casa era ocupado aún por el sonido incesante del agua hirviendo y escapando por el pequeño orificio.*

*‘No sabía si los otros inquilinos escuchaban o no, o si la oscuridad en la casa no daba pie para que alguno se atreviera a llamar a la habitación que escupía aquel odioso ruido y pedir que se hiciera callar de una vez por todas la tetera, así que decidió ir ella misma. Tomó una vela y recorrió el pasillo, hasta que dio con la puerta de aquella habitación de donde provenía el sonido. Golpeó la puerta insistentemente, no obstante nadie respondió. Un relámpago iluminó la casona. Insistió por un par de minutos, hasta que la luz*

*otra vez se hizo presente en la casa. Apagó la vela con un soplo. Golpeó y golpeó, pero sólo alimentaba el escándalo que ya encerraba la casa vieja. Movi6 la manija de la cerradura y, en efecto, estaba abierta. Se adentr6 sigilosamente. ¡Hay alguien!, ¡hola! —decía—, mas nadie respondi6. Vio que en el ba6o había una luz, así que se dirigi6 temerosa y a paso lento hacia allí; empujó la puerta y se percató de que alguien se encontraba sumergido en la tina de ba6o, posiblemente muerto, quizá un accidente, tal vez suicidio o posiblemente un asesinato. Sobre el agua se encontraban flotando algunas hojas que ya se encontraban deshaciéndose por el contacto con el agua. Sali6 corriendo y gritando aterrorizada de la habitaci6n... ’.*

»Nada de lo que ahí leía me hacía recordar el momento en el que había escrito aquel cuento, sin embargo mi nombre aparecía como la autora del relato. Sentí mi piel erizarse por aquella lectura, porque además me hacía imaginarme esta misma casona. La lluvia caía con la misma fuerza y no cedía ni un instante. Relámpago tras relámpago iluminaba el exterior de la casa y el silbido de la tetera se escuchaba todavía. De inmediato especulé que todo lo que estaba escrito en el cuento describía lo que sucedería aquella noche, así que preparé unas velas antes que la luz fallara. El sonido chillante de la tetera insistía. Como lo había deducido, la energía falló. Yo estaba agitada por el miedo, y en la casa parecía que nadie habitaba, más que yo y el sonido incesante de la olla al fuego, así que me decidí de una vez por todas salir e ir a aquella habitaci6n. Cogí una vela para iluminar mi trayecto mientras la cera derretida chorreaba y quemaba mis dedos. Cuando recorría el pasillo que me conducía de mi cuarto al cuarto que escupía aquel sonido insoportable, la luz producida por la vela creaba sombras que me causaban temor, pero que simplemente eran hechas por los muebles que existían en el corredor, así que me di valor y continué caminando. Trataba de hacerme a la idea de que aquella situaci6n era una mera coincidencia, de que no podría pasar algo que estaba escrito en un cuento. Llegué a la puerta e inmediatamente llamé pero lo único que salía era el ruido incesante. Recordaba que en ese cuarto habitaba un joven más o menos de mi edad con el que había intercambiado quizás un par de miradas y un «hola», y aunque no sabía su nombre me había

causado interés conocerlo, pues lo había visto salir siempre con un par de libros en la mano y eso llamó mi atención. Golpeé la puerta reiteradamente cuando un relámpago iluminó la casa, estremeciéndola con su rugido ensordecedor. Yo brinqué por el susto que me había hecho sentir el trueno y pensé nuevamente en el cuento. De inmediato decidí abrir la puerta y terminar con mi incertidumbre de saber qué sucedía dentro. Pasé sin decir una palabra e inmediatamente fui al baño (sabiendo donde se encontraba porque las habitaciones eran todas parecidas), poco a poco la luz de la vela iluminaba todo alrededor, no obstante nada había ahí, no existía ninguna tina y mucho menos un cuerpo. De repente la luz se hizo presente en la casa una vez más. Fui a la reducida cocineta, retiré del fuego la pequeña tetera, cerré el paso del gas y salí de ahí, pensando que quizá el tipo que habitaba en el cuarto había salido, olvidando el agua, pero también pensé que la tormenta quitaba aquella probabilidad, ya que la noche se había convertido en un diluvio un par de horas antes, y el agua hervía rápidamente en aquellas teteras como para dejarlas sin ninguna preocupación por mucho tiempo. Mientras pensaba esto caminé los doce pasos que existían de la pequeña cocina a la puerta de salida de la habitación, atravesando la pequeña estancia, cuando vi que en un rincón de ésta última, se encontraba una mujer sentada en una silla, frente a un escritorio, con la cabeza sobre una máquina de escribir, sus manos colgando a los lados de su cuerpo y de ellas un hilo de sangre que escurría por los dedos, dejando un gran charco en el suelo. Me dirigí hacia ella, sobresaltada, para saber que había pasado, no obstante la luz jugó nuevamente a ausentarse, así que regresé a tientas a mi habitación rápidamente —excitada y temerosa. Encendí nuevamente la vela, y volví al lugar sin alertar a alguien de la casa lo que sucedía; entré en la habitación, pero mi sorpresa y mi miedo fueron mayores cuando al acercarme a la mujer (allí tumbada) reconocí y comprobé que era yo misma. Mi mente y mi cuerpo se paralizaron durante varios minutos y me quedé allí, sin poder moverme, por aquella escena. Cuando pude reaccionar traté de buscar algo que me pudiera explicar lo que estaba pasando. Hurgué en el cuerpo inerte tratando de hallar cualquier cosa, alguna pista. No sabía que buscaba y pese a ello esculcaba las ropas sin mover el cuerpo de su lugar. Entonces vi la máquina

de escribir en la que se encontraba recargado el pecho y la cabeza de mi «otra yo»; noté la hoja lista para ser invadida por letras, palabras, párrafos. La tomé y me di cuenta que era la continuación de las que estaban al costado de la máquina, sobre el pequeño escritorio y que eran ya bastantes, ordené todo el texto y leí lo siguiente:

## **Historia de la no historia**

*‘La escuela era el único lugar donde su vida transcurría con emoción, sin embargo ese día fue diferente. El sonido de los bandas de jazz del festival anual de música lo aturdió y le hacía vaciar su mente sobre aquella pizarra blanca donde yacían los poemas baratos de alguna compañera que eran, además, destrozados verso a verso por otros compañeros de aquella clase de poesía. Su mirada se había clavado justo donde sus pensamientos se proyectaban, entonces, en un instante despertó de ese trance, cogió las hojas donde llevaba escritos sus versos, las metió en su mochila que se encontraba a su costado derecho, en el suelo, la levantó en seguida y salió de aquel salón ubicado en el cuarto nivel.*

*‘Mientras recorría el pasillo, dirigiéndose al elevador, vio a una pareja de novios que se besaba apasionadamente. Sus ojos los siguieron hasta topar con la comisura y regresaron hacia el frente donde ya tenía el ascensor (pensó que ahora debía llamarse descensor), se abrió la puerta de aquel y entró mirándose en el reflejo que producía el metal del artefacto. «PB» — presionó—, y sacó un pequeño cuaderno que portaba también un bolígrafo; lo tomó y escribió: Hacer un cuento en el cual se narre un tipo que trata de asesinar a una monja, pero ésta huye hacia el «descensor» y sin darse cuenta del letrero que decía que el aparato estaba averiado, cae al vacío como consecuencia de que el artefacto se encontraba pisos arriba (o abajo —eso qué importaba—); el cuento se titulará «El descensor». Rayonea todo y recuerda que eso ya lo ha visto en una película de Buñuel. Inmediatamente se abren las puertas del elevador y camina hacia la puerta principal de la universidad mientras recuerda aquella pareja que se besaba febrilmente;*

*pronto un odio lo recorre de pies a cabeza y le hace recordar a Sandra. La música se escucha aún a lo lejos y él refunfuña iracundo.*

*Aborda el camión de «Ruta 100» para dirigirse a su casa. Encuentra un librito. Lee el título: «Narraciones en una casa extraña»; lo guarda para leerlo después.*

*‘El frío, que ya se siente, lo hace temblar. La lluvia cae. Algo lo trastorna. Camina y recuerda que ya hace mucho no andaba bajo la lluvia. Todo esto le molesta. Llega a la casa, fría y húmeda, donde renta. Se encierra en su pequeño departamento e inmediatamente calienta agua para prepararse un café. Se desnuda y toma una ducha mientras el agua hierve a fuego lento en la tetera.*

*‘Cuando se alistaba para dedicarse un par de horas a escribir, en su vieja máquina Olivetti, recuerda el libro que había encontrado en el transporte. Se sienta en el escritorio, frente a la máquina y lo lee. Tres cuentos se albergaban ahí, tres historias que poco a poco lo sorprenden, pues se veía él mismo como personaje de aquel libro. También había alguien más: una mujer que él reconoció como su vecina, con la cual había intercambiado un par de palabras solamente desde que él había llegado a habitar el lugar, sin embargo el cuento narraba un hecho que lo orillo a asesinarla cuando...*

»No pude seguir leyendo y salí corriendo de aquel departamento, temblando por lo que había visto y había leído. Cuando me encontraba en el pasillo me topé frente a frente con aquel tipo que seguramente lo había escrito todo, mi vecino; él me miraba fijamente y yo temblaba. En su mano derecha sujetaba un...

Lo que lees es el sueño que te invade todas las noches. Tú sientes un gran temor de ver plasmadas todas esas quimeras en aquellas páginas amarillentas, pero también hay emoción y especulas de cuando en cuando sobre el final, esperando por fin leerlo para saber todo. Entonces dos hombres abordan el microbús que te lleva a casa; uno avanza hacia donde tú te encuentras sentado (al fondo del vehículo) y el otro permanece al frente —junto al chofer—, simulando que intenta sacar el dinero para pagar ambos pasajes. De pronto

descubres al tipo sacar de entre su ropa un puñal con el que amenaza al conductor, colocándoselo en la garganta, gritándole todo tipo de palabras intimidantes con las que le exige el dinero. Tu cara refleja el enojo que te causa esa situación. Los asaltantes miran a los pasajeros y de igual manera los intimidan para exigirles sus pertenencias, incluyéndote a ti. Sabes que no debes de preocuparte, ya ha pasado muchas veces y siempre les eres indiferente, quizás por la edad, quizás por el destino.

Cuando todo esto suceda, guardarás el libro en tu mochila y te dispondrás a sacar tu billetera llena sólo de papeles y algunas cartas de amor que jamás entregaste, sin embargo, en el próximo semáforo se bajarán, apresurados y todos se sentirán tranquilos, pero en el último momento uno de ellos se dirigirá hacia ti y te arrebatará la mochila, donde llevas los cuadernos y libros incluyendo aquel amarillento y viejo librito donde habitan las narraciones de tus noches que no volverás a leer jamás.

Es por esa razón que crees que es una verdadera canallada lo que te ha sucedido, y algo totalmente ruin; nada puede compararse con el que te hayan robado aquel manuscrito, dejándote en el clímax de esa historia tuya que no conoces totalmente y que no conseguirás terminar de leer ni de soñar.

Lo buscaste en todos tus sueños, en tus pensamientos en tus libros favoritos; en la Internet, pero no lo encontraste.

Pensarás, que a lo único que le pudieron haber sacado provecho, los dos delincuentes, es a la mochila. Y estarás seguro que el libro se encuentra en la calle tirado, deshojado, mojado, o deshecho o en algún basurero, donde guardará, en sus páginas, aquellas historias que nunca más leerás y mucho menos soñarás, escondiéndolas en el olvido.

Lo buscas por todas las librerías, preguntas a todos tus compañeros de clases, interrogas a profesores, indagas en suplementos semanales, no lo encuentras y nadie sabe de él.

Pensarás que no hubo provecho en nada de lo que robaron, de lo que te robaron, quizás al Walkman y a la mochila. Y estarás seguro que el libro se encuentra en la calle tirado, deshojado, mojado, deshecho o en algún basurero, donde guardará, en sus páginas, aquellas historias que nunca más encontrarás ni leerás, escondiéndolas en el olvido.

Salí del letargo, mientras la música seguía sonando en mi estéreo, se había repetido hasta ya de mañana y el día me pareció verdaderamente deprimente, y por más que trataba de pensar en otra cosa, simplemente llegaba a mi cabeza ese cuento que hace años había creado pero que al final se perdió entre las borracheras que organizábamos. ¿Era eso ya sólo un recuerdo de mi vida? Llegaba a mi mente ese vistazo, como si me trasportara en cuerpo y alma a mi pasado en analepsis y luego de vuelta a mi sala, a mi sillón escuchando la música y discernir mi infortunio de este día: recordar lo olvidado. Quise ser pintor, escritor, músico, arqueólogo, antropólogo, historiador. Soy un mal ex policía. Soy una canción. Una nueva obsesión por encontrar algo —a la rubia—, podía llevarme a perder una vez más el camino (como si anduviera por uno bueno) y terminar cambiando no sé qué, es decir: la universidad por las malas compañías y por consiguiente la policía y ahora lo de ser un ex policía o un corrupto, vicioso, borracho por lo que pudiera seguir: ¿cárcel, muerte? ¿Qué podría ser peor? ¡Maldito libro! —pensé. ¡Maldita chica rubia! Luego recordé a mi padre que algún día me dijo con «sabias» palabras: Los problemas no comienzan ahora: ni con la pérdida de tu perro ni con el fin de tu primer noviazgo, comenzarán cuando ya tengas que afeitarte. Y siempre pensé en cómo sería eso. Quizás se refería a que los problemas se hacían más duros cuando uno verdaderamente se hacía hombre, cuando se casaba o se laboraba ya. Cuando la vida dejaba de verme como un escuincle y me cobraba el aire que respiraba, el agua que he desperdiciado, los insectos que he matado, las lagartijas a las que di muerte a pedradas con la resortera, las ratas atrapada en las trampas y que torturé rociándoles alcohol antes de prenderles fuego para verlas correr en llamas. Todo cobrado sin descuento alguno y peor aún, con réditos. Y yo pensando que me saldría la barba y que me rasuraría y que me cortaría cada vez que lo hiciera y que ese sería mi castigo. ¡Imbécil! Mi padre, de sabias palabras, tenía razón; durante una semana lo tuve en mi mente y lo odié por ello al grado de querer verlo muerto. Mientras tanto yo soñaba lo mismo durante ese tiempo.

*Coges la navaja. Piensas y revuelves la mente. Te decides. El temor te envuelve. No escuchas a nadie. ¡Es ahora! Tiemblas. La navaja corta la piel.*

*Lloras. La sangre corre, pero sabes que no hay marcha atrás. Sigues y sigues hasta completar el trabajo.*

*Los compañeros y la gente que te conocen te señalarán. Tú simplemente levantarás la cabeza.*

*Miras alrededor y ves la libertad. Con la vaselina en el pelo, crees que aparentas envejecer. Entrás donde te habían prohibido la entrada. Seduces a toda mujer.*

*Todo se hizo. Limpiaste la sangre que se derramó. La navaja que se utilizó la escondiste, sin embargo la conservaste como trofeo.*

*La noche termina y tú todavía no logras dormir.*

*Sentirás ahora el fastidio de afeitarte por la mañana. Entonces extrañarás el bozo que te acompañó durante la pubertad.*

El teléfono sonó y por fin todos esos recuerdos y pensamientos se esfumaron ya de mañana. Bajé el volumen del estéreo, que seguía sonando desde la noche anterior, y contesté. La voz del otro lado de la línea no era otra que la del portero con el que me había visto la noche anterior.

—Olvidé decirle algo, jefe. Bueno, no es que lo haya olvidado sino que estaba aún con la duda de entregárselo o no. ¿Podemos vernos hoy en el mismo lugar para charlar sobre el caso?

—¿Qué es lo que tienes que decirme o darme?

—No se saque de onda, simplemente hay algunos detalles que omití, pero que ahora puedo decirle. Bueno, no ahora, sino cuando nos veamos. Ya que puede estar intervenida esta línea.

—No digas tonterías, y suelta ya eso que tienes que decirme. No juegues a los policías y ladrones conmigo. Esto no es un juego y la vida de la chica depende de la información fidedigna que me des.

—Lo sé, lo sé. Pero es que la información que tengo que darle está en lobby de mi edificio y como ayer me agarró de sorpresa no recordé esa parte.

—¡Pues dímela ahora!

—No puedo, hoy me tocó descanso y estoy con mi esposa y mi hijo en el cine, así que por eso le proponía vernos a la misma hora de ayer en el bar.

—¿Qué clase de información es?

—Las placas del taxi.

—¿Del muerto?

—No, cómo cree. En el que se fue la güerita.

—¿En serio? Está bien. Te veo a las ocho. Sé puntual.

Aún era muy temprano para hacer algo. Volví al sillón y sin querer quebré, al sentarme, el estuche del compacto que escuchaba porque lo había dejado ahí cuando me levanté al teléfono. Lo quise arreglar, sin embargo estaba roto y al sacar la portada, donde estaban escritas las letras, para ponerla en otro estuche de los que me sobraban, noté que se asomó algo como una fotografía de entre el doblés de aquella porta del VERBATIM de diez pesos. Saqué con cuidado lo que pude confirmar era no una sino seis fotos de diferentes chicas: tres morenas, dos rubias y una blanca con el cabello rojizo. Mi corazón se aceleró por la emoción de pensar que una de ellas podrías ser mi rubia (me la estaba apropiando). Las imágenes eran tomadas por aquellos nuevos teléfonos celulares que daban una mala calidad en la resolución y por consiguiente también en la impresión de las fotos. Ninguna fue tomada con el consentimiento de las chicas, ya que parecían distraídas y haciendo alguna actividad, pero todas dentro del apartamento de Luisa; lo supe por la cantina y la puerta de la sala que estaban al fondo de la imagen. Miré emocionado cada una de las fotos con especial detalle —todas eran hermosas. Detrás de cada foto estaba escrito sólo un nombre. Ni dirección ni algo que pudiera servirme. Tomé el estuche roto y desarmé la parte donde se coloca el compacto. Me alegré de ver una lista de chicas escritas en la contra cara de la parte trasera del estuche y el título de algo, no sé si de un disco o canción. Recordé todos los discos tirados en el departamento. Seguramente debe ser uno de ellos —pensé— y los tontos que entraron antes que yo sólo buscaron superficialmente. Tengo que volver allá y revisar nuevamente.

Releí los nombres en el papel y los comparé con los de las fotos; no se parecían, no obstante también eran seis, solamente que en cada uno de ellos estaban escritas —al final, lo que parecían fechas—, cifras o algo que no comprendía, divididas en tres columnas: la primera, al parecer era una fecha de nacimiento; la segunda también parecía fecha, pero todas terminaban con el par veinticuatro; y la tercera no era fecha pues había un par de números por

cada nombre y siempre anteponiéndose un signo positivo o negativo y luego un trío acompañado por una letra al final, las tres columnas estaban divididas siempre por diagonales. Apunté todo en mi pequeña libreta antes de perderlo:

L...	26/03/78	02/02/24	+13/206A	Soraya
T...	03/07/80	06/04/24	-08/206A	Scarlett
L...	13/12/80	11/04/24	+02/206A	Marybella
F...	14/04/78	03/04/24	-10/206A	Britney
R...	02/02/81	01/05/24	+05/206A	Ariadne
X...	27/04/87	03/11/24	-01/206A	Barbie

Fui por mi trofeo, la botella, y bebí directamente a boca de jarro. Después de unos minutos (lo que dura el alcohol en subir al cerebro) pude entender que esos eran los verdaderos nombres de las chicas y el de las fotos su nombre artístico porque quien se puede llamar Soraya o Marybella, en fin. Omití los que suponía eran los verdaderos nombres y sólo apunté sus seudónimos. Pensé y pensé, quebrándome la cabeza. Me levanté y el dolor en el muslo se agudizó por un instante. Subí el volumen del estéreo.

La primera fecha probablemente sería la edad de las muchachas. Quizás, si me pusiera en el papel de Luisa, sabría que las puedo explotar de jóvenes para tener mejores clientes y me desharía de ellas a cierta edad, puede que a los veinticuatro como marcaba la segunda columna en el par final pues noté que los primeros dos números eran los meses y no los días. Entonces deduje que era el mes antes al que ellas cumplían años y el par de en medio era el año: o sea que a cada una la despidió un mes antes de cumplir la edad de veinticuatro, pero con la última no pudo hacerlo pues ella cumpliría esa edad en el año dos mil nueve y como Luisa fue asesinada se truncó su plan. Por supuesto esto no lo supe en el instante sino en los siguientes días con la ayuda del portero, porque yo de una sentada sólo podía concentrarme al tomar dos o tres tragos; después de ello, al sentirme embriagado, lo único que podía conseguir era desear a aquellas mujeres ya con la embriaguez en mi humanidad.

Sólo me faltaba desenmarañar el último juego de números y letras. Ese día lo importante era ver al tipo en el bar de la colonia Condesa.

Dejé de especular, sacar conclusiones y beber así que me levanté a bañar. Dejé que saliera el agua caliente para que se llenara el pequeño baño de vapor y en lo que esto sucedía saqué unos de los trajes nuevos, camisa y corbata. Coloqué también los zapatos y me di cuenta de que lo que no había comprado eran calcetines. Busqué en la ropa sucia y saqué los que estuvieran menos tiesos. Los coloqué en la ventana para que se orearan. Ya tenía un motivo por el cual salir a tan temprana hora antes de ir primero al departamento de Luisa y luego al *Black Horse*. Entré al baño y regulé el agua. Champú, zacate y jabón. Salí de la regadera con los poros bien abiertos por el agua y el vapor. Limpié el espejo y me dispuse a rasurarme la barba de hacía ya cuatro días. Cogí el jabón, lo unté en mis manos dejando una capa blanca que luego me froté en toda la barba y bigote. Improvisé un tapón para que quedara el agua en el lavabo. Abrí la llave y dejé que se llenara a la mitad para que me diera tiempo de sacudir el rastrillo antes de que se filtrara por completo. Comencé a afeitarme siguiendo el rastrillo en mi reflejo mientras pensaba: Tienes que dejar que todo vaya lento o pronto se acabará el caso y te quedarás sin dinero, no seas pendejo. Ya es miércoles y has avanzado bastante. Ahora queda dar tu informe el domingo al güey ese. Lo que harás es adelantarle algo para que esté contento, así te lo chingas con más dinero, quién quita y te da otra lanita nada más porque sí. Bueno, porque sí, madres; te lo has ganado, tampoco le andas regalando tu tiempo, ni te andas haciendo pendejo, ¿verdad? No, no, no, cero putas y a ahorrar, cabrón. Mejor chaquetita y a dormir. Ya ves lo que te pasó la vez pasada. Chingada madre, tienes que ponerte la pomada pues desde el domingo ya no lo hiciste y otra vez va a empezar la comezón. Pero ya quieres otra vez putas. ¿Será que naciste para putear? No, ya viste que no, lo tuyo era escribir o pintar o la música pero ya ves lo que pasó, ¿Por qué tuviste que acordarte? La chica es la que te intriga, ¿verdad? Quieres conocerla ya, ver si es verdad lo de su radiante belleza. Probablemente el tipo exagera y a todas la vea así. Aunque viendo bien las fotos se alcanza a ver que están re bonitas... re buenas. ¡No seas cabrón!, nada de involucrarse con ellas, son parte de la chamba; ya ves que luego no resulta bien, si no

acuérdate cuándo estaban tras la madrota. Primero investigándola por trata de blancas luego andando con ella tres años hasta que la viste con «el negro». Ese hijo de la chingada le sacó toda la lana que pudo, engañándola el muy cabrón y luego ella te la cobró a ti. ¡Qué huevos!; y del caso nomás quedó así, sin solucionarse nada y con grabaciones y fotos tuyas y de tus parejas para extorsionarlos. Al final los bailados fueron ustedes. Pensaste que podías llegar muy quitado de la pena a coger y madres, que te cobra la pinche vieja hasta los réditos. Esa noche muy rica, muy sumisa; cógeme, papito, si quieres también por el ano —decía la cabrona— y al final: ¡a ver cabrón, me debes tanto o suelto las fotos al periódico! Cien mil entre todos los compañeros (bueno, en aquel entonces eran millones). De a veinticinco cada uno y eso porque no había más fotos de los otros; les hubiera tocado de menos ¡o más si la vieja hubiera querido! Pero ni modo, a pagar lo que el pinche «Negro» le chingó a la madrota. Sí, por eso nada de involucrarte con las putas. Pero qué alegría ver a ese cabrón en el reclusorio norte, cuando supiste que lo agarraron por el kilo de coca que traía en el coche. Ahorita a comprar calcetines, la pomada y a desayunar al Vips, pues otra vez ya estás chupando en ayunas, no entiendes, cabrón, no entiendes.

Enjuagué el rastrillo y me limpie la cara. Cepillé los dientes. Desodorante, crema y loción; Bóxer, calcetines, pantalón, camisa, saco y corbata. Gafas HUGO BOSS. Reloj CARTIER, WALTHER, Llaves del coche, de la casa. Mi libreta, mi cartera, las fotos y el papel con la lista de los nombres. ¡Vámonos!

Entré al Vips de avenida Cuauhtémoc y Puebla a un lado de la colonia Doctores: unos chilaquiles, una arrachera y algo de ensalada. Mientras reposaba la comida recordé cuando cenaba con el «Pecha», «El chinguinas» y otros compañeros que no recuerdo (de eso ya veintitantos años), allá por el ochenta y cuatro, antes del temblor. Andábamos tranquilitos pues acabábamos de salir varios de un arresto de quince días (me la pasaba más arrestado en la procu que en mi propia casa o trabajando). Sí, fue por aquella época; yo contaba con veintidós años —pensé—, ahora que lo recuerdo bien no sé cómo pude ser judicial tan joven. Empecé a los veinte. El caso es que cuando estábamos sentados, cenando en aquél restaurante, vimos a estos tres muchachos, que posiblemente tenían mi edad, entrando y saliendo del baño.

Cómo ya éramos expertos en aquello de especular, y además los otros compañeros ya tenían hasta su cuarentón de años encima y ellos nos enseñaban todo, nos decidimos caerles cuando los tres estuvieran adentro. No recuerdo sus nombres, pero sí los apodos de dos de ellos, del otro ni me acuerdo de su cara: uno era el «Jagger» y el otro el «Beto». Abrimos la puerta y ahí estaban picando la coca y listos para inhalar una línea que ya estaba lista.

—¡A ver, cabroncitos, a la pared! —dijimos con arma en mano—. ¡Órale, hijos de la chingada!

—¡No jefecito! Aguántenos, nosotros salimos en la tele —dijo el que no recuerdo ni su cara ni su nombre. Lo sabíamos, aunque nos hicimos pendejos para que se espantaran más.

—Qué la tele ni qué la chingada. Los vamos a tener que detener por portación de droga. Nos chillaban los tres cabrones.

—No jefe, miré salimos en la tele, en el programa de los cachunes —dijo el «Jagger». Denos chance. Mientras el otro —el güerito: el «Beto»—, estaba petrificado, llorando, pegado en la pared.

—A ver, qué más traes —dijo el «Chinguiñas» mientras esculcaba las bolsas de sus pantalones. ¿Otra bolsita?

—Denos chance —dijo el «Jagger» nuevamente muy sumiso.

—Pues le van a tener que entrar los tres con una lanita o nos los vamos a llevar —dijo mi compañero, el más grande de todos, que por cierto no salía de su boca ni una mala palabra.

Sacaron todo el dinero que traían, que eran como unos diez mil pesos de los de ahora.

—Bien, pues ya váyanse de una vez, y no los queremos ver en el restaurante nuevamente —dijo una vez más el más viejo de nosotros. ¡Salas se apellidaba!

Cogieron sus cosas del lavabo, donde las habíamos puesto después de esculcarlos. Salimos primero con el dinero y la bolsita de coca que les habíamos decomisado. Yo fui el último en salir de mis compañeros y al verlos tras de mí los detuve: chinguense eso que dejaron —les dije amistosamente, señalando la línea y lo que picaban—, total, ni modo que se

quede ahí.

Regresaron obedientes y yo salí. Cuando ya estábamos sentados salieron del baño apresurados. El «Jagger» nos miró y agachó su cabeza en señal de agradecimiento y obediencia por dejarlos ir y ordenarles la retirada.

Cuando me pasé a la Policía Judicial Federal, volví a encontrar al Beto y éste se acordó de mí: usted fue el que nos bailó en el vips —me dijo sonriendo. Por andar de cabroncitos —le respondí. Me dio la mano y se retiró sin rencor. Estábamos en una fiesta que tuvimos con el comandante. Para ese entonces la gente de la farándula ya era parte de nuestra vida diaria.

Me levanté de la mesa, pagué y salí del restaurante. Fui a comprar los calcetines y la pomada para la pequeña infección en mi glande. Luego me dirigí al departamento de Luisa nuevamente.

Me estacioné frente al edificio y presioné todos los botones del interfón. Nadie salió. El mismo procedimiento: la escalera de incendio.

Llegué a la azotea y entré por la puerta que había olvidado cerrar el día anterior. Bajé de puntitas, apretando la mandíbula pensando que con esto no seguirían rechinando mis zapatos nuevos. Ya en la puerta del 202 B descansé y sequé el sudor antes de entrar.

Abrí la puerta y entré librando las bandas de restricción. Saqué el papel de mi libreta, donde estaban escritos los nombres, números y el título de algo: *Para que no me olvides*. Busqué en los discos detalladamente, uno a uno. Hasta que di con una canción con ese título que interpretaba un tal Lorenzo Santamaría. Busqué en el disco pero no hallé nada; luego escuché el disco completo en el estéreo de la difunta, al mínimo volumen, esperando alguna voz que me dijera lo que tenía que hacer para encontrar aquella chica y el prendedor de la araña, pero de nuevo, nada. Tiré el estuche del compacto y apagué el estéreo. Caminé una vez más por el librero, lugar donde habían habitado los compactos antes de ser esparcidos por toda la sala, y miré los pocos libros que estaban aún en él: *La biblia*, *Un grito desesperado*, *Juventud en éxtasis*, *la última oportunidad*, *Yo soy fulana de tal*, entre otros. Entonces, sobre ellos, perdiéndose casi de mi vista *Para que no me olvides*, de Marcela Serrano. Lo saqué excitado. Entre sus páginas saqué una llave, una foto (quizás de Luisa), una cuenta bancaria con todo y claves de la tarjeta y la

tarjeta misma de Banamex. ¡Lotería! —dije emocionado. ¿Y esta llave? —pensé mientras la veía—, bueno, no importa, hay que ver cuánto hay en la cuenta y sacar el dinero en algún cajero —dije, pensando que podría ser una pequeña cuenta. Busqué la botella de BUCHANAN'S que había despreciado y que ahora me quitaba la ansiedad. Me acerqué a la ventana y miré la foto. Atrás venía el nombre de Luisa, el año y el lugar dónde la habían tomado: *Luisa. Cancún, 2002.*

Ya daban las siete de la noche y yo contemplaba a Luisa. Era muy hermosa y había sido un desperdicio su muerte, pero sólo ella se había llevado consigo el por qué de su asesinato.

Me asomé por la ventana al escuchar el frenado brusco de un auto: una camioneta se había estacionado junto a mi PEUGEOT. Vi a dos tipos bajando rápidamente y acomodándose las armas bajo sus ropas. Comprendí a lo que venían. Le di un trago a mi Whiskey, tranquilamente, suponiendo que no podrían entrar por la puerta principal. Por un segundo los perdí de vista, y nuevamente lo vi asomándose al edificio desde la acera como tratando de encontrarme. Las cortinas impedían, por supuesto, que mi silueta se viera. Probablemente existía por ahí un soplón, que igual que el portero había sido comprado para pasar información de cualquier movimiento sospechoso. Por más que daban vueltas no sabían cómo subir. Hasta que escuché el cristal de la puerta principal quebrarse. Uno de ellos en la desesperación lo había roto. Eran los mismos tipos que el portero había descrito. ¡El portero! —pensé—, ese cabrón me ha delatado. Y probablemente esté cerca. Al escuchar los pasos corriendo escaleras arriba, abrí la ventana de la cocina para escapar por la de incendios. Mientras descendía colocaba el silenciador en el cañón de mi WALTHER. Llegué a mi coche. No sin antes disparar a las cuatro llantas de la camioneta.

Di algunas vueltas a toda la colonia hasta lograr estacionarme cerca de la calle del bar y esperar a que apareciera el portero, si es que aún lo hacía. Aún faltaban unos minutos para la hora acordada, así que entré y lo esperé. Como siempre pedí un Whiskey en las rocas.

Llegó puntual. Lo vi entrar con toda tranquilidad así que antes de llegar a la mesa lo intercepté y con un movimiento de cabeza le advertí que me

siguiera al baño. Cuando entramos lo acorrale y lo amedrenté con mi arma.

—Cálmese, jefe. Yo estoy con usted, ¿recuerda?

—No te hagas pendejo, me delataste con la gente que mató a la chica —le dije mientras le buscaba algún micrófono o algún arma.

—¡No! ¿Cómo cree? ¿Por qué dice eso?

—Porque hace unos minutos unos tipos entraron al edificio buscándome.

—Le juro por mi hijo y mi madrecita que sería incapaz de hacerlo, yo estoy a favor de que aclare el caso. Probablemente sea alguien más a quien le hayan dado dinero y la misma tarjeta que a mí para que dieran el pitazo. No creo que yo haya sido el único. Créame.

Lo analicé bien: había veracidad y coherencia en lo que decía. Lo solté y lo saqué del brazo.

—No se te vaya a ocurrir hablar con alguien sobre esto, ¿entendiste?

—No, ya le dije que no.

Nos sentamos y empecé por preguntarle sobre el número de placas.

—¿Cómo se te fue a pasar lo de las placas?

—Pues es que estaba emocionado con servirle para el caso. Luego, ya en mi casa recordé lo de la escena del crimen, la rubia, el taxi y pues la placas. Mire, aquí traigo el papel donde las apunté.

—Tomé el papel y vi escritas las placas.

—Pensé que no las encontraría ya que luego a mi compañero le da por organizar todo en el mostrador del lobby y pues todo a la basura, ¿ajá?

—¿Hay algo más que me tengas que decir?

—Sí. ¿Cómo le hago para entrar a la judicial? —lo miré desconcertado por la respuesta que me daba.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Déjate de tonterías y dedícate a lo tuyo pues ahí estás bien.

—¿Cómo sabe que estoy bien? Con el miserable sueldo de dos mil a la quincena no me alcanza ni para irme en taxi cuando caen los aguaceros. Prefiero mojarme que gastar en algo que luego me puede servir para medicina o consulta de mi niño. No sea así, dígame cómo. Acaso usted no pasó por esto de padecer y carecer todo. Cuando a uno le hace falta dinero todo le pasa y de todo padece. Hasta al perro más flaco se le suben las pulgas.

Tenía razón, aunque yo no iba a ser quien lo metiera a esta perra vida.

—No sabes ni lo que dices. En esto te juegas todo, incluso a tu familia pues la ves tan poco que siempre terminas en divorcio.

—Pues sí, pero me hace falta el dinero, la emoción, y creo que hasta el divorcio.

—Eso piensas ahora, sin embargo el tiempo te lo cobra todo y cuando menos ves estás como perro, en algún hotel o rentando un cuarto o en un pequeño departamento. Las casas siempre son demasiado grandes —dije con la mirada puesta en el whiskey—, además siempre terminas refugiándote en el alcohol, en las drogas y con putas que es igual que todos los otros vicios. No, yo no puedo hacerte eso —terminé mi trago y pedí otro.

—A mí tráigame uno igual. Mire, jefe, toda mi vida he estado esperando algo así y ahora que usted me puede ayudar y sacar del hoyo donde estoy, no quiere.

—No te sacaré del hoyo para meterte a otro de tres metros, con loza, flores y una cruz, cabrón.

—¿Cómo es que usted no está muerto? ¿Eh?

—Estoy muerto, cabrón, lo estoy desde que estoy en esto.

—Pues yo lo veo muy bien con su coche nuevo, de traje, de gafas... todo muy elegante.

—¿Quieres entrar? Ve a la PGJ y pregunta por los exámenes, ahí es donde te tienes que enlistar. Ahora ya te ayudé. Ya verás cómo te irás pudriendo, cabroncito —llegaron los tragos y bebimos.

—¿Y no puedo ayudarlo ahora con este caso?

—Ya lo estás haciendo.

—No de esta manera. Lo que yo quiero es andar buscando pistas, ir aquí y allá. Preguntar, agarrar a uno que otro y ponerle unos chingadazos para que afloje la sopa.

—Mira, te voy dar mil pesos a la semana si notas algo en el departamento o si recuerdas algo más.

—No manche, jefe, eso mismo me dijeron los otros tipos y con más lana. Quizá le pueda ayudar con las pistas; soy muy bueno atando cabos, también armando rompecabezas de tres mil piezas. Mi mujer siempre me dice que me

va a romper la cabeza si los sigo llevando para armarlos, ¡ja!

—Lo voy a pensar. Ten estos trescientos para que pagues la cuenta. Te llamo para cualquier cosa en la que me puedas ayudar, tú haz lo mismo.

Me levanté sin beber ya del vaso y me fui a mi casa a descansar y despejar mi mente alcoholizada.

Por la mañana me despertó un fuerte dolor de cabeza. Vi el despertador: las ocho en punto. Me levanté, y busqué las ketorolaco y los desinflamantes. Las tomé con un vaso de alcohol. Para la cabeza y por si se le ocurre a mi pierna fastidiarme —pensé— y me volví a recostar para dormir un poco más.

Los siguientes cuatro días los ocupé para contemplar las fotos, los nombre, las fechas, beber y lo que nunca: tratar de escribir algo: ¿un intento de cuento, un intento de fragmento de novela, acaso? Nunca más poesía. Fui humillado por un compañero en clase. En clase no se criticaba la poesía de cada uno de nosotros, ¡no!, se acribillaba, y mis sonetos no fueron la excepción. Cada endecasílabo era desarmado. Deserté de la clase.

Con lo que había escrito esos días traté de recuperar mi espíritu de *escribidor*. Nada de la vida policial escribiría, todo de mi vida como estudiante. Salí a la papelería y compré una libreta SCRIBE cuadro chico de cien hojas (pensando que escribiría en todas sus páginas) y una pluma BIC, (la que utilizaba con el cuadernillo negro no alcanzaría —pensé). Lo más difícil fue cómo comenzar, pero por fin lo logre recordar y armar algo:

La mañana comenzó y por más que trataba de pensar en otra cosa, llegaba a mi mente su recuerdo.

Las clases transcurrieron sin ningún nuevo suceso espontáneo; los maestros solían llevar consigo sus agobios a todo lugar, desde su casa hasta la escuela, entonces nada mágico podría suceder en el aula. Yo releía a Hesse para hacer una exposición en mi clase de «literatura mundial contemporánea» dejando, a oídos sordos, hablar al profesor de historia (no porque no me gustara la historia, sino porque la clase era demasiado tediosa). Hermann Hesse había influido en mi pensamiento adolescente con *Demian*, primer libro que leí de éste; entonces empecé a encerrarme con este autor durante mi juventud sin dejar que otro entrara en mi vida.

Bajo la Rueda, y luego El Lobo Estepario, fueron los siguientes y así, algunos más, eran parte de esa lista. Sin embargo, Demian era el que había tocado algo en mí. Por aquel entonces los problemas del amor se hacían presentes en algunas amigas y, haciéndome el conocedor en ese mal, citaba fragmentos de los libros de Hesse adjudicándomelos como parte de mi pensamiento<sup>[1]</sup>, sólo tenía que cambiar los nombres y algunas palabras para ajustarlas a la conversación y listo, todo mío.

Con el Lobo estepario sentí miedo al verme reflejado en alguna parte de la novela, para ser exacto, cuando habla de los suicidas. Estar constantemente en un estado de depresión me hacía pensar muchas veces en el suicidio, cosa que nunca concretaba. Comencé a pensar que algún día terminaría por hacerlo: colgarme de la ventana con alguna cuerda o darme un tiro en la cabeza, pero desertaba de todo intento. Un día llegué al capítulo «Tractat del Lobo Estepario (no para cualquiera)» y encontré algo que me hizo cambiar la idea que tenía de los suicidas, algo totalmente contrario a lo que siempre había pensado<sup>[2]</sup>.

Esto era para mí un alivio, era suicida sin llevarlo a la práctica. Sólo algunos hombres, los que eran suicidas natos: los pintores, escultores, músicos, escritores, todo lo que tenía que ver con el arte, eran por lo regular suicidas que nunca terminaban por cortarse las venas o darse un tiro en la cabeza; en cambio, la gente común y corriente era la que se suicidaba; no eran éstos verdaderos suicidas, simplemente espontáneos que se quitaban la vida. Yo soy un artista, pensé.

Volvía nuevamente aquella visión. Había dormido mal días antes y la exposición se aproximaba; en realidad confiaba en lo mucho que podía decir de Hesse, pero unas semanas antes le propuse a la maestra hacer una ponencia; creo que la ponencia fue el pretexto para leer lo que podía olvidar. Mis problemas crecían y yo tenía el mismo sueño día tras día, quizá ésta era la causa de mi mal dormir.

La novela de Hesse solía verse como la posible prueba de su homosexualidad reflejada, en su álter ego Sinclair, ante su mejor amigo Demian y esto sucedía en algunas novelas más, en Narciso y Goldmundo, por ejemplo; así que de cierta manera se me hacía extraño pero hermoso. Sin

embargo, la causa de mis muchos desvelos o mi mal dormir se debía a un sueño en el que, sin temor alguno, besaba a un hombre y me enamoraba de él y al mismo tiempo este hombre se transformaba en un eunuco. Mis sueños siempre se truncaban con esta última visión, y aunque en definitiva no me gustaban los hombres, entre mi letanía y mi miedo, siempre esperaba no volver a soñar con todo ello.

En la clase de literatura se expuso a García Márquez, sin embargo parecía que no había autor con el que todos estuvieran complacidos o todos hayan leído. Quizás a mí me agrada por ese romanticismo que no llega a ser cursi, No obstante a los demás se les hace gastado y hasta odioso, todo por el simple hecho de ser García Márquez, aunque claro, no todos lo han leído y las críticas vienen sólo de oídos, es decir, es tan leído que se detesta por eso. A mí me pasa lo mismo con algunos autores más, quizá hasta con la poesía, que si Sábines, que si Neruda...

Raúl comenzó con su comentario: Es tan desgastante escuchar hablar de García Márquez, que ya no se antoja leer sus libros —dijo—. Claro que hubo un breve debate a raíz de todo ello. Yo temía esos comentarios sobre Hesse, pero sabía que podía hacer un buen esfuerzo por defenderlo.

De nuevo me vino aquella visión: el hombre convirtiéndose en eunuco. Todo era de total asco para mí y por un momento pensé en el desagrado de leer a Hesse una vez más.

Se seguía hablando de García Márquez, criticándolo positiva y negativamente, creo que no me agradaba Raúl. Alguien, talvez Anna, recordó a Harold Bloom, quien también había sido criticado por todo el salón, unos por escribir en El Canon Occidental la lista de libros que se debían de leer antes de morir, a todo ello dejando a grandes escritores de lado, y otros u otras, en especial Anna, criticándolo y quizás odiándolo por ser tan machista. Sin embargo, cuando leí nuevamente esa parte del libro donde ella aseguraba el machismo de Bloom, me di cuenta de que no había nada de lo que ella aseguraba; simplemente era la mala interpretación de lo se escribía.

Exactamente lo que sucedía en el salón de clase en ese momento era lo que Bloom escribía<sup>[3]</sup>: mientras que por un lado unos decían tener la verdad, no criticar, sino tener la verdad (como Adán al despertarse), otros defendían a

capa y espada su género femenino (cooperan —y defienden—, entre sí amorosamente como si hicieran ganchillo), como si la palabra «ganchillo» fuera el detonante para pensar que la crítica fue machista. Creo que el texto hace referencia a que cuando las mujeres acostumbraban sentarse a tejer solían al mismo tiempo platicar, darse consejos y apoyo ante los acontecimientos diarios. Entonces, cuando los grupos feministas proclaman la aceptación de escritoras, se hace aquí la analogía con dicha actividad.

Creo que en ese instante Bloom criticaba y nos hacía ver que de cierta forma hay grupos literarios que, fuera de estilos y reglas, imponían lo suyo como lo diferente, lo auténtico. Por eso digo que en el salón sucedía lo mismo: mientras que Raúl criticaba y decía que Márquez se volvía ahora desgastado (sin haberlo leído siquiera), Anna se molestaba, por una mala interpretación, pues las mujeres tienen la misma capacidad y los mismos derechos que los hombres. Creo que entonces la clase se tornó interesante.

Como dije, me desagradaba volver a leer a Hesse, más que nada porque me hizo tener aquel agobiante sueño. La clase terminó treinta minutos antes de lo esperado; yo caminé por el pasillo, tomé el ascensor, para bajar al primer nivel e ir a la salida de la escuela, pero en el pasillo del primer nivel me encontré con el taller de pintura que, al ser fin de semestre, daba una exposición. A mí me atraía la pintura, así que decidí echar un vistazo. Sinceramente nada había ahí que llamara mi atención, todo aquello era basura y más basura; mucho lugar común. Cuadros gastados, con trazos toscos, ángeles bizarros y hasta unicornios mal proporcionados. Ojos y manos deformes que desentonaban con el color de su par, contrastes absurdos, en fin, todo aquello era un gran asco de taller, pero cuando decidí salir, justo tras la puerta, estaba aquel hombre a tres cuartos de perfil, sin órganos sexuales, montado en un caballete muy alto, esperando a que lo viera. Era el eunuco de mis sueños. Salí un poco asustado y caminé más rápido de lo normal.

Recordé que, en algún capítulo del Lobo estepario, Harry Haller leía su vida en el «Tractat del lobo estepario» y de igual manera en Demian, cuando Sinclair ve a Eva, la madre de Demian, se sorprende al ver en ella a la persona con la que ha soñado en los últimos años<sup>[4]</sup>.

Mi reacción fue de asombro y miedo cuando vi a aquel hombre, con el

que soñaba, pintado sobre óleo. Todo el camino a casa estuve pensando en aquella pintura; sin embargo, creía que había sido simplemente casualidad; alguna vez mi amigo Daniel me platicó sobre un sueño similar, una mera casualidad: «Soñé con una iglesia, en cuyo interior existían imágenes obscenas de santos, una gran cola de niños esperando turno, quizá para la hostia, pero lo más aterrador y lo que me hizo despertar, fue un Cristo bailando grotescamente con las estatuas de algunas vírgenes que tenían vida. Me había quedado dormido cuando escribía un poema que me costaba terminar y cuando desperté, por lo del Cristo bailando, me fui a la sala de mi casa para salir de la oscuridad de mi cuarto (su cuarto no tiene ventanas) y ahí, en el sillón, encontré una cajetilla de cerillos, así que la tomé y leí lo que en su adverso decía: «No debes dejar cosas inconclusas, así sean las más insignificantes, ya que podría ser lo que lleve tu vida al abismo o a la felicidad», entonces vi que en el anverso de la cajetilla estaba una iglesia impresa, la de mi sueño. Esa noche no puede dormir».

Lo que quiero decir es que quizá me suceda lo mismo que a Hesse con sus personajes o lo que a mi amigo con su sueño, que al no terminar su poema, algo o alguien le hizo saber y entender que lo tenía que hacer, pero yo todavía no encuentro lo que había dejado o me faltaba por hacer.

La semana pasó muy rápido y yo me estaba volviendo apático, evitaba a mis amigos y muy de vez en cuando veía a mi novia Ángela.

El domingo fui con ella a la Cineteca, más a fuerza que de gusto, vimos Princesas. La película muy bien y la música mejor. Quería aprovechar el haber visto aquella película de putas, para pedirle a Ángela que hiciéramos el amor, pero simplemente lo pensé bien. Creo que ya no la quería y estaba con ella simplemente por sexo y por no estar solo. Saliendo del cine fuimos a Coyoacán, tomamos un café y regresamos.

Por más que quería irme para seguir leyendo a Hesse e investigar algo de su vida en Internet, Ángela me decía que teníamos que hablar. Yo odiaba eso, todo en aquel instante me parecía como un libro de Cuauhtémoc Sánchez o una telenovela. Odiaba cuando me pedía hablar de nuestro noviazgo y de lo deteriorado que estaba todo, así que entre lágrimas e insultos decidió terminar aquella relación de casi cinco años. Yo estaba un poco enojado y triste, pero

por fin me había quitado ese peso, y lo mejor, podía volver a escribir sobre algo que me gustaba. Estar triste, enojado o deprimido y más aún, libre: era mi motor para hacerlo. Esa noche no quería llegar a casa, algo me lo impedía, algo en mi interior me decía que no regresara y volví a pensar en El lobo estepario.

Creo que todas las novelas de Hesse se tornan planas, pero hay algo que te envuelve. Quizá sea que uno se identifica mucho con el personaje; sí, eso es, de repente siento como si fuera Sinclair o Harry. Hesse no suele ser tan descriptivo pero sus diálogos son tan elocuentes:

(...)*—¿Me permite? —pregunté, y me senté junto a ella.*

*Naturalmente que te permito —dijo— ¿Quién eres tú que no te conozco?*

*—Gracias —dije—; me es imposible llegar a casa, no puedo, no puedo ni quiero, quiero quedarme aquí, a su lado, si es usted tan amable. No, no puedo volver a casa.*

*Hizo un ademán como si comprendiera, y al bailar pude observar un bucle que le caía en la frente hasta junto al oído, y vi que la flor marchita era una camelia. Del otro lado tronaba la música, delante del mostrador las camareras gritaban con precipitación sus pedidos.*

*—Quédate aquí —me dijo con una voz que me hizo bien ¿Por qué motivo no puedes volver a tu casa?*

*—No puedo. En casa me está esperando algo... No, no puedo; es demasiado horrible.*

*—Entonces déjalo estar y quédate aquí. Ven, límpiate primero tus anteojos, no es posible*

*que veas algo con ellos si no los limpias primero. Así dame tu pañuelo. ¿Qué vamos a beber?*

*—¿Borgoña?<sup>[5]</sup>*

Si yo pudiera conocer a una Armanda o una Eva.

Para el martes, otra vez literatura. Escuchaba la exposición sobre Simone de Beauvoir, y estaba seguro que quien exponía no entendía nada sobre el existencialismo, y, aunque Beauvoir no era una filósofa tan canalizada o estricta, pues no elaboraba un pensamiento tan sistemático, si era una

novelista y ensayista cargada de ideas filosóficas existencialistas, influida por Jean-Paul Sartre. En nuestra corta carrera de Creación Literaria, poco se podía saber en clase de Simone. Yo me incluía en esa lista de ignorantes y aún más porque empecé a perder interés por la exposición, ya que llegaban a mi mente Ángela, el eunuco, Eva y Armanda; luego imaginé a Ángela besando al eunuco, los imaginaba bailando obscenamente escondidos y eso me causaba risa, pues por un lado estaba algo deprimido por no estar con ella y por el otro, ya no había vuelto a soñar con el eunuco, así que imaginarlos juntos me hacía sentir aliviado de toda esa carga: el sueño, mi rompimiento con Ángela, la exposición. Sin embargo, creo que había conocido a una Armanda, es decir, alguien que se parecía a este personaje tan extrovertido, pero no tenía el valor para tener un intercambio de palabras. Era Eva la que más llamaba mi atención. Desde el salón podía ver el otro edificio de la universidad y allí estaba ella, siempre altiva, siempre hermosa, siempre soberbia, quizás Eva, quizás no.

La siguiente clase sería mi exposición, pero no tenía cabeza para leer y organizarla, me encontraba con un estado de ánimo muy bajo, tal vez en decadencia, como algunos solían ver a la Escuela de la Sospecha; de igual manera estaba yo, tenía todo para escribir y hablar, convertir al filósofo en hombre y en hombre al filósofo, al oyente en mí y a mí en el oyente, era simplemente hablar de Hesse o del eunuco o de Ángela, hacer unos caligramas como Apollinaire con los nombres de todos ellos, para que la ponencia agradara, o pintar un hombre desnudo bailando con mi ex novia, compulsiva, obscena y grotescamente.

Otra vez, llegué a la casona vieja donde rentaba, escribí y escribí, no sé si mi ponencia, no sé si algún mal poema, no sé si una carta. Poco a poco, en el piso creció un charco de sangre que bajaba por las palmas de mis manos y escurría por mis dedos.

Traté de buscar en mi cabeza un grato recuerdo de Ángela, pero no lo conseguí. Estaba seguro que el hombre castrado no aparecería más en mis sueños y yo, yo tenía la cabeza sobre una vieja máquina Olivetti; al costado derecho de ella un libro, y al izquierdo decenas de hojas. Tenía mucho frío y unas inmensas ganas de dormir.

Releí mi obra y estuve orgulloso y satisfecho con ella. Mi máximo logro por fin realizado.

Y así, me la pasé cuatro días hasta que el lunes decidí visitar al portero para que se sintiera útil en la investigación y le echara un ojo a mi... no sé, ¿cuento? Me bañé desde muy temprano cogí las cosas que eran parte del caso que investigaba, la libreta SCRIBE y salí con rumbo a la Condesa.

Llegué al lugar pero cuando entré al edificio me di cuenta de que en la puerta estaba otro tipo. Buen día —dije con amabilidad.

—Buenos días —respondió el joven

—Estoy buscando al otro joven que trabaja aquí, sólo que no sé cómo se llama.

—¿Quién lo busca?

—Soy agente de investigación —dije inventando una vez más el cargo y mostré mis antiguas credenciales junto con mi placa rápidamente— y es necesario que hable con él.

—Pues está de incapacidad.

—¿Le sucedió algo? —pregunté alarmado.

—Sí, se enfermó de gripe.

Suspiré aliviado después de pensar que algo malo le había sucedido.

—Podría darme sus teléfonos o domicilio.

—Pues no sé si sea buena idea, pero le daré su teléfono celular.

—¿Cómo dice que se llama?

—¿Yo? Ricardo.

—No, él.

—¡Ah!, perdón... Felipe

—Bueno, se lo agradezco —di la vuelta y salí buscando un teléfono público.

Pensé que lo mejor ya era comprarme un nuevo celular y dejar de resistirme en no comprar otro, como me lo había prometido, después de perder tantos y que en realidad casi no ocupaba.

Marqué el número y sonó por un largo rato. No respondió. Lo volví a intentar y por fin pude escuchar su gangosa voz que le causaba la enfermedad.

—¿Felipe?

—¡Sí! ¿Quién habla?

—Joaquín, de la policía judicial. El del bar y el caso de la chica rubia.

—¡Ah!, hola, jefe. ¿Cómo está? ¿Qué se le ofrece? —dijo con su inexplicable cambio de voz.

—Verte. Necesito que nos veamos, pero me han dicho que estás enfermo.

—No, para nada. Tácticas para no ir a trabajar. Si le contara... un día hasta me tallé con una piedra en la frente y dije que había chocado el pesero donde viajaba al trabajo. Hasta me enyesé la muñeca derecha. Obvio me dieron incapacidad.

—Qué astuto —le dije del otro lado de la línea con una mueca de displicencia. ¿Entonces, nos podemos ver?

—Claro. Le parece a la una en dónde siempre.

—Miré mi reloj (las diez de la mañana). ¿Qué te parece si nos vemos cerca de tu casa? Aún es muy temprano para esperarte tanto tiempo.

—Pero vivo hasta case la chingada. Más allá de Xochimilco. Para ser más exacto en el pueblo de San Salvador. Aunque podemos vernos, si quiere, a las once treinta en el SANBORNS que está en Prolongación División del Norte y Guadalupe I. Ramírez, casi en el centro de Xochimilco.

Lo pensé bien y como no quería ya tomar en aquel bar y estar borracho cuando él llegara, decidí ir para allá. Está bien —le dije—, te veo allá, en el bar a las once y media. Colgamos y me dirigí al lugar.

Conocía el rumbo. Hacía muchos años que estábamos en un caso que nunca se resolvió por allá, el cuál recordé, durante el camino, muy claramente por la narración de los vecinos:

*Caminaba por la calle principal del pueblo aquél hombre de rasgos duros. Sus pies descalzos no dejaban rastro en el lodo; tal parecía que no lo pisaba, sin embargo éste lo cubría hasta los tobillos simulando ser un par de botas. Causaba temor. Tenía una cicatriz profunda en el pómulo izquierdo, una navaja se la había hecho el día que lo agarraron y lo sacaron de aquel lugar a donde ahora se dirigía. Habían pasado ya muchos años desde que se le vio por última vez, sin embargo había vuelto.*

*Sus ojos hundidos guardaban una mirada penetrante. Las mujeres se encerraban en sus casas al verlo pasar, mientras que algunos hombres lo veían con asombro, desconcertados pero aún desafiantes, aunque por dentro, temblaran de miedo.*

*Ciñendo sus cejas pobladas miraba aproximarse ya al lugar de donde algún día, todos lo habían aprehendido, dispuestos a colgarlo. No era el mismo de antes, ahora era un poco más delgado; sus mejillas chupadas, hacían ver aún más delgados sus labios y más prominente su nariz aguileña. La única expresión que había en su cara era de enojo, quizás de venganza y apenas parpadeaba sin quitar la mirada de aquella casa que, paso a paso, estaba más cerca.*

*Los que habían participado en el injusto linchamiento temían por sus vidas y por las de sus familias; los otros, simplemente observaban desde sus puertas y ventanas. El olor en el ambiente era a tierra mojada pero también a miedo y a odio. El fragor que el viento escupía se conjugaba con los relámpagos y la lluvia a punto de caer, causando un ambiente siniestro. Por fin llegó al final de la calle. Se detuvo en la entrada de la casa, de donde lo habían sacado: lo arrastraban, golpeándolo y cortándolo. Abrió la puerta, los miró y todos lo miraron, asombrados, temerosos. Los relámpagos dibujaban sombras extrañas que los árboles en las ventanas hacían. También su silueta era dibujada en el marco de la puerta abierta. Causó mucho miedo. Nadie dijo, ni hizo nada. Pronto un silencio fúnebre invadió el pueblo.*

No había encontrado mucho tránsito, así que llegué justo a la hora acordada. Me esperaba en la entrada del bar.

Me recibió con una sonrisa y un abrazo. Pasamos y nos sentamos. Tráigame dos whiskys en las rocas —dijo con seguridad y soltura. No, a mí un Vodka Tonic —dije y él también cambió su bebida.

—Y bien, ¿para qué soy bueno? —me preguntó mientras frotaba las palmas de sus manos rápidamente.

—Antes que nada quiero que leas esto —saqué la libreta y se la di. No pares de leer hasta que termines, ¿ok?

—¿Una pista?

—Solamente lee y luego me dices y preguntas lo que quieras, ¿está bien?

Trajeron las bebidas y yo sorbí de la mía. Mientras leía las líneas su ceja se fruncía y los pliegues de su frente se hacían más notorios. Yo, con una parsimonia aparente esperaba su deliberación.

Por fin terminó y me miró extrañado. ¿Y bien? —pregunté—, ¿qué te pareció? No entendí nada —me decía. ¿De qué se trata todo esto? ¿Acaso tiene que ver con el caso? Porque sinceramente no le encuentro sentido. Bueno, parece una historia o algo así pero se me hizo muy mala. ¿Estaba en el departamento de la muerta?

—Olvidalo. Sí, estaba en el departamento, quizás ella lo escribió aunque creo que son tonterías —le dije desanimado. Dame acá. Pasemos a lo siguiente.

Le di lo que tenía apuntado en mi *Little black book with my poems in*, la lista, y las fotografías, mientras buscaba donde esconder la libreta.

—Estas son fotos de chicas que encontré en el departamento, junto con esta lista de nombres.

—¿Y la tarjeta y llave?

—¡Ah!, No, no, estas son mías. Debí haberlas dejado allí —mentí para que no supiera sobre la cuenta y el lugar a donde pertenecía la llave. ¿Reconoces a alguna? Míralas con mucha atención.

—Sí, esta es la dueña del edificio —giró la foto—, Luisa, ¿eh?

—¿Y las otras? ¿Reconoces a alguien?

—Pues... están muy borrosas. Estas tres no se alcanzan a ver bien. Estas dos güeritas no son. ¿Estás seguro? —le pregunté. Sí. La rubia aquella era inconfundible. Y esta otra tampoco es, ya que parece pelirroja. Deje veo bien las primeras tres. De estas dos estoy seguro que no es ninguna, además tienen el cabello oscuro, No obstante de esta última, aunque tiene el cabello negro, estoy dudoso; y es que no se alcanza a ver bien ni siquiera su perfil. Su cuerpo se parece, aunque casi todas tienen el mismo cuerpo, el problema es que como está de perfil su cuerpo y con la cabeza volteada hacia el otro lado no reconozco aquellas nalgas que la distinguían —salió de su boca una risa nerviosa y breve. Pero aquella era rubia. No, no es ninguna.

—Bueno pasemos a lo de los nombres. He deducido que el nombre de las fotos probablemente sea un seudónimo para trabajar y el de la lista sea su verdadero nombre; además de las tres filas de números que tiene cada nombre he pensado que el primer juego es la fecha de nacimiento, sin embargo no logro saber qué es lo de los otros dos juegos.

—¿Me está diciendo que eran prostitutas? —preguntó sorprendido. No me quedó más que confesar que sí—. ¡Órale! Déjeme ver —y se tomó un largo tiempo para pensar.

Me acabé mi Vodka y pedí otro. Felipe seguía observando los juegos de números, hasta que después de unos diez minutos habló muy seguro.

—Creo que es muy fácil. Lo que hizo quien escribió esto fue quitar los días del primer par de izquierda a derecha, del segundo juego, y recorrerlos al principio. Pero restó un mes, es decir: a este, por ejemplo —y señaló el del primer nombre—, el mes era marzo, o sea cero tres, ¿aja?, y le dejó cero dos. A los años los pasó para en medio. Así están todos... mire. Al final puso el número veinticuatro. Viendo el primer juego y deduciendo que es la fecha de nacimiento de las chicas, lo que observo es que estamos en noviembre de dos mil cinco, ¿no?, entonces hay años desde el dos mil dos, y si resta el año de nacimiento y el año del juego de en medio pues da veinticuatro años. Quizá trabajaron con ella hasta esa edad, ¿no? —me quedé viéndolo sorprendido y asintiendo con la cabeza a todo lo que me decía. Pero del último juego de números no me queda claro. El primer par con el signo puede ser la combinación de algo como una caja fuerte o un candado o un casillero. Los tres restantes con la letra tampoco me quedan claro. Puede que sea algún piso o probablemente el número del casillero, no sé, podrían ser tantas cosas.

Estaba sorprendido por la facilidad con la que el hombre deducía, especulaba y sacaba conclusiones, mismas que parecían lógicas e indiscutibles. Sus teorías ya eran verdades para mí. Sólo faltaba averiguar donde encajaba el último juego.

—Ten mil pesos. Te los has ganado. Si me vuelvo a atorar con alguna pista u otra cosa te llamo, ¿está bien?

—Pues yo prefiero trabajar con usted de tiempo completo y ver si en una de esas me puedo quedar en la corporación.

—Ya lo veremos. Sígueme sorprendiendo y ya veremos.

Recogí todo, pagué y salí del bar, caminé por la pastelería, luego la dulcería y al final la librería. Bajé al estacionamiento. Ahí tiré la libreta SCRIBE en un contenedor de basura. En el camino busqué un BANAMEX para revisar el saldo de la tarjeta. Di con él. Introduje la tarjeta y tecleé la clave: Desea donar... NO; ¿Qué operación desea realizar? CONSULTA DE SALDO. Su saldo es de setecientos setenta y cinco mil pesos. Finalizar operación. Saqué la tarjeta sorprendido y emocionado. A mí nunca me había interesado el dinero pero cuando no lo tuve más era por lo que podría secuestrar, robar y hasta matar nuevamente. Me dirigí a mi departamento evitando aún la hora pico y llegué poco antes de las dos y media de la tarde. Subí y volví a encontrar papeles tirados en mi puerta. Los levanté y los puse en la maceta del vecino de enfrente. Cuando abrí la puerta di un salto de la impresión de ver a dos tipos, uno sentado en mi pequeño sillón y otro más parado, observando mi modesta discografía.

—Hoy es tu primera semana, Joaquín ¿Lo recuerdas? ¡Día de pago!

—Como olvidarlo, si de ahí tengo que dar gasto para mis hijos, esposa y perro.

El sujeto rió, torciendo su boca y enseñando sólo una parte de su amarillenta dentadura.

—Crees que no sabemos que sólo tienes una hija de quince años.

—Ahora ya sé que lo sabe. ¿Qué es lo que no sabe de mí?

—En realidad sé poco, por ejemplo que tienes una pequeña infección en el pito.

—¿Qué? ¿Cómo sabe eso?

—Tranquilízate. Eché un vistazo a tu baño cuando pasé a orinar y vi la caja de la pomada. Tuve que evitar tocar cualquier cosa, no sea que me contagiara.

—No piense que porque me paga tiene el derecho de entrar así porque sí. Le pido que me llame antes de venir para que lo espere. No, mejor prefiero que no venga y verlo en otro lugar. No me gusta que invadan mi privacidad.

—No te preocupes, después de ver aquella pomada créeme que no vuelvo a poner un pie. Pero ya está bien, hablemos de negocios. ¿Cómo vas con la

chica? ¿Has sabido algo sobre ella? Espero que sí, pues necesito encontrarla ya.

—Usted me dijo que me pagaría el tiempo que fuese necesario para encontrarla.

—Lo sé, lo sé. Pero prefiero que sea antes de ese «necesario», ¿entiendes? Bueno, ¿y qué me tienes?

—Pues preguntando por aquí y por allá e indagando en su departamento encontré las fotos de varias chicas, incluyendo la de Luisa, sin embargo sólo tengo los nombres que probablemente usan o usaron para dar sus servicios. Sólo me queda seguir preguntando y dando de vez en cuando alguna propina por la información. ¿Quiere ver las fotos?

—No, sigue investigando. La otra semana te llamaré para decirte donde vernos y darte lo que te corresponde. Ten tu pago de esta semana y espero pronto termines.

Me dio la mano pero recordó lo de la pomada y rápidamente la encogió dejándome con la mía al aire. Cogí el fajo con billetes de cien y los conté veloz. Cuídate el pito —me dijo antes de salir. Mi vecino recogía la propaganda que le había dejado en la maceta y aquellas palabras lo sorprendieron a tal grado que se metió indignado a su apartamento.

Entré de nuevo y cerré la puerta tras de mí. Fui al baño y me unté, por primera vez desde que la compré, la pomada, pues empezaba la comezón. Ya acomodado seguí con lo mío, con el pensamiento en el caso: en el dinero, en la llave, en la joya y en la chica. Tomé la llave y la miré: YALE. Luego pensé en los tipos que llegaron al apartamento; estaba seguro de que alguien más quería saber de la chica. Bueno, quizás trabajo del lado correcto —pensé—, mientras le daba un giro a la llave, tomada por los dientes, con mis dedos. Tomé mi pequeña libreta negra y la hojeé, luego miré las fechas. Nada. Tenía que hacer algo, para despejarme, así que me fui de putas. Me fui a *La Canción* en el Eje Central, donde los dueños, los hermanos Iglesias, nos atendían con lo mejor de todo: mujeres, alcohol, droga. Su mafia protegida por nuestra mafia de corrupción. Me reconoció de inmediato el encargado del lugar. ¡Qué milagroso! ¿Y ahora por qué tan sólo? —me abordó. ¡Ya ves!, ando en otras cosas y pues me tuve que desligar por el momento de aquellos

cabrones —dije amigablemente. Bueno, espero que sea para bien tuyo —dijo —, pero no te olvides de los cuates —añadió. Al que nunca volvía a ver fue al comandante, ¿qué pasó con él? Pues todos vienen ya por su lado, aunque él ya no se vio jamás por aquí —me preguntó—. Lo más probable es que lo hayan matado al cabrón, ya ves que era muy cusco con las viejas de otros y pues probablemente ya la debía por ahí —le comenté mientras me conducía a una mesa cercana a la pista. Bueno, te dejo. Ten esta botella de cortesía y ya sabes que por aquí andamos —añadió y desapareció entre las mesas, las putas y los clientes.

Se me acercó una chica para que le invitara un trago. Era joven y linda. Acepté antes de que alguien más pudiera arrebatármela. En aquellos lugares la compañía que se compraba siempre estaba al asecho del mejor postor. Observé el lugar y las chicas y noté que las más jóvenes ya estaban ocupadas en algunas mesas o privados, otras más bailaban. Las menos agraciadas buscaban quien les diera el porcentaje diario establecido por los dueños del lugar.

Mientras veía alrededor, bebía y la chica me acariciaba la pierna, me preguntó si no quería un privado. Después de verla un rato y calentarme con las caricias en mi entrepierna acepté gustoso. Nos dirigimos al lugar y comenzó a bailar me colocando sus nalgas contra mis muslos y miembro. Terminó la canción y pagué por el baile. Seguimos bebiendo por un rato en aquel sitio. Se me vino a la mente preguntar si conocía a las chicas de las fotos, así que las saqué y se las mostré. Les echó un vistazo tratando de enfocar la imagen con su mirada ya afectada por el alcohol de la noche. ¿Conoces a alguna? —pregunté. No, todas se parecen. Tomé las fotos y salí del reservado.

Pronto me abordó otra chica más lúcida. Le invité un trago y la abordé con las fotos. Quiero que las veas muy bien —le dije casi tocando su oído con mis labios para evitar el estruendo de la música. Movía la cabeza suavemente en señal negativa mientras miraba las fotos. Luego separó a dos: la pelirroja y una morena. Creo que estas se me hacen conocidas. Aunque ninguna de las dos ya tiene el cabello así —explicaba señalando las fotos. Ésta ya no tiene el cabello rojizo sino azulado, por cierto se le ve horrible

pues es muy blanca. Parece maniquí. Trabajaba aquí, pero como luego nos rolan, sabrá Dios dónde la habrán llevado. La de pelo negro se me hace conocida, aunque no se nota muy bien su cara puedo jurar que es Barbie. No te lo aseguro, pero se parece —me dijo con seguridad. Levantó su mano para llamar a otra chica. Llegó y se sentó. Yo pedí otro vaso para invitarle también de lo que bebía y se sintiera en confianza. Oye, manita, ¿a quién se parecen estas dos? —dijo la primera chica mientras le daba las fotos. ¡Ah!, pues esta es la pelirroja que trabajaba aquí, Soraya. Después se pintó el pelo por un azulado. Ésta es la Barbie, no duró mucho. Vino un chamaco un día y se la llevó para un servicio. No volvió a aparecer —dijo en tono triste. ¡Ay!, Cálmate —dijo la primera—, no empieces de pinche chillona, ¡no mames! Como sabía cuáles bares eran de esta «mafia» decidí explorar cada uno de ellos, aunque fueran más de veinte. Comencé esa misma noche con el mismo procedimiento. La Altura, Manhattan, Latinos. No tuve la suerte que ya me había acompañado desde que había comenzado el caso. Desistí y terminé en mi casa, más borracho que nunca.

Desperté vestido, con sabor a cobre en la boca y con un fuerte dolor de cabeza. Me levanté para tomarme las pastillas de rigor. En el transcurso de la mañana la cruda empezaba a disgregarse de mi cuerpo. Pensé en acudir a Felipe para que al fin me acompañara a noctambular por las bares de la ciudad en busca de las dos muchachas, iniciándolo, de una vez, en la vida del policía que tanto deseaba; en realidad lo que quería era su auxilio para que preguntara a unas chicas mientras yo lo hacía con otras en un mismo lugar y apresurarnos a salir sin incomodar o molestar a los garroteros y clientes.

Me bañé y llamé a Felipe. Estaba seguro que no se negaría a acompañarme y así sucedió, no sin antes advertirle que probablemente no llegaría a su casa sino hasta al otro día, debido a que yo no iría a dejarlo tan lejos y tan de madrugada; aún así accedió emocionado. Quedamos a las ocho en Chabacano, estación del metro. Si logramos dar con las chicas probablemente resolvamos pronto el caso y quedaré libre con el dinero del pago y de la cuenta de Luisa —pensé con una sonrisa dibujada.

Ya había dejado lo de la literatura a un lado después de mostrarle lo que había escrito a Felipe, pero nuevamente encontraba motivo para intentar

escribir después de recoger otra vez la basura que me dejaban por correo, donde vi la suscripción a una revista cultural de bajo presupuesto, al parecer formada por vecinos y otras personas de la delegación, donde podía uno mandar algo referente a la colonia: memorias y recuerdos, arte callejero, poesía, cuento, etc. Pendejo de mí —dije en voz alta dándome un golpe en la frente con los cuatro dedos de la mano izquierda—, pude haber mandado mi cuento a esta revista, probablemente lo leerían y les gustaría. Qué sabría Felipe de literatura o de arte, cuando lo suyo era abrir puertas, recibir propinas y pensar en ser judicial —pensé enojado. Anexo a la suscripción venía un número gratis. Lo leí con entereza. *Contra cultura. Conciencia colectiva: Año 1. Revista No. 7: Publicidad, poesía, cupones, reportajes.* Hasta que di con el cuento. Me senté en mi irremplazable compañero de décadas y comencé a leer:

## **TRIBULACIÓN DE AQUEL DICIEMBRE DE UN INMORTAL ESCRIBIDOR Y DE SUS CUATRO Y UNA HISTORIAS**

### **EL ESCRITOR**

Dos horas después de amanecer seguía dormido y la luz que se filtraba por las cortinas, carcomidas por los recuerdos de su cuarto, disolvía el sueño extraño que no podía concluir desde hacía ya varias semanas, en el cual entraba a una librería, recorría un pasillo interminable y oscuro, donde encontraba un viejo libro suyo, *El vampiro de la colonia Roma*, roto y amarillento, que al tomarlo se hacía polvo entre sus dedos siendo ese el preciso momento en el que despertaba.

Era veinticuatro de diciembre, época infalible para la depresión y claro para escribir alguna nueva novela. Recordaba el sueño cuando se dirigía en metro, de la estación Universidad a Miguel Ángel de Quevedo, para visitar alguna librería. Caminó frente a la panadería Santo Domingo y cruzó avenida

Universidad, dirigiéndose a Gandhi. No había terminado de cruzar la avenida cuando fue embestido por un microbús del transporte colectivo, arrojándolo un par de metros y dejándolo inconsciente, sin que nada, más que algunos raspones —nada grave—, le pasara. Mientras se encontraba tirado y ante una multitud de curiosos que lo rodeaban, por morbo más que por auxilio, el chofer salió huyendo del lugar junto con su acompañante, perseguidos por un trío de antihéroes que intentaban detenerlos, persiguiéndolos por toda la avenida Miguel Ángel de Quevedo en dirección a Taxqueña, hasta perderse entre automóviles y personas, pero sin lograr alcanzarlos.

## CRÓNICA DE UN CHAFIRETE

Traigo una cruda que la cabeza me revienta. Tomé ayer con el chorejas y con el panda unas chelas. Como a eso de las diez me los encontré en el metro Universidad, estaba yo haciendo la parada y ya estaba lleno el microbús y estos morros que se me emparejan en el otro micro y que me dicen: ya conectamos a unas morritas pa' chupar, ¿qué onda güey, te animas o te pega tu vieja? Y que bajo el pasaje pa' lanzarme con ellos... sí güey, así nomás. Que les digo —pus hastaquí llego—. Algunos hasta me la mentaron, pero como uno yastá costumbrado a todo eso, pus me valió madres. Como a las once que recogemos a las chavitas, güey. No manches, estaban re buenas y una de ellas luego luego que me echa el ojo y pus yo también. Que vamos por las chelas y no manches, que me pongo hasta la madre, cuando menos me di cuenta la morrita yastaba conmigo en el asiento de atrás. ¿Tú crees? Ya no me acuerdo ni cómo se llama, aunque le hice un trabajito que ya verás que me vuelve a buscar. ¿El panda? ¡Chale!, ese güey se quedó dormido de pedo y el chorejas se enchipocló a la otra vieja en los asientos de enfrente. No manches güey, mi vieja se rencabronó porque llegué como a las cuatro de la mañana, bien pedo y oliendo al perfume de la otra vieja.

—¡Bajan!

—¡Ah!, como es pendeja esa señora, está viendo que ya voy a pasar la calle y apenas me toca el timbre! —Agárrate compa, deja me paso el

preventivo.

—¿y ora a qué le pegue? ¡Ya apachurramos al viejo! ¡Pélate, antes que nos agarren!

## LA SEÑORA DEL MICROBÚS

Me dijeron que me bajara en Miguel Ángel de Quevedo, creo que aún le falta un rato. Quedé con Toño de vemos a las cuatro en el Sanborns de División del Norte. A ver si me da tiempo.

¡Ay, ya va a ser veinticuatro de diciembre y no le he hablado a Lolita ni a Vero para saber si se la pasarán con sus maridos o con nosotros! ...A Toñito ni le pregunto, ese siempre viene a la casa; pero ahora qué haré para la cena, bueno, al rato le pregunto a Toño qué se le antoja.

¡Ah, cómo esta bueno ese muchacho!, ojalá qué se venga a sentar acá. Si yo tuviera veinte años menos, mínimo me echaría unas miraditas; cuando tenía treintaicinco todavía estaba bien buena. Si, hasta me manoseaban todavía en el metro. Pues sí que está bueno el muchacho. Una coqueteada y a lo mejor cae. No ya no estoy para eso, aunque no me caería mal una canita al aire, total, se vale soñar. Hace tanto que el Toño ni me toca, que un día de estos me voy a animar con el señor de traje que me encuentro cuando voy al mercado y que siempre me invita a salir.

¿Qué estará leyendo el muchacho?

—Disculpe, joven ¿falta mucho para Miguel Ángel?

—No, es aquí.

—¿En serio?, ¡gracias!... ¡Bajan!

## EL SICALÍPTICO Y HOMOFÓBICO DE LA RUTA 1

«¿Y que te den de repente la cogida de tu vida?» ¡Ja! Este Luis Zapata sí que está bien pinche fumado; no, si a mí se me insinuara un puto le parto la madre.

¿Este será mi pesero?... Maldita sea, no hay lugar; ni modo tendré queirme parado... bueno, así le voy viendo las tetas a la vieja esta que parece que está bien buena. ¡Uy!, ¡qué buena está!, lástima que vaya con el cara de menso ese. Cómo me acuerdo de la que filmé con mi celular en el metro, hasta parecía que le gustaba; si no hubiera sido por el güey ese, todavía la tendría en mi teléfono y todavía tendría mi teléfono; no, si ya tenía como ochenta filmaciones. Me acuerdo de la que estaba sentada enfrente de mí, que hasta abría las patitas, y ahorita que ya va a ser navidad hay un chingo de viejas en los peseros y en el metro. Sí, ya eran como ochenta, sin contar las de la escuela, y todo por ese cabrón, si no hubiese ido de chiva con los polis, todavía tendría mi celular para seguir filmando los calzones de las viejas.

Ya se desocupó un lugar atrás; mejor me recorro. Ya me está viendo feo el novio de esta vieja. Ni modo, ora me tendré que conformar con la ruca esta que me está echando ojitos. ¿En qué página me quedé?

—¿Que si falta mucho para Miguel Ángel?

—No, es aquí.

Ni modo, otra que se me va. Y ni modo de ligar con el güey que está junto a mí, ni que fuera yo el «adonis», ja. ¿Pero qué tanto escribirá este cabrón de al lado? En fin, a leer otro rato. «cinta tercera y que te den de repente la cogida de tu vida».

—¿Y ahora, a quién atropellamos?

## EL ESCRIBIDOR

*«Había decidido ir a la librería para discernir el sueño aquél, que era interrumpido por la filtración de la luz en sus cortinas y que carcomía todo indicio de querer estar acostado en aquel cuarto frío y vacío. El sueño, parecía que le indicaba que su libro sería un rotundo fracaso, así que se dirigió a la librería para comprar lo que para él sería el apocamiento de su carrera, carrera que de por sí ya se encontraba truncada desde siempre, por las tremendas etapas de depresión que sufría desde niño y adolescente».*

*«El sueño, desde hacía ya muchos días, le era aterrador, nada se*

*igualaba a caminar por un largo pasillo oscuro y húmedo, donde encontraba su obra; todo un pasillo de esa obra suya, y cada libro que tomaba tenía las hojas amarillentas por los años, por el olvido, por la ignorancia del lector. Libros que se deshacían al tomarlos, convirtiéndose en polvo que se disolvía entre los dedos, entonces era cuando despertaba».*

Creo que el mejor regalo de reyes será la publicación de mi novela. Espero se encuentre en casa el profesor Luis para que le dé la última revisión...

—¿Y ahora a quién atropelló este imbécil?

## **EL ESCRITOR. SEGUNDA PARTE**

Mientras estaba inconsciente, recostado sobre su brazo izquierdo y con el antebrazo derecho cubriéndose la cara, soñaba nuevamente en aquel largo pasillo, donde encontraba un libro suyo *El vampiro de la colonia Roma*, pero esta vez no se desintegraba entre sus dedos, ni tenía las hojas viejas y amarillas, sino todo lo contrario, tal como se ve un libro en una librería: nuevo, y con ese olor que tienen las hojas al abrirlo. No obstante había algo extraño, la novela no era la misma, otra historia se contaba en aquel libro, una historia mal lograda, una novela barata se leía en aquellas líneas: un escritor, un chafirete, una ama de casa, un obsceno y un malísimo escritor se apoderaban de aquél libro ahora intitolado: *Tribulación de aquel diciembre de un inmortal escritor y de sus cuatro y una historias*, escrito por Luis Zapata. De pronto, empezó a escuchar muchas voces y el sonido de una ambulancia que se acercaba, pero no pudo recobrar la conciencia hasta catorce días después, justo en el día de los reyes magos.

Eran las cuatro de la tarde cuando despertó, y aunque no había sufrido de daños físicos, nadie se explicaba cómo era que había quedado inconsciente tanto tiempo. Por fin, la primera persona a la que vio fue a su alumno de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), Homero, con borrador en mano de su nueva novela, *La muerte de Luis Zapata*. Unos días después, cuando ya estaba recuperado, decidió leer el borrador: el mismo sueño, que

semanas antes había tenido, estaba plasmado ahí; los mismos capítulos y personajes que se encontraban en el libro del sueño de cuando estaba inconsciente, estaban plasmados también. Lo más curioso fue la muerte de él mismo, o mejor dicho el asesinato de él, a manos de un alumno frustrado y homofóbico al que le había rechazado la revisión y corrección de su mala novela.

Me encantó la revista. Llamé y me suscribí. Cogí la revista y la subía a mi auto para seguir leyéndola cuando salí por la tarde a comer al SANBORNS. Terminé y me dirigí directamente a la librería de la misma tienda para comprar un par de libros: *Rayuela* y *El túnel*, de Cortázar y Sabato respectivamente. Había olvidado mi libreta en casa, así que tenía tiempo de regresar. Cuando estuve nuevamente en mi departamento cogí la libreta y dejé los libros. Me dirigí a recoger a Felipe.

Se mostró alegre y emocionado al subir. Traía un traje gris y camisa azul; sin corbata y los zapatos bien lustrados. Te ves diferente y elegante —le dije halagándolo. Muchas gracias —me contestó con una sonrisa— ¿y qué haremos? Pues primero iremos a Sullivan y si nadie sabe algo iremos a algunos bares —le dije. Toma esta credencial. Si es necesario la sacas, pero sólo después de que yo lo haga lo haces tú; rápidamente la muestras y la guardas, ¿entendiste? Cogió la credencial, la leyó con curiosidad, después me preguntó si pertenecía a la PF o a la PGJ. A ninguna —le dije—, hace ya un par de años que me dieron de baja en la primera y muchos más que me di de baja en la segunda por entrar en aquella. Te dije que la policía te quita todo, incluyendo tu mismo trabajo, solamente basta un empujoncito para que caigas en el precipicio de la corrupción y con eso empiezas a caer y caer y caer hasta que llegas al fondo por fin y lejos de hacerte mierda del chingadazo caes en ella, sumergiéndote; cuando sales te das cuenta de que la tienes metida hasta en las orejas y no te la puedes quitar, ¿entiendes?; no bastando con eso, porque hay quienes están con la mierda hasta en el hocico, siguen en la corporación como si nada. ¿Qué te pasó a ti entonces? —me interrumpió—. Me bañaron. Me olieron, me bañaron y me mandaron dos mesecitos al reclusorio norte por muchas cosas o cargos. La judicial era

buena, con Durazo y Sahagún Baca. Sin preocupaciones. La judicial federal era mejor, todos esos miles y miles de dólares en costales que los narcos allí guardaban y que de cuando en cuando nos tocaba uno, bueno al comandante, sin embargo recibíamos lo nuestro. En una ocasión agarramos a un cabrón (que luego bailamos y dejamos ir), ponía la coca en su mesa, sí, un puño de coca y luego agarraba un billete de cien dólares, le cortaba un cacho de la esquina y lo usaba como cuchara para tomar la coca e inhalarla. Esa era la judicial federal. Luego llegaron los del PAN, levantaron la piedrita y salieron las arañas. Pasé a ser parte de la AFI pero como ya estaba corrompido, mi situación se complicó y terminé expulsado de toda corporación. Sólo me queda el recuerdo de las credenciales de la DIPD, la Judicial del Distrito..., la Federal, la AFI y la PFP. Caí en el reclusorio pues encontraron en mi coche dos kilos de heroína que no era mía mas la habían sembrado para que yo cayera de una vez por todas. Al final no se me comprobó nada, me hicieron renunciar, pasé ese tiempo encerrado, pagué una fianza y salí sin dinero. Así que me dediqué a guardar la integridad de mafiosos y otros negocios que siempre fueron sucios, hasta que llegó este caso. Felipe se encontraba pensando después de haberle contado mi historia. Su mirada, a pesar de haberla fijado a través de la ventana, estaba perdida.

Lo sabía —me dijo inesperadamente. Sabía que no eras policía; lo supe desde la primera vez que me interrogaste. Eso de Detective y madre y media me sonó cursi y ridículo, no sé por qué te comenté todo. Aún así quiero seguir con esto —concluyó valientemente y me mostró una BERETTA escondida en entre su cuerpo—. ¡Mira que cabrón! —dije asombrado—, la próxima vez te traes una que no sea tan voluminosa; lo importante es que no se noten.

Llegamos a la calle de Sullivan y comenzamos a preguntar a cuanta chica y travesti se acercaban al coche. Nada. Fuimos a otros lugares hasta llegar al Titanium. Me reconocieron al entrar. Abrazos y risas me mostraban todos los conocidos del lugar y hasta una que otra anécdota recordamos. Pero no podrán pasar con armas, jefe. Déjemelas aquí y a la salida se las damos. Accedí. Subimos. Nos dio la bienvenida una hermosa chica de acento ruso. Nos asignaron una buena mesa, podíamos ver a las chicas en su rutina de

baile y después en su rutina de baño. Vi a la chica, a pesar del cambio en el color de su pelo era inconfundible. Saqué la foto sólo para comparar. Efectivamente, no podíamos equivocarnos.

La pedí para que nos hiciera compañía. Se sentó despreocupada y alegre. No parecía haber bebido aún nada, quizás porque era muy temprano todavía. ¿Qué tomas, linda? —le pregunté; llamó al mesero y le susurró al oído. ¿Y para ustedes caballeros? —preguntó el tipo. Felipe pidió un coctel, un bull y yo un Cutty Sark en las rocas. ¿Cómo te llamas, linda? —le pregunté a la chica acariciando su hombro izquierdo—. Soraya. Dime, Soraya, ¿no podríamos ir a que me hagas un privado? —le pregunté ansioso ya por estar a solas con ella. Claro, amor, vamos. Le susurré a Felipe que preguntara por la otra mujer.

En el lugar comenzó a bailarme muy sexy mientras se desnudaba. Su piel era muy blanca y su olor muy fuerte. Las pecas de su cara hacían juego con las de su pecho, del mismo tono y tamaño. La edad se le notaba. Cuando terminó la música y ella paró de bailar le pedí quedarnos otra pieza. Pague ambas. Cuando se disponía a bailar otra vez frente a mí, le pedí que no lo hiciera y que mejor platicáramos. ¿Tienes problemas con tu esposa, mi amor? —me dijo sonriendo. No, no es eso de lo que quiero hablar. ¿Sabes? Puedo adivinar la edad y la fecha de nacimiento de las personas —le dije sabiendo su edad por la lista.

—¿En serio? Demuéstramelo.

—Por tus ojos y las pecas puedo decirte que probablemente tengas veintisiete años.

—¿Y cuándo es mi cumpleaños?

—Muy fácil. Al parecer eres pelirroja de nacimiento, ¿no es así? Por lo que veo mides como uno setenta y dos o uno setenta y cuatro —comprendí que el promedio de altura de las mujeres escogidas por Luisa eran arriba del uno setenta. Creo que eres del mes de marzo —se emocionaba y sonreía. Probablemente de finales de este mes, no sé, ¿26?

—Qué bien, me sorprendes, hasta miedo me das.

—Espera, falta tu año. Deja veo tus pies —se quitó las zapatillas y vi su hermoso pie derecho—. Sí, puedo reconocer los pies de esa época. Eres de

los setenta: ¿setenta y... ocho?

—Estoy sorprendida —decía con sus palmas unidas y frente a la nariz.

—Te puedo decir también que trabajaste para Luisa, ¿no?

Se puso seria. Cuando se disponía a salir, ya muy enojada, la tomé del brazo y le enseñé mi placa. Necesito hacerte unas preguntas y no te molestaré más. Ya hablé con el encargado, ha accedido a que te interrogue —mentí. Así que hagamos esto rápido y sencillo. No estás involucrada en nada, simplemente tienes que responder unas preguntas. Saqué mi libreta y me dispuse a apuntar lo más importante.

—¿Cómo conociste a Luisa, y cuánto tiempo trabajaste con ella? Cuéntamelo todo, sin excepción —refunfuño al tener que recordar, pero por fin lo hizo.

—La conocí en el noventa y siete, yo tenía diecinueve años y ella diecisiete. Venía de Michoacán, de Uruapan. Al parecer venía con una tía no obstante ésta la trataba mal y se salió de la casa. Pronto la encontré en la calle, sin ningún peso y sólo con lo que llevaba puesto. Yo ya me había iniciado en esto del baile en los tabledance y ella estaba sentada justo en la entrada donde trabajaba, parecía que su destino pedía a gritos entrar al lugar, porque aunque ella no se había enterado que tras de sí estaba el lugar donde terminaría, yo en cuanto la vi pensé que sería o teibolera o puta. Al parecer nos volvimos un poco de ambas cosas. Cuando estaba por entrar al lugar la vi sentada llorando. Sus ojos ya hinchados y rojos de tanto llanto no le daban para más lágrimas. Para no hacerla larga, le ayudé y la convencí de ayudarla; no pensaba en meterla al negocio. Sabía por lo que yo había pasado y no se lo deseaba a nadie, así que le pedí que dijera que era mi hermana y que me había acompañado aquella tarde-noche porque se había peleado con mi mamá. Total que montamos el teatrillo, pero sucedió que la vio el dueño y como la verdad estaba muy guapa, ya con sus pechos asomando desmedidamente y con su trasero muy paradito, como pato (así le pusieron las compañeras que no la querían, «la Pato»), pues le ofreció trabajo, bajándole el cielo y las estrellas. Yo sabía que lo único que quería era cogérsela pues así lo hizo conmigo y con otras tantas que desfilaron por el lugar. En fin, se la enchufó y pues ahí la tienes ya trabajando junto conmigo.

Mucho tiempo después le restregaba (cuando se quejaba) que ni un día me había permitido ayudarle; que luego luego se había ensartado solita en el ambiente antes de buscar otros trabajos. El caso es que como éramos las más bonitas nos llegaban buenos clientes y por consiguiente buenas propinas. Nos fuimos a rentar juntas, así dividíamos gastos. Un día que descansamos y estábamos en el mercado comiendo nos abordó con la plástica una señora, preguntándonos todo. Pensamos que era policía, pero resultó que nos ofrecía trabajo mejor pagado que en donde estábamos y con más prestigio, ¿haciendo qué?, ¡pues qué más! prostituyéndonos con gente de lana. Como te dije éramos muy lindas y estábamos chavitas. Nos explicó el asunto y pues ahí estuvimos hasta que la vieja me acusó de robarle dinero y pues me echó del negocio y del departamento.

Yo traté de hacerme de alguno de sus clientes, sin embargo se había adelantado al llamarles y exponerme con una mala fama. Poco a poco dejé de ver a Luisa y un día me llamó para decirme que me fuera con ella, que la mujer había muerto de cáncer o algo así y que le había dejado el depa, y algo de dinero. No sé que le dio esta cabrona pero la quería tanto que le heredó todo, que no era mucho. Nos iba muy bien hasta que otra vez me acusaron de robo en la casa de cierto cliente. Eso pasó justamente un mes antes de que cumpliera los veinticuatro. Pasé un año en la cárcel. Ella me iba a ver dos veces al mes. Me platicaba que había contratado a otra muchachita pero que ya iba a cumplir los veinticuatro: si tú no cumpliste los veinticuatro conmigo, amiga, ellas tampoco lo harán —me dijo un día que me visitaba. Y me prometió ayudar a las chicas que tuvieran menos de esa edad como yo lo había hecho con ella (bueno más que ayudarlas les sacaba buena lana, porque nuestros clientes preferían menores de veinticuatro), así que me dio su palabra y así lo hizo.

Cuando salí y fui con ella, para seguir con la empresa que le habían heredado, me dio cincuenta mil pesos y me botó. Amiga, ya casi tienes veintiséis —me dijo y cerró la puerta tras de mí. Desde ese día dejé de verla. Sin embargo de vez en cuando me llegaban rumores de ella, ya muy famosa en ese giro. Reclutando hermosas chicas, jovencitas.

—¿Qué me puedes decir de esta mujer? —y saqué la otra foto—, ¿la

conoces?

—No, nunca la he visto.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Bueno, toma mi tarjeta. Si sabes de algo me llamas y si no contesto dejas mensaje en la contestadora.

Salí del reservado y me dirigí a la mesa. ¿Has sabido algo? —pregunté a Felipe. Me respondió negativamente. Entonces cuando estábamos por salir del lugar una chica me dio una servilleta con algo escrito. Márcame mañana temprano —me dijo misteriosamente. La guardé y salimos del lugar. ¿Qué es? —preguntó Felipe. ¿Le preguntaste a ella sobre la chica? —Le respondí con esa pregunta.

—Sí, a esa y otras seis, hasta que se acercó un tipo y me pidió dejar de molestarlas. Le dije que estaba en una investigación y le mostré la credencial rápidamente, como dijiste. Se fue y se cuchicheo con otro y ambos salieron. Entonces saliste tú del lugar. ¿Tú que averiguaste?

—Poco, nada trascendente. La vida de la muerta.

—Ya has buscado las placas del taxi que te di.

—No creo que valga la pena buscarlas. Pero lo haré si no damos con ella en los últimos bares. Por hoy ha sido suficiente, mañana continuaremos. ¿Quieres quedarte en mi casa o en un hotel?

—No traigo para el hotel.

—Bueno, te quedarás en la sala.

Cuando llegamos dio un vistazo al lugar. Así que aquí es donde vives —dijo en un tono sarcástico.

—Así es.

—Pues está bien para vivir solo.

Saqué unas cobijas y se las di. Yo entré a mi cuarto y en un momento me quedé dormido.

Por la mañana me encontré con una nota en la mesa de centro de la sala: *No quise despertarte. Salí para mi casa. Nos vemos en la noche en el mismo lugar. Felipe.*

Me bañé y vestí. Me dolía el muslo, justo donde había sido golpeado.

Soportaba el dolor así que decidí no tomar las pastillas. Busqué la servilleta y llamé desde el teléfono de la calle.

Sonó y por fin contestaron con una voz aún dormida. Me diste una servilleta con un teléfono ayer en el bar, ¿recuerdas? —le dije.

—Sí, es que sé en qué lugar trabaja la chica que buscan, si quieres podemos vernos para darte mejor información.

—¿Por qué tengo que confiar en ti?

—No lo sé, dímelo tú.

—Está bien, dame la dirección y estaré ahí.

Me dio la dirección. Esta cerca, en la colonia Doctores. Hice algunos minutos para no encontrarla aún mal arreglada, le di su tiempo y entonces llegué. Era una vecindad. Subí al primer nivel donde se encontraba el departamento. Toqué en la descolorida y oxidada puerta de metal, inmediatamente se asomó por la ventana de ésta y abrió. Se veía diferente. Todas las chicas que conocí de aquél ambiente u oficio se veían diferentes. Eran como la mitad de lo que eran arriba, en el tubo. Quizás el cansancio o el efecto de la luz en esos lugares engañaban mi visión, pues hacía de esas mujeres unas bellezas monumentales, al nivel de concurso. Eran bellísimas, incluso ya sentadas en tus piernas o en el privado. Voluminosas, altas. Luego se volvían unas niñas como lo era quien me recibía.

—Pasa, deja termino de lavarme los dientes.

Solo una playera cubría su cuerpo justo donde terminaban los muslos y empezaban las nalgas. La veía con malicia. Su pelo estaba envuelto en una toalla.

—Y bien, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Salió del baño, se quitó la playera delante de mí y pude notar sus rosados pezones y su voluptuoso busto que iba acorde con su estatura. Sus caderas eran perfectas, rebasando ligeramente la altura de los hombros y su cintura los acentuaba más. Carecía de vello púbico, no porque lo depilara, sino porque en realidad tenía poco (conocía eso perfectamente). Puso su mano derecha en la cintura y con la otra se recargo en la silla del comedor que era parte también de la sala. Me miró.

—Que yo conozco a la chica. Estuve trabajando con ella pero era muy

engreída. Un día estábamos ambas con unos clientes y a uno de ellos se le extravió su celular. Se hizo un escándalo, al final yo le dije al encargado que probablemente había sido ella pues había ido extrañamente a los reservados cuando estábamos con los clientes. La cambiaron de bar.

—No dudo que hayas sido tú.

—Grosero.

Se dio la vuelta y me dejó observarle su trasero y su andar, con unas piernas largas, bien proporcionadas. Se perdió en uno de los dos cuartos que había en el departamento y salió con un conjunto de lencería negro en la mano y unas zapatillas en la otra. Echó al suelo éstas. Mientras le preguntaba qué más sabía de ella, se colocaba la tanga y al mismo tiempo las zapatillas. Pregunta lo que desees —dijo. Se puso también el bra y se acercó a mí, que estaba parado aún en la pequeña sala (también se había parado otra cosa de mí), para que le cerrara el brasier. Lo hice, y le pregunté si la había vuelto a ver, respondió que no, dio la vuelta y quedamos de frente. Su cuerpo de niña había cambiado. Era bella. La tomé por la cintura y la besé. Luego volví a preguntar: ¿es todo lo que sabes? Sí, es todo. Me despojó de la ropa y yo la dejé tal como estaba. Aquel departamento se volvió el cielo.

Cuando terminamos y estaba vistiéndome me dijo que no olvidara dejar algo al salir. Lo sabía. Nada era gratis en este pinche mundo. Le dejé quinientos pesos en la cama, junto a ella. Por otros quinientos te diré el nombre del bar donde se encuentra —me dijo. Los saqué y los puse en la cama.

—Trabaja en el *Extravagance*. Y cuando quieras puedes visitarme, te haré un descuento.

—Creo que lo pensaré.

Salí de ahí y de la vecindad y me fui a tomar un trago a la cantina *la No. 1*.

Aún era muy temprano, así que decidí ir una vez más a mi casa a bañarme y quitarme el sudor y olor de la impudicia que me cargaba. Terminé la ducha, me afeité pensando sólo en encontrar a la chica y me puse por segunda vez la pomada que siempre olvidaba. Cuando fue la hora fui por Felipe. Llegó tarde.

Fuimos al lugar que me había dicho la chica un poco después de las

nueve. Le había explicado a Felipe lo de la puta (omitiendo lo que hicimos). Una vez ahí pedí una botella de JACK DANIELS. Entre las mujeres que por ahí andaban le pregunté a una por la chica de la foto; el lugar estaba más oscuro, así que se la mostré llevándola donde hubiera un poco más de luz, la vio con dificultad. Es la Barbie. Esta por allá, le toca ya bailar, pero después se la mando —me dijo mientras se soltaba de mi mano que la sujetaba por el brazo y se iba. Empezó la música y comenzó su baile. Era tan candente y hermosa que parecía derretir el hielo de los vasos con el swing de sus caderas. Todos en el lugar, incluyéndonos a Felipe y a mí, quedamos encantados por su belleza. Sentí las campanas de mi vida repicando a duelo. Me recorrió un cosquilleo el estómago que estaba seguro de haberlo sentido hace mucho tiempo, en mi etapa de estudiante enamorado. Me senté. Cualquiera que hubiese escuchado aquella canción antes de hoy no le hubiera causado nada, pero ahora era diferente; quedaría para siempre atrapada con aquel momento de la rubia, porque era rubia; «la rubia platino» que fue como la llamé desde entonces. La última vez que oí esa melodía salía del cine Teresa con un detenido que iba a prostituirse con otros hombres en lo más oscuro del lugar. No puse atención a la película, sin embargo la canción era esa, la misma que nos había hipnotizado esa noche. Bailaba y la música se le pegaba en el cuerpo, luego la sacudía, pero nuevamente se adhería a ella y todos los demás la veíamos y veíamos la música. La voz de Donna Summer era un canto de ángeles:

Ooh it's so good, it's so good  
It's so good, it's so good  
It's so good  
Ooh I'm in love, I'm in love,  
I'm in love, I'm in love  
I'm in love  
Ooh I feel love, I feel love  
I feel love, I feel love  
I feel love... I feel love  
I feel love... I feel love

Todo parecía haberse detenido mientras duró la música. Cuando la Summer calló, todo volvió a la normalidad. Alguien me la había ganado y tuve que esperar otra canción, otra mujer bailando. Después de unos minutos salió por fin del reservado y una gota de sudor recorrió mi espalda cuando se dirigía hacia nosotros mientras todos en el lugar trataban de jalarla y quedarse con ella, sin embargo, sonriendo y con cortesía les explicaba que regresaría en un rato más pues se encontraba ya ocupada. Me levanté al verla. Nos saludó con un beso por mejilla y se sentó. ¿Qué quieres tomar? —le pregunté nervioso—, ella lo notó y cogió mi mano. Tranquilo, no pasa nada —me dijo con una tranquilidad que le hubiese dado paz a un moribundo. Llamé al mesero y esté se acercó. Observé que los clientes de las demás mesas me hacían señal de «muy bien» con el puño de la mano y el pulgar al aire. Una conga, por favor —pidió ella—, como ya sabes, Marquitos. Me volteo a ver y le sonreí, aún helado. No sabría decir el motivo de mis nervios. Felipe parecía en shock pero cuando pudo reaccionar me jaló rápidamente, siendo un poco indiscreto, y me dijo: es la chica del departamento de Luisa, la güerita. ¿Estás seguro? —pregunté. Por supuesto que lo estoy —me dijo ya más alterado.

¿Podemos ir a un privado? —le pregunté al oído. ¿No prefieres terminar tu trago antes? Así yo termino también mi bebida y podré estar más fresca allá dentro —me dijo con dulzura. Por supuesto y disculpa si fui apresurado —dije mientras me sonreía.

Felipe no apartó ni un instante su mirada de ella. Creo que estaba emocionado por fin de ver a la mujer que todos los días pudo ver desde su edificio pero que hasta ahora podía, si quería, hasta tocar. No lo hizo así, aunque su mirada realizó el trabajo por él. Yo, sin embargo, me sacudí el extraño nerviosismo, no obstante tampoco dejé de admirar su belleza. Por supuesto había terminado ya mi bebida y estaba a punto de servirme la otra cuando se me aproximó ella al oído y me dijo si estaba listo para ir al privado. Por supuesto —dije con rapidez—, me levanté antes que ella y le saqué cortésmente la silla. Caminó delante de mí pero yo no me atrevía a verle el trasero mas los otros clientes hacían lo contrario. Llegamos por fin y con el mismo procedimiento de la anterior chica, de Soraya o Liliana, la

abordé después de haber gozado y admirado de su cuerpo totalmente desnudo y pagar otra canción. ¿De qué quieres que platiquemos, amor? —me dijo ya sentada a mi lado. De lo que tú quieras —añadí.

—¿Sabías que no había encontrado a alguien que le interesara saber algo de mí? Bueno, una vez hubo un niño, pero no lo volví a ver.

—Cuéntame entonces.

—No, no. Mejor dime, ¿a qué te dedicas?

—Adivino la edad de las chicas, incluso hasta su fecha de nacimiento y algunas veces hasta el nombre.

—¿En serio? Bueno, el nombre ya lo sabes pues lo dijeron cuando subí a bailar.

—Ese nombre no, tu verdadero nombre —me miró con desconfianza.

—No lo creo. Empecemos con mi edad.

—Pues por tus ojos pude ver que eres o Aries o Tauro, creo que me quedo con Tauro, ¿no? —reía sin asombro. Probablemente tengas entre dieciocho o diecinueve años. Me quedo con el primero aunque ya casi cumples los diecinueve. La expresión en tu cara me dice que eres de abril —se le dibujaba ya una sonrisa de asombro. Y tus pies... ¿puedes quitarte las zapatillas? Tus pies... dicen que el día es el... veintisiete del ochenta y cinco. Sonrió, me abrazó y me besó rápidamente en los labios. Las líneas de tus manos me dicen que tu nombre empieza con equis: ¿Xiomara, Xóchitl, Ximena? Me quedo con la última. Se quedó sorprendida y dudosa. ¿Cómo sabes eso? —preguntó. Y sé todavía más —respondí—. Por ejemplo: Luisa, la araña, la muerte del taxista. Se levantó y me miró. ¿Me vas a matar? —me preguntó valientemente. Cálmate. Cómo crees, para nada —le dije y le mostré mi placa obsoleta—, sólo quiero hablar contigo. Pero no trates de huir, daría contigo de todos modos. Sé dónde estás viviendo, así que ni lo pienses —mentí. Dame unos minutos. Nos vemos en la parte de atrás del edificio, diré que me siento mal y entonces hablaremos —me dijo, sin embargo le reiteré que no intentara huir.

Pagué la cuenta y salimos del lugar. Cuando nos sentamos en el auto a esperar le pedí a Felipe que lo mejor sería que me esperara en mi departamento. Accedió y le di para que tomara un taxi. ¿Sabes cómo llegar?

—le pregunté. ¡Claro!, no te preocupes. Y caminó en sentido contrario de la calle donde esperaba a Ximena. Esperé unos minutos y la vi salir. La rubia platino se había convertido en morena. Su cabello negro le llegaba, igual que el rubio, debajo de los hombros. Bajé y le abrí la puerta de mi coche. ¿Puedo confiar en ti? —me dijo antes de subir. Totalmente —le respondí.

Cerré su puerta y volteé a todos lados para ver que nadie nos viera. Ahí platicamos un momento.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Simplemente recuperar la araña y llevarte con la persona que solicitó mis servicios para que cuide de ti.

—¿De mí? ¿Y eso cómo por qué o qué?

—No lo sé. Me contrataron para que diera contigo y la joya. Al parecer Luisa pidió que se hicieran cargo de ti. Fue como un favor que le pidió a su amigo.

—¡Luisa no tenía amigos! No tengo que ver nada con nadie y no sé de qué joya hablas.

—Mira, Ximena, creo que lo mejor es que hablemos en otro lugar más tranquilo y me digas exactamente qué pasó en el departamento.

—¿Cómo es que eres policía y trabajas para alguien?

—En realidad soy detective privado. Antes fui agente judicial, luego federal y posteriormente de la AFI, pero me jubilé y ahora estoy de buen ex policía, dando mis servicios cómo detective privado.

—No sé de qué joya hablas. De lo otro sí te puedo contar.

Cuando di marcha al coche otro auto se paró frente al mío con las luces altas. Pude notar que era una camioneta y que de ella descendían dos tipos: uno grande y robusto y otro de estatura media. Justo la descripción que me había hecho Felipe cuando lo conocí y los mismos tipos que me fueron a buscar al departamento, que estaba seguro habían sido también los que mataron a Luisa. Ambos armados, se pararon uno a cada lado del coche pidiendo que nos bajáramos. Le pedí a Ximena que guardara la calma y que bajara sin resistirse. Los dos lo hicimos, no obstante yo recibí un rechazazo del tipo grande. Te hemos estado siguiendo la pista desde hace más de una semana. Escapaste de nosotros en el edificio de la puta, pero ahora ya estás

aquí, cabrón —me dijo y me acorraló en el coche sujetándome con la mano izquierda por mi saco y camisa y con la otra apuntándome en la frente. No sé de qué hablan amigos, creo que me confunden —dije con toda calma—. Mientras tanto la chica era traída hacia donde yo me encontraba. ¿Qué hacemos con ella, Ringo? —dijo el otro tipo. Súbela a la camioneta —respondió. ¿Podemos hacerle cositas, sirve que nos dice dónde está la araña? —añadió nuevamente el tipo más joven. Déjate de pendejadas, súbela solamente y ya cállate —le contestó bruscamente quien me sometía.

Pude ver a Ximena aterrada. Reconocía a los asesinos de Luisa.

A ver cabrón, de rodillas —me ordenó y me dio un fuerte golpe en el estómago para doblarme y hacer más fácil lo que me pedía. ¿No habrá manera de que lo solucionemos de otra forma? —le pregunté ya preocupado de morir. Sí, la forma será matarte y llevarnos a la perra que ya desde hace un mes buscábamos —me dijo al oído. Cómo quedé con una rodilla en el suelo y la otra no, volvió a golpearme pero ahora en la nuca. Por fin de rodillas escuché el sonido del arma cortando el cartucho y luego la sentí en mi cabeza. Cerré mis ojos y apreté los dientes. Nunca vi pasar mi vida en unos segundos como muchos decían, y sin embargo recordé la última vez que había sentido el cosquilleo en mi estómago y por quién lo sentía, además de la última vez que la vi; nada cronológicamente, sólo un fragmento en particular que no comprendí jamás por qué aquel momento:

*Ese jueves fue diferente al de los otros, mientras caminábamos por el pasillo yo sentía nuevamente clavarse en mí aquella mirada que semanas atrás había sentido. Nunca quise decirle a ella que alguien nos observaba, por temor, quizá, de que no quisiera regresar jamás, pues el tiempo que duraron nuestras miradas, que tardé en atreverme a hablarle, que duró nuestra amistad, todo ese tiempo que me llevó y hasta ese día que por fin estuve con ella, que pude besarla, acariciarla, sentir lo más profundo de su ser cuando hacíamos el amor, se quedaría en el olvido si le comentaba que alguien nos espiaba. Todos los jueves, cuando ella se liberaba de su prisión marital y decidía ser mi amante, no lo echaría a perder al comentarle que éramos asediados en el aquel pasillo y ella decidiera terminar todo en un instante.*

*Al principio me costó trabajo adaptarme a todo eso, yo de veinticuatro años, quería enamorarme de ella y tener un noviazgo formal, pero cuando la conocí la desilusión llegó con la noticia de su matrimonio. Adriana, de treinta y tres, llevaba cinco años casada con un imbécil machista que la maltrataba y la humillaba. Todo esto lo sé por la confianza que le hice sentir. Como dije, me costó adaptarme a ser el amante. No conozco a nadie que sea «el amante», conozco a las amantes de mis amigos, primos, hasta la de mi padre, sin embargo aquella tarde yo me convertí en el amante. Ella, al ver mi desinterés por su compromiso me lo propuso de una manera sutil: podemos ser amigos —dijo—, entonces todo se dio sin ninguna prisa. Tal vez el humillante y tedioso pasar de los años con su pareja le hizo darse el valor de probar lo prohibido, sinceramente a mi me atraía la excitación y el miedo de ser amantes, de ocultar todos los jueves nuestro idilio en aquella estancia, claro que también la amaba.*

*Como dije, ese jueves fue diferente. Al llegar a la habitación treinta y nueve (que era reservada para ese día y a esa hora por mí), vimos una rosa blanca colocada en un vaso de agua sobre la cómoda, todo lo demás estaba como siempre. Me pareció, en ese momento, una nueva forma de decorar las habitaciones viejas y húmedas, pero ella tuvo un instante de seriedad, de intriga, quizá de miedo, aunque no lo comprendí sino hasta mucho después.*

*Todo fue tan hermoso como lo eran aquellos días. Hacíamos el amor desenfrenadamente, como si uno de los dos regresara de un prolongado periplo. El olor de su piel, el olor a sudor, el olor a sexo, al semen desbordado, eso era nuestro paraíso y lo demás no importaba. Sólo cuando llegó la hora de irnos tomó la rosa. Dejé un billete como propina bajo el vaso, pensando que quizá había sido la persona que nos observaba y no la recepción quien había dejado la rosa.*

*Adriana no dijo palabra alguna cuando caminábamos por la calle rumbo a nuestro lugar de encuentro y despedida, un parque donde se encontraban las siluetas del devaneo de parejas allí ocultas de la luz de alguna linterna que interrumpiera sus amoríos.*

*Me despedí de ella amorosamente, con un abrazo interminable y con un beso en su frente, ella bajó la mirada y vio la rosa que aún llevaba consigo,*

*movió la cabeza negativamente. Lo sabe —dijo—, en ese momento no entendí lo que me quiso decir, fruncí la ceja en ese instante y cuando pregunte a que se refería, volvió a besarme para luego darme la espalda e irse. Yo esperaba ansioso el siguiente jueves, pero llegó ese día, la siguiente semana, otra más y nunca volví a saber de ella<sup>[6]</sup>.*

El sonido ensordecedor de un disparo se escuchó en la calle oscura. Abrí los ojos pensando que estaría en el infierno, pero lo que encontré fue el cuerpo del enorme tipo a mi lado derecho, tendido en el suelo. Me levanté rápidamente y vi a alguien apuntando al otro tipo, pero las luces me dejaban ver sólo siluetas, hasta que me acerqué y logre distinguir a Felipe que había desarmado al hombre y había matado al otro. Había salvado mi vida. ¿Estás bien? —me preguntaba mientras sujetaba al tipo, quien era un jovencito. Sí, no lo sueltes, deja voy por mi pistola que está en el coche —le respondí y vi al chico llorando por su compañero muerto.

Corrí por mi arma y regresé. Bajé a la chica de la camioneta y la subí a mi coche nuevamente, en la parte delantera. En la parte trasera me fui con el chico mientras Felipe se acomodaba listo para manejar. Larguémonos de aquí inmediatamente o pronto llegará la policía —dije. No imaginándome la habilidad del portero para manejar, salió intrépidamente de la calle, la avenida y pronto estuvimos en Reforma.

¿Quiénes son ustedes y qué es lo que buscan? —le pregunté al chico quien al parecer había entrado en estado de shock. Le di un par de reveses y en un momento me miró con odio. Te he preguntado quiénes son ustedes y qué es lo que quieren —le repetí—. Mientras tanto Ximena lloraba muy asustada y también comenzaba a entrar en un estado catatónico. Buscábamos a la perra esa —dijo apretando los dientes y señalando con un movimiento de cabeza a Ximena. ¿Quién los mandó? —continué con mis preguntas. No lo sé, todo lo sabía Ringo, pero ya está muerto, ¿por qué no se lo preguntas ahora? —me respondió y me miró después de quitarle la mirada a Ximena, retadoramente y con rabia en sus ojos. Debes de saber algo, quizás algún nombre —le dije. Ya te he dicho que no sé nada. Ahora mátenme ya —gritó. Felipe me vio por el retrovisor pensando que lo haría. La chica estaba con las

manos en la cara ya sin llorar. Le susurré a Felipe que me llevara lo más lejos que pudiera, a algún lugar que conociera y que estuviéramos a salvo, donde no encontráramos muchas patrullas en el camino. Conozco un lugar —me dijo. Vendé los ojos del joven y lo recosté en el asiento trasero. Le pedí a Ximena que se calmara pues estaba segura con nosotros. Tomamos Periférico y nos dirigimos al sur. Le pedí que se parara en algún OXXO para comprar café y así lo hizo. Compré tres. Le di uno a Felipe y otro a Ximena. Yo también bebí pero con una pizca de brandi que escondía en la guantera. Tranquilité a la joven mujer, que no hablaba, frotando la palma de mi mano sobre su hombro que alcanzaba, el izquierdo, repitiendo una y otra vez que todo se solucionaría y que estaba segura con migo y Felipe. Seguimos el viaje. Entonces el chico sin más habló (probablemente pensando que lo mataríamos en cuanto llegáramos y quizás para hacer un trato. Nos dijo quien los había contratado creyendo que eso salvaría su pellejo): Nos contrató un tipo gordo, blanco que siempre va con otro, al parecer su guarura —dijo—, nos pagaba cinco mil a la semana a cada uno por seguirte; eso es todo lo que sé. Era el mismo que me había reclutado —pensé sorprendido—, ya me imaginaba que terminaría de esa forma el caso. Me había contratado y mandado seguir para que al dar con la chica, me mataran estos tipos (pagados por la mitad de lo que me daba a mí) y luego se llevaran a la joven para quizás torturarla hasta que soltara lo de la joya u otras cosas. Eso último, lo de la joya, lo tendría que investigar al preguntarle cuando ya estuviera más tranquila.

Llegamos hasta la Glorieta de Vaqueritos que estaba al sur de la ciudad y dobló rumbo a Xochimilco. De ahí otra media hora rumbo a los pueblos que se encontraban en la parte montañosa de la delegación. Subimos y bajamos en una travesía muy larga. Cuando pregunté dónde diablos estábamos me respondió que había subido y luego bajado a la carretera que iba a Morelos, haciendo más largo el trayecto para despistar al tipo. No había pensado en eso pero sonó convincente. Pensaba en el dolor de los golpes y en la sangre escurriéndome de la cabeza.

Llegamos a un lugar como a cinco minutos de la carretera que va a Oaxtepec, Morelos, en el pueblo de Santa Ana, en la delegación Milpa Alta.

Una cabaña al parecer propiedad del padre de Felipe que usaban para fines de semana y otras fiestas de guardar. Bajó y abrió el zaguán. Regresó y entramos en el coche. Pude notar que el terreno era muy extenso. Bajamos, amordazamos al chico y nos acomodamos en la cabaña. Entré al baño, me quité el saco, la camisa y me lavé la cabeza. Busqué alcohol, sin embargo no pude encontrar nada con qué curarme. Me coloqué una toalla para evitar que siguiera escurriendo la sangre. Dejé el saco y dejé la camisa remojándose.

Al verme, Felipe, si nada que ponerme y con la toalla en la cabeza fue por una playera y me la dio. ¿Estás herido? —me preguntó preocupado. No, es solo que traigo un golpe en la cabeza, pero nada más. Estoy bien —le dije y agregué—, tienes que ir a dormir, yo haré guardia y hablaré con la chica. ¿Qué haremos con el microbusero? —me dijo despectivamente refiriéndose al muchacho—. Ya pensaré en algo. Ahora hay que asegurarse de que no pueda escaparse de los amarres —le dije, sugiriendo revisarlo. No te preocupes, está seguro —me confirmó.

Entró a una recámara y durmió tranquilamente después de haber matado al enorme tipo. Yo me quedé con Ximena que no salía de su trance. Estaba recostada en el sillón de la sala. Me senté en el otro sillón que se encontraba frente a ella. La miré sin decirle nada. Felipe le había traído un par de cobijas para cubrirse del frío que se sentía en aquel lugar. Recordé la historia, las versiones del hombre que había matado a muchos otros en un pueblo de por las cercanía, en venganza de haberlo linchado injustamente. Me entró escalofrío y traté de pensar en otra cosa.

Como lo había visto, la mañana anterior, cuando tuve sexo con aquella chica, las mujeres al salir de aquellos lugares suelen ser otras. Sus cuerpos cambiaban de mujeres hermosas a niñas o adolescentes: cuerpos muy tiernos, muy delgados, muy frágiles. Vistos como obras de arte, que a lo lejos suelen ser bellas pero que al acercarse se pueden ver las pinceladas y los trazos toscos. Así eran todas aquellas mujeres que había conocido, sin embargo aquella chica se veía diferente. Su piel de porcelana lo seguía siendo aún al estar a centímetros de ella. *Barbie superstar* —pensé. Sus pies diminutos, perfectos, sin una sola impureza como suele haber en esa parte del cuerpo. Sus pezones de fresa que pudimos ver en su rutina del bar. Puta de lujo. Pero

simple estrella de putero. ¿Quién era yo para juzgarla? No sabía lo que le había llevado a colgarse esa vida. Todas tenían una vida similar, llena de violencia, de carencias y explotaciones. Luisa, por ejemplo, huyo de su casa; probablemente la tía le pegaba o quizás el primo la manoseaba y quizás hasta el tío entraba a su habitación y la obligaba a tener relaciones. Ella se hartó de dar sin recibir y optó por lo siguiente. No sé. Ximena tendría una historia, quizás el novio la había hecho abortar y huyó de su vergüenza o posiblemente la madre la obligó entrar al negocio, o el hermano, o el padre, qué se yo. Ella estaba recostada justo frente a mí, tan bella y yo pensaba en su vida pasada. Los problemas ahora eran mayores. No podía volver a mi casa; probablemente me estarían esperando y lo importante era resolver el caso, ya no para el tipo que me había contratado sino para dejar libre a Ximena. Antes del café ya había cambiado de bando y de casa aquella noche.

—¿Quieres saber de la joya? —me dijo inesperadamente ¿Qué es lo que quieres saber?

—Bueno, antes que nada no quiero que te preocupes, créeme que no te entregaré a nadie, sólo quiero recuperar la joya y entregarla al tipo para que deje de molestarte y molestarme —le dije para agrandar su confianza.

—La joya la encontré justo el día que mataron a Luisa. No la robé ni tenía intenciones de hacerlo. Fue un impulso pues la tenía en la mano cuando esos tipos entraron y yo me escondí. Tomé mis cosas junto con la araña por instinto, no sé. Luego cometí otro error pues tomé no sólo la joya — probablemente pude haberme librado de todo, pero tomé el estuche—, entonces se dieron cuenta de que estaba ahí. Vi el cuerpo de Luisa en la azotea, luego me escondí hasta que por fin se fueron. Bajé después de unas horas y me di cuenta que también habían matado a Román, el chofer, después cogí un taxi y me fui del lugar. Desaparecí con mi madre dispuesta a formar un nuevo negocio, tomado del que me había dejado Luisa, pero al parecer estos hombres se encargaron de llamar a cada uno de los clientes que tenía, ya que se habían quedado con su celular y pues no pude seguir. Me escondí hasta ahora, que dieron conmigo; y la joya... la tengo guardada. Jamás la pude vender, me trajo aún muchos problemas, más que dinero. Te contaré todo desde el principio. —Y lo hizo con una larga historia que iba desde su

niñez hasta el día de la muerte de su madre, luego continuó...

## BARBIE SUPER STAR

Cómo ya te he dicho, huí del lugar, luego fui por mi madre y lo poco que teníamos: mis ahorros de todo el tiempo que trabajé con Luisa. Llevaba también conmigo la viuda negra como amuleto de mala suerte, y estuve a punto de deshacerme de ella, cuando la llevé con un buen joyero, pues en cualquier lugar... con cualquier otro me hubieran dado algo infinitamente inferior al precio real. Cuando regresé al departamento para ofrecerlo y venderlo observé que la puerta estaba forzada. En las paredes estaba escrito: *Devuelve la joya, puta*. Imagínate como salí de ahí. Las personas que lo comprarían se echaron para atrás. Poco después lo vendí y pude comprarme otro mejor que aquella pocilga. Yo tenía algunos teléfonos de los clientes de Luisa, así que durante las primeras dos semanas me fue bien, sin embargo algo pasó pues dejaron de contactarme. Supuse que los tipos habían llamado del teléfono que se habían llevado y desde allí hicieron algo para asustar o prevenir a los clientes. No me quedó de otra que terminar trabajando en lo más bajo, bueno, quizás lo más bajo sería andar de puta de banqueta.

Como tenía la joya con todo y estuche un día me fui súper arreglada, con gafas y mascada en el pelo a buscar una prestigiosa joyería. Me veía muy elegante así que pensé que no podrían sospechar que la joya no era mía. Entré, observé y me dirigí con una señorita. Le pedí que la valuaran. La señorita la inspeccionó, con un lente que se colocan en el ojo, y me miró. Me pidió que la esperara. En un momento salió un tipo calvo con un gorrito sobre la cabeza. Me saludó, vio la araña y me preguntó de dónde la había sacado.

Yo ya había ensayado todo ese rollo de las preguntas, así que le di una respuesta rápida y sin dudas. Le dije que lo había heredado mi madre, que mi abuela se lo había dado antes de morir y luego aquella me lo había dado a mí, pero como odiaba a las arañas quería venderlo. Me preguntó la cantidad que quería por la araña, yo argumenté que a eso iba, a que la valuaran no a que me hicieran ofertas y les arrebaté la joya. Con todo y mi grosería de haberle arrebatado el prendedor me ofreció doscientos mil pesos en efectivo. Me dio miedo que lo soltara así, de chingadazo, así que le dije que no. Salí y me dirigí a otra joyería. La mayoría me ofreció dinero en efectivo, algunos me ofrecieron hasta un millón no obstante nadie me dijo el valor real de la joya. Así que pensé que podría valer mucho más. Me metí a un café Internet a investigar sobre lo que estaba escrito en el estuche que juraba era francés, pero averigüé que estaba equivocada. Era un joyero ruso y para no hacerla más larga, algunos de sus joyas, incluyendo un huevo, estaba valuados en un millón de dólares. Yo vi más hermosa la viuda negra que el huevo que se apreciaba en la foto de *Wikipedia*, por eso nunca la volví a ofrecer. Un día en la desesperación de necesitar dinero (todo lo había invertido en mi departamento y un cochecito), decidí venderla de una vez por todas y fui de nuevo con quien más me ofreció. Cuando llegué me miró la persona encargada, que era una chica e inmediatamente llamó, imagino que al dueño. Se me hizo raro pues ni siquiera les había dado la joya para que me hicieran nuevamente una oferta. El señor que traía el gorrito en la cabeza se hizo presente y llamó frente a mí a alguien por teléfono, colgó y luego trató de detenerme. Salí como loca del lugar. Ya para entonces me había teñido el cabello como lo traigo ahora, pero por si las dudas usaba peluca cuando salía y la traía ese día junto con unos lentes de sol muy grandes. Rubia la peluca y grandes los lentes. Cuando salí y me escondí entre la gente me quité con calma ambos accesorios y los tiré. No pudieron detenerme, así que guardé la joya. Era mi perdición sin embargo no podía deshacerme de ella.

Tenía la tarjeta de un chico con el que había estado una noche antes de que mataran a Luisa, él había sido mi último cliente con ella viva. Me había dado su tarjeta porque se había enamorado de mí. Lo llamé. Nos vimos y le conté la historia, claro, omitiendo lo de la joya. Me prestó cinco mil pesos —

bueno, eso de me prestó está mal expresado—, me cogió por cinco mil pesos. Tres horas estuve con él, y lo peor de todo fue que cuando estuve con él, la primera vez, se portó como un caballero. Bueno, no sabría muy bien cómo son los caballeros pues puro patán me encuentro, sin embargo se portó lindo. Como vio mi necesidad le salió lo patán, lo perverso y sádico. La última hora empezó con el juego de imaginar que me estaba violando, después se puso violento y me empezó a jalar bruscamente; al final —cuando estuve sobre él—, comenzó a golpearme, primero con cachetada y al final me dio un golpe con su puño izquierdo que terminó por dejarme noqueada. Aún así siguió, pero ya abusando de mí. Cuando desperté estaba sola en la habitación. El dinero estaba en el tocador y yo me sentí dolorida de todos lados. Me dolía el ano, así que sabía que me había violado por ahí el muy cabrón. Y yo sin poder defenderme. Durante unos días estuve sangrando por esa parte de mi cuerpo, ni podía sentarme siquiera. Todo lo que no quería que me pasara en la vida, después de haber visto a mi madre sufrir de esa manera, me estaba pasando. Al final el dinero fue para las medicinas de mi mamá y yo tuve que reposar hasta que una vez más se acabó. Después pedí trabajo en un table dance y pues ahí estuve hasta hoy que me encontraron. Cinco semanas de miedo, padeciendo nuevamente de todo y viendo muerte tras muerte ¿Qué sigue ahora? Mi madre ha empeorado. La maldita artritis, luego insuficiencia hepática, úlcera gástrica. De todo, de todo. Dime si se puede vivir de esa manera. Lo peor no es eso, lo peor es tener algo, como la maldita viuda negra, con lo que podría vivir bien, poniéndote un negocito con el dinero que podrías obtener vendiendo la joya. Es tan cara, además me dolería casi regalarla por menos de su valor real. Un día me ofrecieron una pintura de un tal José Luis Cuevas y un Botero. Como yo no sé nada de eso me ofendí al escucharlo. Pensé que me querían dar espejitos por oro, y a lo mejor sí, pero yo no me aventé a hacer el cambio. Sólo necesitaba aguantarme unos años chambeando para sobrevivir, luego vendería el prendedor ya que se hubieran olvidado de mí.

No creas, todas las noches pensaba en Luisa y el porqué de su muerte. Sabía que era por culpa de la joya. ¿Acaso no hubiera sido mejor que esos sujetos se la pidieran y todos en santa paz? Sí, era muy fácil. Ya estaban con

ella y por un descuido yo se las chingué. O sea que quizás había sido algo más, no obstante nunca lo sabremos. Estaba tan agradecida con ella que sinceramente me hubiera gustado despedirme. Era mi ejemplo. Pensaba que quizás algún día podría ser como Luisa, y viéndolo así, prefiero esta vida que terminar como ella, asesinada.

La veía ir y venir sin preocupación alguna a donde fuera. Y de ropa... Dios, la mejor y más bonita, qué te puedo decir de sus zapatos.

Muchas veces vi a los clientes en su casa, mientras ella salía dejándonos ahí con toda confianza. Siempre pensé que se iba, no sé, al cine o a ver más clientes, pero llegaba siempre puntual, después de una hora. Si yo hubiera sido ella me hubiese quedado en la sala o en la cocina o no sé; creo que le daba cosa escuchar tantos gemidos y gritos. Entonces, pues pensaba que se iba, pero puntualita estaba ahí para ver salir al cliente, siempre en la puerta. Yo creo que se la pasaba con algún vecino, o se iba a la azotea a ver la ciudad. No creo que se hubiera quedado con el señor Román a platicar, ¿verdad?

¿Qué más quieres saber? Mejor dicho, ¿qué más te puedo decir? Tenía clientes políticos pero los que más me gustaban eran los que estaban involucrados con el cine, la radio o la tele. Esos me ofrecían todo: un papelito en una telenovela, un comercial, ser la estrella de su próxima película. ¿Qué tanto apuntas en esa libreta? Bueno, eso era al principio, antes del sexo, después... con permiso, ahí nos vemos. Puros cuentos para excitarse o excitarme o pensar que en verdad eran poderosos y muy hombres, no sé. Eso sí, había veces que halagaban tanto mi belleza que me sentía una diva, una súper star. Al final siempre tenía que volver a la realidad: Iztapalapa, mi colonia, mi unidad, mi madre.

Imagino que has escuchado mejores historias, que en verdad te duelan, pero de este lado la verdad es otra. Tú me podrás contar tu vida y yo seguir viendo la mía como la peor tragedia, por eso te pido que no me abandones ahora y que me des tu palabra de que estoy segura contigo, que por fin me dejarán ya en paz esos tipos. Me lo has repetido muchas veces en este tiempo que hemos estado juntos y quiero confiar en que lo harás, sin pedirme nada a cambio, bueno, sabes a lo que me refiero. Yo te daré la joya y tú sabrás que

hacer con ella, yo lo único que quiero es estar ya tranquila. ¡Prométemelo!  
No sé qué va a pasar después conmigo, contigo ni con tu amigo y menos con  
el tipo ese, sólo quiero dormir para ir mañana por la joya y ver a mi madre  
que ha estado muy enferma. Es todo lo que tengo que decirte.

## PESADILLAS Y DUERMEVELAS

Después de haber pasado la noche en vela pensando en lo que había ocurrido el día anterior y que se prolongó hasta la madrugada escuchando la historia de Ximena (la rubia platino), busqué a Felipe en la habitación. Lo encontré sentado al filo de la cama, vestido y con la mirada perdida. Sus ojos, que estaban hinchados y rojos, mostraban que la había pasado mal por haber matado a aquel hombre la noche anterior. Traté de hablar con él, pero parecía inútil. Lo recosté para que descansara. Salí para buscar al cómplice. Felipe le había puesto cinta alrededor de la boca para que no pudiera hacer ruido y así lo encontré, con la cabeza baja, las manos atadas atrás del respaldo de la silla y los pies a las patas. Lo tomé por el cabello para que se despertara aunque al parecer la cinta lo había asfixiado. Estaba muerto. No podía decírselo a Felipe ya que se pondría peor, así que fui al coche, abrí la cajuela, regresé por él y lo coloqué ahí. Subí y le comenté a mi anfitrión que descansara, que me llevaría al cómplice y a la chica a otro lugar. Se cubrió la cabeza a la altura de la nariz y cerró los ojos. Bajé y desperté a Ximena. Nos fuimos rumbo a la ciudad. Antes de salir de aquella zona rural busqué un lugar donde abandonar el cuerpo. Así lo hice sin que mi acompañante lo notara. Al subir le pregunté cómo se sentía. Con hambre —me respondió mientras veía por la ventana. ¿Qué fue lo que tiraste allá atrás? —me preguntó sin mucho interés. Nada, sólo basura. Conduje hasta acercarme más a la ciudad y pronto me encontré con el SANBORNS donde hacía unos días había visto a Felipe. Me dirigí hacia

el lugar para desayunar. Conduje hasta el estacionamiento que se encontraba en el sótano y pasamos por los contenedores de basura donde había tirado mi cuaderno unos días antes, sólo los miré y seguí mi camino acompañado por Ximena quien se veía un poco mejor. Pedimos el desayuno, pero me levanté con la excusa de ir al baño, mentía, iba a los contenedores para tratar de rescatar la libreta. Corrí con suerte. Aún estaba ahí entre todos los papeles; me sentí feliz. Fui al baño y me lave, también limpié el cuaderno. Regrese a la mesa y me encontré con la chica comiendo mientras mi desayuno ya se enfriaba.

¿Qué haremos ahora? —me preguntó sin dejar de sorber la leche, pero mirándome a los ojos. Iremos a mi departamento y tomaremos un baño, luego por el prendedor y esperaremos a que sea lunes para dárselo al tipo que me contrató, eso nos libraré a ambos de todos estos problemas —le comenté.

—Aunque tengo que hablar con él para exigirle me pague más de lo acordado y por adelantado, digamos lo de tres meses. Además de exigirle una explicación sobre mandarme matar. Si no cumple no habrá trato y no le daremos la araña.

—¿Qué obtendré yo a cambio?

—A parte de tu libertad... te daré la mitad del dinero que él me dé y la otra mitad será para Felipe. (Ya se me empezaba a ocurrir que, después que me pagara me quedaría con la joya como pago de las lesiones físicas, psicológicas y morales: mías, de Felipe y Ximena; en ese orden).

No dijo nada más y yo empecé a hojear mi *little black book with my poems in*, hasta dar con la última página escrita. Ya en ella eché una ojeada para encontrar lo más importante que me había contado antes de dormir. ¿Qué es lo que dice ahí? —me preguntó. Son mis apuntes, las cosas más trascendentes del caso —le respondí sin verla. No, eso no, lo que dice en inglés, en la portada —me señaló. ¡Ah!, pues en una canción de Pink Floyd, del álbum *The wall*, llamada *Nobody home*, tenía la costumbre de nombrar mis cosas con nombres de canciones o parte de su letra —le conté—, luego me pareció ridículo y cursi todo eso y lo dejé. Lo único que conservé, o mejor dicho, que encontré fue esta libreta con unos poemas escritos. La portada ya estaba bautizada. ¿Y qué quiere decir? —me preguntó. Tonterías, no importa

—le respondí mientras encogía los hombros. Me dijiste ayer que pensabas que Luisa posiblemente podría tener otro departamento. ¿Crees que sea verdad? —la cuestioné.

—Posiblemente, aunque nunca me habló de él, ni la vi salir de ninguno, pero era tan puntual que yo suponía que estaba con algún vecino o tendría otro depa. Además la escuchaba bajar y no subir. Tú sabes que los tacones no suenan igual cuando haces una u otra cosa.

Mi mirada se clavó en la chica tomando su café con leche y mordiendo de vez en vez su bizcocho, mientras yo pensaba que efectivamente tendría un departamento y que la llave que poseía era de él. Tienes que apurarte, tenemos que irnos —le dije mientras pedía la cuenta. Salimos y nos dirigimos a mi departamento para que pudiera arreglarse y tomar un baño. Yo haría lo mismo. Mientras llegamos a mi edificio y me estacionaba, miré hacia arriba para ver mi piso y noté algo extraño. Las cortinas estaban descompuestas, atoradas por algún mueble. Regresé al coche y sin asustar a Ximena conduje hasta la siguiente cuadra, donde lo estacioné nuevamente. Era más seguro. ¿No subiremos? —me preguntó desconcertada. No, es preferible ir a otro sitio; quizás nos están esperando. Quédate aquí y no salgas —le ordené. Rodee la cuadra para llegar por la calle que estaba al costado de los departamentos, no por la avenida principal y entrar de ese lado. Subí sigilosamente y me paré frente a la entrada con mucho cuidado de no hacer ruido. Pegué mi oído a la puerta, sin embargo no escuché nada. Me recargué en el muro, con un pie en la escalera e introduje la llave. Una descarga de disparos se hicieron sonar y la puerta se llenó de agujeros. Bajé las escaleras con pistola en mano por el estruendo y esperé en el descanso a que salieran a confirmar mi muerte. Se abrió la puerta y salió el hombre que siempre acompañaba y protegía al tipo que me había contratado. Le disparé dos veces seguidas, en el pecho y estómago, con rapidez. Subí cuidadosamente y me asomé al departamento. No había nadie más. Todo se encontraba tirado. Busqué lo más importante, entre otras cosas ropa y me largué. Llegué al coche y vi a Ximena leer la revista dónde estaban los cuentos muy entretenida. Me vio apurado y nervioso. No podemos volver ahí —le dije. Me cambié como pude la ropa ensangrentada y sucia que traía ahí mismo, en el

coche. Teníamos que buscar otro lugar para quedarnos. Busqué un centro comercial con estacionamiento subterráneo para dejar el coche y salir por las tiendas sin ser vistos. Así lo hice, mientras la chica me preguntaba que había pasado. Nada, es sólo que había un hombre en mi apartamento y me disparó, pero terminó muerto. No podemos volver ahí jamás —le expliqué. Caminamos por algunas tiendas y salimos del centro comercial hasta subir a un taxi y dirigirnos a un hotel. Tenía que ser uno alejado del centro de la ciudad y donde hubiera más gente que en uno de paso. Le pedí al taxista me llevara a la avenida Tlalpan. Nos dejó en la estación Chabacano del metro y nos transbordamos en él. Habían pasado años para que yo volviera a subir a un convoy anaranjado. La gente miraba a Ximena por su belleza delatadora: alta, elegante. Aún después de la mala noche seguía estando radiante. El que puso precio a tu cabeza —le dije con exageración a la belleza que portaba—, me ha pagado muy poco. Torció la boca en señal de que estaba riendo y luego me contó una historia sobre algún hotel que vio y que estaba seguro ya me había contado. Las puertas del convoy se abrían y cerraban en cada estación y ella seguía contando su vida, sin parar y recargada en mi hombro. No le puse atención, sin embargo movía mi cabeza afirmativamente cada que ella me miraba; yo, por otro lado, buscaba un hotel. Llegamos a General Anaya y nuevamente comenzó a contarme fragmentos de su vida de hechos que le habían pasado en ese lugar; una vez más sabía que me había narrado ya todo aquello y mientras ella lo hacía yo divagaba y buscaba un lugar seguro. Aborde otro taxi que me llevó al hotel *Real del Sur* donde por fin pudimos llegar con tranquilidad. Eran ya las tres cuarenta y cinco cuando nos registramos. Tomé un baño y luego lo hizo ella. Mientras me vestía pude verla salir y despojarse de la toalla para cubrirse con la bata. Desperté de mi embrujo y seguí con lo que hacía. Quédate aquí y no hables con nadie. Yo regresaré en un par de horas y luego iremos por la joya. Aceptó, se levantó para acompañarme a la puerta y me beso suavemente en los labios. No podía pedir más de Ximena; había prometido cuidarla, e ir más lejos significaba ser la persona que fui y no la que ya era, pues desde ese día mi vida había cambiado en la rueda, tómbola o ruleta, y no sería más el hombre de la noche anterior sino una persona totalmente diferente desde las primeras horas de la

mañana de este día. Salí con una sonrisa y lamiendo mis labios. Podía confiar en que no se marcharía. Llamé a Felipe para ver cómo se encontraba, pero no contestó. Lo primero que hice fue regresar por mi coche y después ir al edificio de Luisa para corroborar si era la llave o no de algún otro departamento. Dejé mi auto justo frente al *Black Horse* y caminé la cuadra con mucha precaución. Mientras andaba por el lugar buscaba cualquier coche o camioneta sospechoso, mas no noté nada extraño. No quise abusar y gastar aquella fortuna que tenía hasta el momento, así que fui directamente a la escalera de incendio, la trepé y subí hasta la ventana del apartamento de Luisa. La había dejado sin seguro aquella última vez. No noté nada extraño así que salí del departamento por la parte de las escaleras principales no sin antes introducir la llave en la chapa de ese departamento. No correspondía. Revisé el número del departamento: 202B. Salí y subí las escaleras principales buscando el 206A, pero no logré encontrarlo. No existía, no estaba en la numeración de los otros pisos. Regresé a la planta baja, pues era el único lugar que me faltaba por revisar. Bajé: 001A y 001B; en frente: 002A y 002B. No tuve suerte y empecé ahí mismo, nuevamente, a buscar algo en cada puerta de apartamento que me diera señales para dar con el piso correcto. Planta baja, luego primer piso, segundo, tercero... hasta que llegué al último: 601A y 601B ¡Nada! Miré las dos últimas puertas maldiciendo: 602A y 602B No existía esa numeración en todo el edificio así que maldije a Luisa. ¿Dónde diablos está el 206A? —pensé. ¡Por supuesto, frente a mí, sólo que al revés: 602A es 206A! —me dije ya en voz alta. Lo hizo más difícil Luisa al escribir los números al revés. Introduje la llave y esta giró fácilmente. Entré con mucha precaución, mirando hacia los otros apartamentos para saber que nadie me viera entrar y con pistola en mano. El lugar estaba oscuro porque las gruesas cortinas impedían que se filtrara la luz del sol. Esperé a que se dilataran mis pupilas en la oscuridad hasta que pude distinguir las formas de los objetos: mesas, sillas, sillones, cuadros. Encendí la luz y pronto se hizo visible todo. Fotografías de gente extraña, algunas con Luisa otras no. El lugar parecía decorado por alguien de otra década. Como sabía que nadie me encontraría en el lugar me tomé mi tiempo, tranquilamente, para revisar todo minuciosamente sin dejar pasar

absolutamente nada. Revisé cuadros, fotos, floreros, jarrones, vasos, tazas; cada rincón. Reconocí a algunas personas en las fotografías que colgaban de la pared y otras más en los muebles: políticos y actores retratados no con Luisa, sino con otra mujer. Recordando lo que me había platicado Liliana sobre Luisa y quien las reclutó, me imaginé que la mujer de las fotos era la primera madrota que murió (o asesinaron. Ya no sabía qué pensar) y que dejó como herencia, a la otra muerta, su negocio. Luisa, astutamente, compró otro departamento como pantalla o simplemente para conservar éste. Sólo especulaba. Había revisado ya la sala, el comedor, y hasta la cocina sin embargo no había encontrado, aún, nada. Revisé el primer cuarto por todos lados. No encontraba nada que pudiera esclarecer la muerte de Luisa. Sabía que no era necesario seguir investigando, pues ya había dado con lo que se me había solicitado, pero tenía el presentimiento que podía ampararme con la información que de ahí obtuviera en caso de que quisieran buscarme, además de algún dinero o algo más de valor que no me vendrían mal. Quité el cuadro que se encontraba en la cabecera de la cama y encontré por fin una pequeña caja fuerte. Noté que el muro era falso, es decir: habían recorrido el muro y disminuido, obviamente el tamaño original de la recámara. Todo se había hecho para albergar ahí la caja fuerte. Busqué mi libreta y saqué los números. Empecé por el orden como lo había encontrado: +13, -08, +02, -10, +05, -01. No se abrió. Enjugué el sudor que recorría mis sienes, frente y nariz con las mangas de mi saco. Lo volví a intentar pero ahora empezando por el -01. Tampoco se abrió. Pensé que me haría falta Felipe para que resolviera todo de una maldita vez. Me senté en la cama tratando de calmarme. Revisaba los nombres y el orden en que se encontraban los números, entonces pensé en ordenarlos por fecha de nacimiento. Empecé: -10, +13, -08... Cuando giré el último número la puerta de la caja se abrió. Sólo necesitaba tres, así que pensé en que habría otra caja escondida, no obstante antes de buscarla miré lo que había dentro de la que ya tenía abierta: Me quedé perplejo de lo que encontré: cuarenta y un paquetes o fajos de diferentes denominaciones, todos en pesos mexicanos: dos millones quinientos cincuenta mil pesos. Todos los paquetes tenían cien billetes no importando la denominación: dieciséis paquetes de mil, quince de quinientos y diez de doscientos. Sonreí de lo que

me había ganado. Los puse en la cama mientras veía qué más existía en el interior de la caja fuerte. Los papeles de ambos departamentos, los dos a nombre de Luisa Georgina Magón Díaz. Y unos discos compactos. No podía imaginarme que ese dinero fuera de la prostitución, aunque probablemente era la causa de su muerte. Metí todo nuevamente y cerré la caja. Sólo me llevé los papeles y los compactos, pues con ellos podía decir que los dos departamentos eran míos y quizás hallaría algo en aquellos discos, así nadie podía llevarse nada. Busqué la otra caja, pero en el cuarto no había otro lugar en aquella pared donde pudiera guardarse. Me di cuenta de que también era la pared del otro cuarto. Eché un vistazo y me encontré con el cuadro y la caja, un poco más grande. Empecé con la combinación de la misma forma que lo había hecho con la otra. El procedimiento era de mayor a menor. Entonces noté una incongruencia los dos signos positivos se encontraban uno después del otro. Comencé entonces de nuevo, pero esta vez escogiendo uno de los dos positivos, el menor, y luego el negativo y por último el positivo: +05, -1, +08. La caja no se había abierto como la otra debido a que era de manija, así que la jalé hacia la izquierda y esta se abrió suavemente. Ya no podía sorprenderme nada después de ver el dinero en la otra caja; primero la cuenta en el banco y ahora esto. La vida me volvía a sonreír y si no tomaba todo aquello de la mejor manera, probablemente me hundiría como la primera vez. Dentro de aquella caja encontré dos pequeñas cajas llenas de joyas: Cadenas, dijes, arracadas broqueles, pendientes, esclavas, dorsales, anillos, perlas; algunas piezas de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Una de las cajas tenía un fondo falso. Pude abrirlo y saqué una pequeña bolsa de terciopelo, inmediatamente me imaginé que había Diamantes o rubíes; efectivamente había muchas piedras de esas y de algunos otros colores de los cuales ignoraba lo que eran. Todas del tamaño de la uña del dedo pulgar de una mujer promedio, ¡eran muy grandes! Después de guardar las joyas nuevamente busqué en el interior y vi dos sobres amarillos tamaño carta; en el primero había muchas fotos del presidente y de otros tantos políticos retratados con Luisa. Había hasta desnudos de todos, es decir, teniendo relaciones sexuales. Miré las fotos con detalle y me di cuenta que no era la misma recámara, ni la misma cama, ni los mismos muebles, así que estaba

seguro habían sido tomadas en un cuarto del departamento de abajo, en el que habitaba Luisa. Pero la toma era rara, parecía que la habían hecho desde la pared, justo sobre la cabecera de la cama, del lado derecho, o izquierdo, si la veía de frente. Bajé al departamento, busqué el ángulo de la toma y noté en la pared que había una lámpara a cada lado de la cama, pero muy arriba. Quité la que me parecía correcta para tener la cámara y noté que efectivamente ésta se encontraba ahí, quizás era activada a control remoto. Así que lo que hacía Luisa era fotografiar a celebridades y luego extorsionarlas, o simplemente cuidaba su vida con esas fotos y filmaciones como escudo, aunque de nada le valió —pensé. Subí una vez más, al otro apartamento, y guardé las fotos para sacar las del otro sobre: lo mismo, aunque esta vez con la otra chica, las fotos parecían amarillentas, tomadas en los años setenta y ochenta; efectivamente los políticos eran de esa misma época sólo que no vi a ningún presidente, aunque sí a «El negro», Vaca y otros más. Las fotos no eran del apartamento de abajo sino del lugar donde me encontraba. Levanté la mirada y vi las dos lámparas similares: subí a la cama para encontrar la cámara, pero no había nada. Guardé todo, y me llevé las fotos más nuevas. Acomodé las camas, los vasos, los cuadros, los jarrones, en fin, todo ordenado otra vez. Salí de ahí con mucho cuidado y me dirigí al departamento de abajo otra vez para ver los discos en el reproductor de video pues en aquél lugar no había uno. Los videos que se encontraban ahí eran la versión en video de las fotos, sin embargo al continuar observando aparecía el Secretario de Gobernación obsequiándole un estuche color beige a Luisa. Lo abrió y luego sacó el prendedor de viuda negra. Se lo colocó en la blusa mientras le decía que se veía hermoso en ella. Luego se besaron, desnudaron e hicieron el amor. Adelanté la grabación. Los vi vestirse y mientras lo hacían le comentaba el Secretario que había sido un regalito del Chapo, pero que ahora era de ella. La besó de nuevo. Aparecía una y otra vez dejando y llevándose dinero. Al parecer la casa de Luisa era el lugar de intercambio. Muchas veces aparecían hombres y le dejaban un portafolio; se iban y llegaban políticos y se lo llevaban (entre ellos el mismo Secretario). Así que eran pagos de narcos y otras personas que les hacían, y el lugar de transacción era allí. Así vi cinco compactos, unos con las videograbaciones y otros con grabaciones de

llamadas: contándoles cuánto recibiría y a quién tenía que recibir para dárselos. Había llamadas en las que Luisa ya pedía que no se volvieran a realizar los pagos ahí, que su casa era un putero, no un cochinerero, mientras la voz del otro lado de la línea la amenazaba: Mira Luisita, hasta que yo lo decida se acaba, así que deja de estar chingándome —le respondía—. Comparé las voces con las del Secretario; resultaron ser las mismas. En el último compacto hay un video en el que después de tener relaciones le pide el prendedor. Él le dice que ha investigado y que vale dos millones de dólares por ser una joya de colección. Me quedé sorprendido. No lo tengo ahora aquí, lo tengo en una caja de seguridad donde también guardo mis joyas —le dijo Luisa. El tipo se enfada y la empieza a golpear con reveses y jalones de cabello. A más tardar quiero la joya el martes —le dijo, y luego añadió. Voy a salir de viaje con el Presidente, así que regreso el lunes en la noche. El martes quiero la joya, cabrona, o ya verás. En ningún video se aprecia a Ximena o a otra persona. Al parecer nadie sabía que Ximena trabajaba para Luisa —pensé. Se acabó la grabación del video y comenzó otra. Era una declaración de la chica donde explicaba pagos a ciertos políticos y de quienes venían. También explicaba las amenazas del Secretario, las gratificaciones que le daban y también quién se las daba, que mayormente venían de narcotraficantes conocidos. Esa fue el último video. Salí del apartamento y regresé al hotel. En el camino pensé en el poder que tenía en mis manos. Se me había contratado para no dejar huella ni involucrar a otras personas de la policía y del gobierno; con la «Operación Limpieza» que se había realizado años atrás nadie quería ya hacer trabajitos. Yo fui la carne de cañón. Al principio se me hizo el pago, pero estaba contemplado deshacerse de mí cuando diera con la chica. Pensé en la joya y su valor. Tenía Ximena en su poder dos millones de dólares. Podía largarme con ella a cualquier país y vivir tranquilamente sin carecer ya de nada. Podía extorsionar a esos políticos corruptos y amenazar con enviar la información y los videos a todos los medios si no me daban alguna remuneración. No seas tonto —pensé—, necesitas eso para protegerte, y con el dinero que ya tienes en el departamento, con la cuenta, tu pago y la viuda negra es más que suficiente. No comiences a ambicionar más, porque te puedes quedar sin nada. Le darás

a Felipe lo que le saques a la persona que te contrató y a la chica le ofrecerás una nueva vida, ¡si! Tú la cuidarás y cuidarás de su familia. Ya ha visto que eres capaz de dar hasta la vida por ella. Seguramente nadie lo había hecho antes, ni se había portado así como tú, sin querer recibir nada (sexo) a cambio. Todo es cuestión de que hagas un poquito más larga la estadía con ella para que logres enamorarla. Le dirás que hay que esconderse un par de días más, pues has investigado que la buscan por todas partes y que tú también ya eres parte de esa búsqueda. Probablemente sea verdad, pero tú te beneficiarás pues ella confía en ti, sabe que la protegerás, que contigo está segura. Lo importante ahora es ir por la joya, luego planear como atraer al gordo que te contrató para pedirle el dinero a cambio del prendedor. Le dirás que sabes muchas cosas de quien lo ha contratado a él, porque ahora ya sabes que es un intermediario. Doscientos mil, y la joya será de él una vez más, o de quien tenga que entregársela. Aún falta para que lo veas el lunes, pero seguramente ya está enterado de la muerte del hombre que envió a mi piso, que también era su guarura. No le quedará más que aceptar. Ni modo que vaya y diga que ha fracasado; seguramente también teme por su pellejo. Aceptaré, estoy seguro. Ese dinero se lo daré a Felipe, quizás le saque provecho y deje esa idea de querer inscribirse en la academia de la policía. No, tal vez ya se le habrá salido después del susto de ayer. ¿Cómo estará? Venderé ambos departamentos y obtendré una buena ganancia. Quién lo diría, rentando todos estos años y ahora con dos pisos en un mismo edificio. Se me ocurre que con los papeles que tengo de los dos inmuebles podamos sacar la firma de Luisa para falsificarla. Sí, lo tendrá que practicar muy bien Ximena, para que luego vaya al banco a sacar el dinero. Una credencial falsa del IFE de Santo Domingo y listo, Ximena igual a Luisa. Ya con el dinero podremos abrir una cuenta a nombre de ella dónde depositar todo ese dinero de la cuenta y el que se encuentra en el departamento.

De Ximena no saben nada, así que pasará desapercibida, pero si yo abro una cuenta inmediatamente pueden localizarme. Mejor transferiré el dinero directamente a una cuenta que esté a su nombre sin necesidad de falsificar nada. Yo tengo todas las claves. No será difícil. Yo abriré una cuenta más pequeña, con unos cien mil pesos para sacar la visa y largarnos. Bueno, pero

todo con calma. Si no puede que cometamos un error y todo se vaya al carajo.

Llegué al hotel a las ocho y cinco de la noche, me había retrasado mucho tiempo y probablemente Ximena estaría preocupada. Subí a la habitación. La busqué para contarle todo, sin embargo no estaba. Empecé a preocuparme de no volverla ver. Me recosté y esperé a que llegara pero me quedé dormido. A las seis de la mañana me desperté. Me dirigí al baño, oriné y cuando me lavaba las manos vi que en el espejo del lavabo estaba impreso un mensaje en carmín: Llamé a mi madre, está grave. Estoy en el hospital. Firmado con un beso. Me dirigí al lugar y ahí pude verla. Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos, sin embargo habían dejado sus estragos. Me contó todo: El médico, la muerte, las enfermeras, el anfiteatro, la caja, las cejas. Cargaba las cenizas en un florero; se me hizo extraño, pero no me atreví a preguntar sobre el recipiente que contenía lo que restaba de su madre. Estaba devastada, luego me confesó que después de todo se sentía libre por ver a su madre partir ya que era quien la ataba, pero no por ello se sentía de ese modo, sino porque por fin se había liberado ella, su madre, de todos los males que la aquejaban y sus recuerdos y lo cruel y duro que pasó la vida. Me contaba todo cabizbaja. La abracé y besé su frente. La muerte la ocupó ese día y parte del día anterior; trámites y otras cosas la hacían ir y venir por el hospital. Al final se incineró el cuerpo. No podía pedirle en ese momento a Ximena que fuéramos por la joya, me escucharía frío e insensible. Volvimos al hotel. No comenté nada hasta verla mejor. Toda la tarde había dormido. No salimos de la habitación, y empecé a desesperarme; cuando ensayaba las palabras para pedirle ir por la viuda negra sin escucharme ofensivo, se levantó y me pidió que fuéramos en ese momento por la araña. Estás segura —le pregunté aparentando preocupación por su estado—, ¿no crees que es mejor que esperemos más tiempo para que te sientas ya recuperada (esa era mi oportunidad para intentar flirtear con ella, siendo cortés y caballeroso)? No te preocupes, mi amor —me dijo—, te he dicho que las dos nos hemos liberado una de la otra, cada quien a su manera. Ya es de noche y creo que es el mejor momento para ir por el prendedor —agregó. Por cierto, ¿qué ha pasado con tu amigo? —me preguntó extrañada. ¿Cuál amigo? —me había olvidado por completo de Felipe—, ¡ah! Pues precisamente estaba pensando en marcarle

ahora. Tomé el teléfono y llamé mientras ella abría las llaves de la tina; se desnudó frente a mí, me dio un beso en la mejilla y se encerró en el baño. Mi corazón latía mientras tanto en la línea ya se escuchaba una voz que con insistencia decía: ¡bueno!, ¿quién habla?, ¡bueno! Desperté de ese trance que duró un instante y que había sido desvanecido por la voz llamando. ¿Felipe? —pregunté.

—Sí, ¿Cómo estás, Joaquín? Pensé que te había pasado algo o te habías olvidado de mí.

—Tuve unos problemas pero ya está todo bien. ¿Cómo te has sentido?

—Bien, al principio fue duro. Bien dicen que lo más difícil es matar la primera vez, luego ya resulta mucho más fácil. ¿Te he platicado que veo muchas películas?, bueno, pues en una de ellas, *El amigo americano*, con John Malkovich, decía que se tiene que controlar los nervios para que puedas matar... o algo así entendí. Felipe me explicaba pero yo no entendía lo que me quería decir—. El caso es que he controlado ya eso y estoy listo. ¿Cuándo te veo?

—Creo que lo mejor será dejarnos de ver por un tiempo. Te dejaré algo de dinero para que dejes de pensar en la policía de una vez y pongas un buen negocio, ¿ok?

—No seas así, prefiero que no me dejes nada y que me ayudes a entrar.

Para no discutir le dije que vería a un amigo que pudiera echarme la mano, pero que tal vez tardaría un par de meses. Se mostró emocionado y aceptó. Le advertí que de todos modos estaba en deuda con él porque me había salvado la vida y que el dinero era un regalo, aunque seguía debiéndole mucho más que ese dinero. Lo tomó muy bien. Acordamos en que pronto lo llamaría para informarle del dinero y la entrevista con mi supuesto amigo (era totalmente falso lo de ayudarlo con la policía). Colgamos y me recosté, ya más tranquilo, en la cama a esperar a que terminara Ximena de tomar su baño. Tardó más de lo esperado, sin embargo fui paciente. Veía la televisión cuando salió del baño con bata y una toalla enredada en el pelo (no me había dado cuenta de que siempre cargó con dos bolsas, desde el bar, luego a la cabaña y el tiempo que estuvimos en el hospital. Lo había notado hasta ahora. Una era su bolsa donde llevaba todo los utensilios que llevan las mujeres, la

otra contenía una muda de ropa limpia, y la «urna» de las cenizas (además de la revista que había bajado de mi coche). Cualquiera hubiera pensado que ya sabía por lo que iba a pasar y se había prevenido). Me sonrió. Sacó una falda y una blusa. No podría explicar cómo es que no estaban arrugadas, pero así era. Yo disimulé ver la tele aunque en realidad la veía vestirse. Se sacó la toalla y pude admirar nuevamente su cuerpo. Luego se colocó una tanga blanca que definía y contrastaba las caderas de la cintura. Sacó, nuevamente, de la bolsa un par de medias negras; colocó una —deslizándola suavemente— y luego la otra, del mismo modo. Toda la actividad la realizó de pié. Quedó con los senos colgando y estos estaban tan firmes que demostraban su joven edad. Las medias, a medio muslo que hacían conjunto con la tanga, me hacían pensar en la escena de alguna película pornográfica. Estaba muy excitado ya, así que saqué una almohada de detrás de mi cabeza y la coloqué sobre mis pantalones. Se dirigió a mí en ese estado y me preguntó sobre el plan. ¿Cuál plan? —le respondí desconcertado y nervioso por la situación. ¿No has hecho un plan de escape? Ya no podemos estar en la ciudad, tenemos que irnos lejos o nos matarán —me explicó. ¡Ah!, ese plan. Pues en eso estoy —le dije sin dejar de mirarla a los ojos, con la dificultad que eso implicaba ante su pecho desnudo, y su lencería, además de mi excitación. Buscó el juego de la tanga, o sea, el bra y se lo colocó hábilmente por detrás, sin solicitar mi ayuda (yo pensaba que lo haría y que el paraíso estaría en esa habitación). Sacó desodorante y sus cosas para maquillarse. Tenía algo que en cierta forma cautivaba a las personas. No sabía si era su personalidad u otra cosa. No quería ya pensar que era por su belleza. Sería ya muy sexista o machista pensar que sólo eso tenía y por lo cual se basaba en llamar la atención de todos; no, había algo más que se encontraba o en sus ojos, o en sus labios o en sus expresiones... seguía sin saber. Se colocó su blusa y luego la falda. Parecía ejecutiva. Si hubiera usado lentes pensaría que era maestra o licenciada o escritora. Se calzó los tacones y de inmediato rebasó mi altura o así me parecía. Mi metro con ochenta y cinco centímetros me hacían sentir por primera vez enano a su lado. Tomó la secadora del baño y se peinó. Eran ya las ocho con veinte minutos y yo pensaba que probablemente querría quedarse en otro lugar por la manera en que se arreglaba. Me dispuse a

convencerla de que si se quedaba en otro lugar o con otro hombre correría peligro. Terminó por fin. Estoy lista —dijo— (yo la vi tan linda que quería besarla, poseerla, ultrajarla, violarla. Sentía que la odiaba por ser tan viejo y ella tan joven. Sus metas y visiones serían otras si no fuera porque en ese momento nos conjugaba el peligro, sin embargo en otras circunstancias no le pasaría por la mente estar con un tipo que le llevaba casi treinta años). Me levanté en cuanto terminó de hablar, cogí mi saco y salimos de ahí. ¿A dónde vamos? —pregunté. A Xochicalco 459, en Narvarte —me respondió. Tomé División del Norte y me dirigí a la dirección señalada. En todo el camino no dijo nada y sólo acarició mi muslo derecho con su mano izquierda, apoyada en la codera que separaba nuestros asientos. No protestó mi música, ni pidió que pusiera alguna estación de radio, de esas en que se escucha un género llamada grupero. Entonces, le pregunté sobre la canción con la cual subía a la pasarela (no quise decirle al tubo). *¿I feel love?* —me preguntó. ¡Así es! Es muy raro escuchar una canción de los setenta en un lugar así. Regularmente las chicas bailan con canciones que están de moda —le expliqué. Pues la escuché en la casa de Luisa alguna vez y me gustó. Se me hizo muy sexy —me respondió pero después me alertó y señaló por dónde irme—; toma universidad y doblas en el Eje 6 hasta Tajín. Así lo hice con precaución de que no nos siguiera nadie. Luego tomas a la izquierda sobre esa misma hasta el Eje 5 —dijo y yo obedecí, pero seguí espejeando. Otra vez a la izquierda y a la izquierda nuevamente... párate por aquí —me ordenó. Bajé del coche rápido y troté hasta su puerta para abrirla. Le ofrecí mi mano con cortesía y la tomó para bajar. Sígueme, es por aquí —me dijo. Entramos al 459 que se encontraba justo en la esquina del Eje 5 y Xochicalco, exactamente arriba de un laboratorio. Subimos al departamento 101. La tomé por el brazo y le pedí que me diera la llave mientras la colocaba tras de mí. Giré la llave ya con mi WALTHER en la mano y abrí la puerta. No sucedió nada. Entré primero para revisar todo. Entró ella y encendió la luz. No había nada extraño. Sacó una mochila y acomodó algunas cosas como ropa y zapatos. No te preocupes. No te hará falta nada de eso —le dije. Toma los papeles del departamento y ve por la joya. Por lo demás... olvídalo. Tendrás más de lo que hay aquí. No me cuestionó lo que había dicho y me obedeció. Me dio el estuche con la joya

dentro y lo abrí por curiosidad. Por fin vi por lo que casi pierdo la vida. Era una araña hermosa, casi del tamaño de la mano de Ximena. ¿Verdad que es hermosa? —me preguntó. Sí, pero debemos irnos antes de que puedan dar con nosotros —le dije mientras cerraba el estuche y mintiendo, pues sabía que no podían dar ya con la chica ni conmigo. Salimos y fuimos a cenar ya con nuestro billete ganador de lotería (la araña) a una nueva vida y sin retorno. Paramos en un restaurante a cenar. ¿Sigues confiando en mí? —le pregunté. Totalmente —me dijo sin dudar. ¿Cómo es que lo haces si no sabes nada de mí?, no sabes si soy casado, o tengo hijos, o si soy viudo, o si tengo una novia, o si aún viven mis padres. En fin, no sabes nada de mí. ¿Cómo puedes confiar en alguien como yo, que además estaba encargado de encontrarte y entregarte? —la cuestionaba con insistencia.

—¿Qué quieres que diga?

—No quiero que digas, quiero que preguntes.

—No le veo caso, me dijiste que nos iríamos, que no me haría falta nada, ¿lo recuerdas? Eso me bastó para confiar en ti. No me importa tu pasado, fuiste capaz de dejar todo por irte conmigo... o esa fue la impresión que me diste. Cuando te vi en el bar ya presentía algo. Maggy me dijo que traías una foto mía, que me buscaban. En ese momento pensé que ya estaba todo perdido y lo que tenía que pasar pasaría esa noche. Luego me interrogaste en el privado y jugaste conmigo. Pude ver en tus ojos que no eras malo. Tu mirada era muy tierna y sin malicia. Seguí tu juego cuando decías adivinar las edades y hasta los nombres. Supe que eras diferente. Luego aclaraste que no me harías daño. Cuando me esperabas pensé en escapar, pero había algo que me decía que tú me ayudarías, luego al verte en el suelo, dispuesto a morir me hizo sentir algo más por ti. No digo que amor pues no te conocía, ni te conozco mucho, aunque sí una atracción. Las mujeres nos queremos sentir protegidas y seguras en todos los aspectos y así me sentía contigo. Claro que esto no lo sentí en el momento en el que te vi arrodillado a punto de morir, sino cuando fuiste por el café. No sólo te preocupaste por mí, sino por tu compañero. Eres buena persona, no importa saber tu pasado. Estoy contigo ahora y eso es lo importante. Me dejó boquiabierto con lo que salió de su alma, pues de ahí venían esas palabras y no supe que decir. Callé y la miré.

Quería tocarle las manos y decirle que por supuesto, estaba segura conmigo, no obstante eso sería cursi y condescendiente. Quizás pensaría que podría doblarme a sus pies y probablemente lo haría, ¡no!, estoy seguro que lo haría, pero no podía decir nada pues vería a un hombre ablandado por las palabras de una mujer, es decir, si ella estuviera mintiendo con esas palabras y yo fuera sumiso y cursi, seguro pensaría que me tiene en sus manos; era obvio que no mentía y que en verdad podía confiar en ella y ella en mí. Sin embargo tendría que mantener un temple de acero para que me viera inquebrantable incluso si ella, en algún momento, quisiera manipularme. Era claro que me sentía doblado por sus palabras, y que quería pasar el resto de mi vida con ella, viviendo a lo grande con todo ese dinero y no tenía que demostrárselo con palabras o sentimentalismos, sino con hechos. Le sonreí y cambie la conversación. Tengo un plan, en el cual me tienes que ayudar. Mañana iremos por una credencial falsa a Santo Domingo, pero antes tienes que ensayar una firma que era la de Luisa, ya que tienes que sacar del banco, de la cuenta de ella, setecientos setenta y cinco mil pesos —le comenté. Espero pueda confiar en ti para eso. Por supuesto que sí —afirmó. Era más que evidente que lo había hecho para que se sintiera útil y que supiera que confiaba en ella. La cuenta la usaremos también para hacer otros depósitos grandes de algo de dinero que tengo (me refería al que había encontrado en el departamento) ahorrado de algunos negocios —le continué diciendo mientras ella me escuchaba con atención y asentía con la cabeza. Terminamos de cenar y salimos para descansar bien ya que el siguiente día estaría lleno de tensiones. Mientras tanto pensé en como contactar al tipo gordo para exigirle mi “indemnización” y cobrar mi seguro de vida que él se había atrevido a querer arrebatarme. Era ya miércoles y sabía que el lunes tendría que pagarme mis honorarios semanales. Lo tenía solucionado. Al día siguiente realicé el «tramite» en Santo Domingo y practicamos la firma todo el día. Hojas y hojas de firmas falsas eran realizadas por Ximena, quien poco a poco igualaba la original. La dejé con su tarea y partí para realizar la segunda parte de mi plan. Fui a mi antiguo departamento que ya se encontraba con las mismas cintas de restricción que el de Luisa y entré. Como nadie telefoneaba a mi casa dejé, en la contestadora, grabado el lugar donde encontrarían con

qué comunicarse conmigo para realizar mi cobro semanal en caso de que el tipo aún siguiera buscándome. También dejé una nota por si regresaban a mi departamento. La nota especificaba un centro comercial. Exactamente en una de las entradas del estacionamiento. Detallé el nivel del estacionamiento y cuál entrada. Al final detallé que observara bien en las macetas ya que ahí encontraría la manera de llamarme (lo más fácil sería dejar un celular con el número en el departamento y que me llamaran, sin embargo quería ver que el tipo estuviera realmente solo para poder confrontarlo y exponerle mis demandas financieras así que dejaría una radio de dos vías). De regreso al hotel pasé a unas tiendas en otro centro comercial y compré ropa para Ximena, además de zapatos, ropa interior y algunas cosas también para mí. Cuando llegué al hotel se mostró emocionada por las cosas que le había comprado. Revisé la firma y comprobé que era muy parecida. Si Luisa le hubiera agregado otro giro a su rúbrica seguramente sería difícil falsificarla, pero aquellos trazó parecían más bien garabatos de niño. Por si las dudas tenía un plan *b* para que pareciera todo más veraz.

Ninguna noche dormí en la cama con ella, no me lo había insinuado y menos ofrecido (aunque quizás sí, al mostrarse desnuda cada vez que se metía y salía del baño). ¿Pensará que soy puto? —pensé; me ha dicho lo que siente y no le demostré que sentía lo mismo por ella.

En la oscuridad de la habitación, ya cuando estábamos, Ximena en la cama y yo en el sillón, tratando de dormir, le comenté que había pensado lo que me había dicho la otra noche mientras cenábamos: yo también siento algo muy fuerte por ti —le dije. Se levantó y caminó hacia donde me encontraba recostado. Me tomó de la mano y me condujo a la cama. Conocí verdaderamente el cielo de su boca, de su sexo, de sus senos, de su aroma. Y yo que me encontraba perdido en otros paraísos. No sé si podía decir que verdaderamente la amaba, sin embargo me encontraba en un estado catártico, alucinante y delirante. Podía creer en Dios en el mismo momento que ella me lo pidiera y aceptarlo una vez más en mi paraíso y cielo, de donde lo había exiliado. Dormí como no lo había hecho en mucho tiempo, y al parecer ella también lo hizo. Nos despertamos dos horas después de lo acordado para realizar lo que habíamos planeado. Por fin partimos al banco. Primero fuimos

a abrir una cuenta dónde hacer la transferencia, a nombre de Ximena Sabina Jiménez. Esperamos algunas horas y luego nos dirigimos a otro para realizar ya la transferencia. En el estacionamiento del último banco le pedí su mano derecha y se la vendé. Así, si la firma no sale bien argumentarás que la tienes lesionada —le dije. Cuando se bajó del auto comencé a pensar si realmente había hecho lo correcto al darle el dinero. Sabía que había ya mucha confianza, éramos cómplices de asesinatos y fugitivos. En unos minutos salí con una gran sonrisa. Toda había resultado como lo había planeado. La primera parte estaba hecha. Ximena por fin tenía en su poder casi un millón de pesos. Teníamos que sacar el dinero del departamento de Luisa y depositarlo también. Lo segundo era comprar un par de radio, dejar uno en el lugar y comunicarme con el tipo para hacer negocio por el prendedor. Tenía que salir del hotel y dejar de pagar ya por la habitación. Dejé ahí a la chica y me dirigí por todo lo que se encontraba en las dos cajas. Guardé las joyas, las piedras y la araña bajo la llanta de refacción, en la cajuela de mi coche. El dinero lo puse en una mochila que pasé a comprar y lo traje siempre tras mi asiento. No se lo conté a Ximena. Tenía la intención de hacerlo en cuanto nos estuviéramos marchando ya y definitivamente del país. Esperé hasta el otro día para depositar todo el dinero en la cuenta. Fui a ocho diferentes bancos para no causar mala impresión ni sospecha de depositar tanto dinero. Todos los depósitos se hicieron de trescientos dieciocho mil pesos, yo me quedé con seis mil restantes. Ximena tenía ahora en su poder la cantidad de tres millones trescientos diecinueve mil pesos. Con ello demostraba mi confianza hacia ella, esperando fuera leal hacia mí y pasáramos mucho tiempo juntos. Yo me había quedado con las joyas, los papeles de los departamentos (guardé también el de la chica con los otros papeles) y el FABERGE. Por supuesto también los videos en aquellos discos que eran otro cheque al portador.

Llegué al hotel y le pedí a mi joven compañera que recogiera sus cosas pues partiríamos a otro lugar por la mañana, donde no fuéramos sospechosos de nada (todo lo inventaba para causarle temor y siguiera conmigo). Pagué la cuenta y nos dirigimos a la sierra norte de Puebla, donde mi padre tenía un pequeño rancho. En el caminó le expliqué que en caso de que quisiera abandonarme, la mitad del dinero que se encontraba en la cuenta era suyo,

que podía hacer de él lo que quisiera. Me dijo que no quería ya estar sin mí. Me conmovió, la cogí por los brazos y me la acerqué para besarla. Al otro día tenía que volver a la Ciudad de México para seguir con el segundo plan. Llegamos al rancho y mi padre nos recibió muy gustoso. Le expliqué que estaba de paso, sólo unos días, que yo tenía que salir al siguiente y la chica se quedaría uno más; yo regresaría por ella. Nos organizó una comida y la pasamos muy bien aquella tarde. Por la noche mi padre preparó dos cuartos pensando que la señorita era una dama y por supuesto, su hijo un caballero y así era, sólo que para meternos a dormir nos demoramos entre botella y botella de Vodka, que bebimos Ximena y yo, después la dama volvió a ser mujer y sólo necesitamos una sola recámara. Por la mañana recordaba poco de la noche anterior. Creo que bebí demasiado y recostó su cabeza en la almohada nuevamente. La besé dormimos otro momento. Partí ya muy entrada la mañana del domingo. Llamé a Felipe y lo cité en la estación Chabacano del Metro para verlo. Le di cincuenta mil pesos. Esto es una parte de lo que te daré al final —le dije y le di un abrazo. Comimos y le platicué parte de lo que había ocurrido con el caso de la rubia platino. Rió cuando le mencioné el nombre del caso. Querrás decir el caso de la morena de la viuda negra —me dijo sonriendo. ¡Cómo sea! —le contesté. Nos despedimos y esperé la noche para dirigirme al centro comercial y dejar junto a la maceta, que se encontraba en la entrada (donde había dado la explicación de que estaría o hallarían algo para comunicarme con ellos) la radio. Estaba oculto, pero no lo suficiente como para no verlo, además sería lunes y el nivel del estacionamiento era poco frecuentado para estacionarse por ser ese día de la semana y por la lejanía (era el penúltimo nivel) para entrar al centro comercial, no sería difícil dar con él. Con mi placa y una mordida pude convencer a los de seguridad para que me permitieran quedarme un nivel más arriba (el último), argumentado un caso importante. Por supuesto llevé un coche robado. Amaneció y esperé. Nada. Parecía todo normal y pronto el estacionamiento comenzó a poblarse, no me percaté de que era quincena (¿cómo era posible que tan temprano se realizaran ya compras o entraran al cine, en pleno lunes y por la mañana?) Con unos pequeños binoculares observé el lugar y la maceta. Casi a las doce horas entró una familia al centro

comercial por aquella puerta. El niño que la conformaba, vio el aparato y lo cogió; creía que ya todo estaba arruinado, pero inmediatamente se hizo una pequeña trifulca pues otro hombre (el gordo), peleaba la titularidad. El papá y la madre discutían y el niño no lo soltaba. El gordo sacó unos billetes y se los dio al niño a cambio del celular. Llevaba consigo una pequeña maleta, como de doctor. Pronto se solucionó el problema y el tipo espero a que lo llamara en el lugar indicado. Realicé la llamada y este contestó dirigiendo su vista a todos lados, buscándome. Al parecer había llegado al lugar ingresando desde el centro comercial.

—¿Dónde está mi pago?

—Aquí mismo —alzó la maleta y la mostró a todos lados. Necesito que vengas y hablemos de la chica y la joya.

—Dime para quien trabajas o no te daré a ninguna de las dos.

—No puedo dar esa información, pero si te puedo decir que en la maleta hay mucho dinero como pago por ellas.

—¿Cuánto es lo que traes?

—¡Trescientos mil pesos!

—¿Crees que mi vida vale eso? Escúchame bien, vas a ir con quien te contrató, que estoy seguro es el Secretario de Gobernación, y le dirás que tengo unos videos muy comprometedores, donde se muestra con la joven asesinada, primero teniendo sexo con ella, luego dándole dinero; en otro regalándole la joya y en otros más recibiendo pagos de mafiosos y narcotraficantes... por último uno donde la golpea, además de grabaciones telefónicas; así que si piensa que todo eso vale ese dinero está equivocado. Probablemente haya recibido unos setenta y cinco millones como mínimo en todas las grabaciones. Aparte está el valor de la joya. Así que le haré una oferta por todo. Cinco millones de pesos, en billetes de mil, de quinientos y doscientos. Eso es lo que quiero o pronto todo el material irá a parar a todos los medios de comunicación.

—Tendré que hablar con él.

—Te llamo en la noche para que me den una repuesta. Dame tu número de celular. Espera mi llamada. Conserva la radio encendida también. Por cierto, la chica está muerta, la asesiné después de que me diera la araña.

Colgué y esperé otras dos horas en el estacionamiento, luego bajé caminando —abandonando el coche ahí—, por las rampas del estacionamiento hasta llegar al primer nivel. Salté algunas pequeñas bardas y desaparecí del lugar. El trabajo estaba hecho, sólo esperaba la respuesta. No podía sacarme de la cabeza a Ximena y de a dónde iríamos y si en verdad estaría conmigo. Volví a dónde se encontraba mi coche para esperar a que oscureciera y volverle a llamar.

Involucraste otra vez el trabajo con una chica, a la que además le doblas la edad y todavía te sobra un poco. Ojalá no resulte contraproducente haberle confiado tanto dinero. No, no puede ser tan malo, si en verdad quisiera dejarte te lo hubiese dicho y por la forma en que se ha portado contigo quiere una vida mejor, eso no se discute. Aunque es una puta y en ellas no se puede confiar, recuérdalo. Nada es gratis y probablemente te cobrará al final todo el tiempo que te ha brindado; porque protección la pudo obtener con cualquiera, ¿o no? No, si se portó tan bien después de la muerte de su madre, además fuiste decente con ella, todo un caballero. Pero recuerda que el dinero cambia a las personas y aunque no sepa aún lo que ya tiene en esa cuenta te puede dejar sin un quinto y nuevamente tirado en alguna cuneta, borracho y desconsolado. Una vez más perdiste la cabeza por unas nalgas —como la ranita de aquel chiste— y no sólo la cabeza, el dinero y tu dignidad, pues lo has perdido al darle todo. Como si tu amor no valiera. La tuviste que comprar como lo que es, una puta a cambio de que no te abandonara, ¿no es así? Tienes que remediar eso lo antes posible. Y no pienses que tú le robaste la viuda negra, pues no era de ella; ahora es tuya junto con todo ese dinero, y los dos apartamentos. Si te remuerde la conciencia dejarla en la calle, déjale los papeles de su mugroso piso. Está bien, no la dejes en la calle, dale lo que había en la cuenta de Luisa, su departamento y listo. Pero no entiendes, ya estás pensando en esa carita hermosa y esas piernas largas. ¿Qué tal coge? Sí, cómo puedes dejar eso, ¿verdad?, si lo primero son las nalgas y lo demás que se vaya a la mierda. Estás seguro que estás haciendo esto por ti o para ofrecérselo a ella y largase juntos. ¿Qué te parece una casa en Argentina o en Chile? Allá no habrás pedos de que los busquen más. Queda igual de lejos que Europa; además puedes ir a todos los países del cono sur y siempre

entenderás el idioma, todo lo contrario de llegar al otro lado del Atlántico y únicamente estar en España. Además todo es más caro, entiéndelo de una vez. De este lado serás más rico. Puedes poner un antro, un bar, un restaurante... lo que quieras para aparentar ser un empresario y gozar la vida con tu diva. Al fin y al cabo cuando tengas sesenta ella tendrá treinta; estará en la flor de su vida y a ti ni se te parará el pito. Tendrá cuerda para ir a todos lados y aparte querrá su brinquito diario y tú no podrás ni con una cosa ni con la otra. Ya irá a buscar argentinos, o chilenos, o uruguayos, o paraguayos o brasileños. Eso si te piensas quedar de este lado, porque si piensas irte a España pues cuídate de los españoles, portugueses, alemanes, franceses, rusos. Lo ves, como sea llevas la de perder con ella. ¿Así lo quieres? Mejor ofrecer algo para la educación de tu hija, aunque no la hayas conocido; pensará: el ojete de mi papá me abandonó pero me dejó para el Tec. ¿Cómo serían tus hijos con ella? ¿Qué pendejadas estás pensando ahora?

Después de pensar todo eso me quedé dormido y cuando desperté tenía mucha hambre, bajé y compré un par de tortas. Luego llamé desde un teléfono público. Me contestó y le pedí que me diera la respuesta del dinero.

—Lo que pides es muy complicado de juntar en efectivo. Dame unos días para recolectarlo y dártelo en las denominaciones en la que lo pides, pero dime donde haremos el cambio.

—No te preocupes, te llamaré nuevamente, pero conserva la radio que por ella haremos el intercambio. Si tratas de jugar conmigo te prometo que lo único que conseguirás es que haga lo que te dije con los videos, ¿entiendes?

Colgué y terminé de comer, después tomé camino hacia Puebla en busca del amor de Ximena y de la cama de mi padre. Había tomado la decisión de radicar en la Argentina, comprar una bonita casa en algún barrio elegante de Buenos Aires y poner un restaurante de comida mexicana (como si no existieran ya), Si a mis cincuenta, sesenta o setenta años decidiera marcharse me daría por satisfecho. Después de todo, mi vida no sería tan longeva y yo no me atrevía a quitar lo que el destino me había puesto en frente. Había sido un amuleto para mí y pensar en hacerla a un lado podría traer consecuencias fatales. Podría decirse que era mi suerte; no echada al aire, sino la suerte ya en el suelo: águila, que era lo que siempre pedía. Ahora era sólo cuestión

informarle que iríamos al cono sur y ver su reacción y lo que opinaba. Le dejaría doscientos mil a Felipe y crearía un fideicomiso a nombre de mi hija para que pudiera solventar sus estudios sin necesidad de carecer o de verse envuelta en un ambiente como el de Ximena (pensé que todas querrían sacar dinero así). Por fin llegué al rancho de la familia y me recibieron los dos muy entusiasmados. Mi padre alegremente le platicó anécdotas de mi infancia y yo me sentía como adolescente presumiendo a mi novia con la familia (aunque la única familia que tenía era él) mientras ella escuchaba y reía y me tomaba por el brazo y me miraba y recostaba su cabeza sobre mi hombro en señal de empatía y yo me sentía orgulloso y mi padre también al pensar que su hijo triunfaba en todo. Pronto, cansados los tres, nos fuimos a la cama. Cuando me encontré en la habitación con Ximena me abrazó tiernamente, me llevó a la cama, me desnudó y me hizo el amor.

## Nacidos para perder

...Oh, Babe when I pick up the phone  
There's still nobody home.  
I've got a pair of Gohills boots  
And I got fading roots

Pink Floyd *Nobody home*

¿Has notado que no aparentas más edad que yo? Lo que quiero decirte es que pareces un novio de verdad, sin representar tanta madurez... física. Conocí muchas personas de tu edad que hasta parecían más viejos, con ciertas preocupaciones y ciertas deficiencias. Te ves con más energía. Me gustas. Podría decirte infinidad de cosas de cómo me siento contigo pero lo más importante es que lo sientas tú. Las palabras suelen perderse, los sentimientos no, esos los llevas y no salen. Podrás esconderlos o pensar que los has perdido, sin embargo el día menos pensado salen a flote. ¿Entiendes lo que quiero decirte? ¿De dónde viene todo esto que siento? De las carencias mismas de mi infancia y mi adolescencia. Carecí del amor paterno y de un amor verdadero. ¿Qué cursi, verdad? Es la verdad. Sabes, desde niña fui asediada, creo desde los diez años, sin contar las manoseadas que me daba un tío cada que nos visitaba, hasta a mi mamá le tocaban esos cariñitos. Los de quinto y sexto grado me molestaban al pedirme que fuera su novia. ¿Puedes

creerlo? Ya desde entonces eran muy calenturientos los chamacos. Así fue mi niñez. Luego en sexto año mis compañeros de generación eran mis acosadores y no es que estuviera mal que tuviera tantos pretendientes, lo que estaba mal es que me molestaban, como que estaban acomplejados de su fealdad, bueno, no de su fealdad, sino que eran inseguros —quién a esa edad no es inseguro, ¿verdad?— y nadie se atrevía a decirme: ¿quieres ser mi novia? Todos se echaban indirectas como: ahí va la novia de Luis o miren a la novia de Juan o —ya no seas puto Miguel ¡dile! Así pasó mi etapa en la primaria y qué te digo de la secundaria, todo parecido, pero ahora con las novias celosas que me querían madrear nada más porque era más bonita que ellas; y pues claro que la bola de idiotas de sus novios pubertos me preferían a mí al masturbarse que a ellas, todas prietas, patizambas, chaparras y sin chichis. No te creas, con todo eso me sentía sola, no me bastaba ser parte de la imaginación de esos chamacos, yo quería un novio; uno que me llevara de la mano al salir de la secundaria, que me llevara a un rinconcito y me besara y hasta me metiera la mano para que sintiera mi desarrollado busto. Estoy segura que había muchos de esos que lo querían hacer pero ninguno se atrevía siquiera a pedirme que fuera su novia. Me veían alta (por lo menos más altas que las otras), un poco más clara de piel que las prietas de mis compañeras y mucho más desarrollada, y pues claro que se cagaban de nervios y miedo. En todo ello la que salía perjudicada era yo. Después tuve un novio, cuando ya iba de salida de la secu, pero era muy bruto. Me mandó una carta y a mí eso se me hizo genial. Era una persona muy tierna y penosa. Eso sí, tenía un penesote que me excitaba, bueno nunca había visto uno de verdad, los de mis hermanos se los vi cuando estaban chicos —sus penes—, todavía ni pelos tenían, aunque después obvio que ni me enteré si les crecieron o no —los pelos—. Imagino que sí. El caso es que para ser novia de este niño me tuvo que pedir uno de sus amigos que «si quería ser la novia de Ulises». Qué me lo diga él —le dije para que se lo fuera a decir—, no era necesario, Ulises se encontraba viéndonos a unos metros y yo lo había gritado, así que era seguro que me había escuchado, él y media escuela. Por fin se me declaró en la carta y yo acepté (con otra carta). Me acompañaba a la entrada de la unidad habitacional donde vivía y se marchaba sin decirme

adiós o darme mínimo un besito en el cachete. Sólo me miraba y sonreía como imbécil, luego se daba media vuelta y se iba. Una vez hubo un convivio o kermes en la escuela y nos casaron, a duras penas, porque ya desde entonces me empezaron a huir los hombres; tuvieron que ir sus compañeros tras él y sujetarlo para que nos casaran; y eso que era por el civil, ¡imagínate por la iglesia! Como luna de miel nos encerraron en un salón y ahí pude notar su penesote, pues lo abracé para romper el hielo y noté su nervio erecto (eso de nervio ya te dije que se lo copié a una amiga). Me súper asusté. Imagínate una niña de trece o catorce años sintiendo algo así. Lo hubiera visto y me desmayo. Total que salí corriendo del salón y en ese instante di por anulado el compromiso matrimonial, o sea, me divorcié. Desde ese día anduve medio traumada por lo que había sucedido y pensé que todo hombre lo único que quería era rosarme con su cosa dura. Efectivamente eso quiere todo hombre, no en vano me metí a este negocio. Y pues qué más te puedo decir, de ahí la vida fue de acosos y toqueteadas. Pero lo que yo quería decirte es que debido a esa falta de afecto me he encariñado contigo pues me había dado cuenta que necesitaba eso que me faltó y que busqué en otros novios mucho mayores que yo, sin embargo encontré lo mismo que me dio mi papá, puras migajas de amor y cariño. Así que cuando te conocí fue todo lo contrario, llenaste todos esos huecos de carencia ¿Qué lindo se escuchó eso, verdad? Sólo espero no me botes como chancla y en verdad nos vayamos a hacer una vida juntos. La vida que he llevado ha sido de fracaso tras fracaso, parece que hubiera nacido para perder. Y no creas que no me da miedo volver a hacerlo nuevamente y regresar a esa vida de mierda que dejé atrás. Mi madre jamás se enteró de mi trabajo y menos de lo que pasé. Tuve que inventarle una historia para convencerla de salirnos del departamento de Iztapalapa y venderlo y pues estuvo un poco mejor después de recibir su gasto y medicinas. No le importaba en realidad lo que hacía, con que tuviera lo suyo era feliz. Después de lo de Luisa disminuyó mi entrada de dinero, así que por la falta de medicamentos empezó a enfermar y no me quedó más que hacer lo que ya te he contado. Fracasar ya no está en mi mente, ya estuve en el hoyo, luego a ras de suelo; ahora quiero volar y si es contigo mejor.

*¿Por dónde podría empezar para explicarte lo que he hecho? Podrías pensar lo peor sobre mí y es que puede que esa sea la razón por lo que te escribo. Puede que esa sea la causa por esta decisión. No podría contradecirme y decirte que todo lo que dije fue mentira, no lo es. La verdad es que la mejor distancia es la mayor entre los dos. ¿De qué manera quieres que me arranque el corazón y lo ponga en tus manos? No soy esa persona que deja toda una vida y se la entrega a alguien más. No lo sabía hasta ahora —y jugué a hacerlo—, por ello te pido que no me culpes. ¿Acaso tú no has añorado esa libertad que has llevado desde hace mucho tiempo atrás? Las circunstancias nos unieron y son ellas mismas las que nos separan, no por la necesidad de sentirme libre sino por la necesidad de verte así, con una libertad absoluta que te ilumine los ojos como cuando te vi la primera vez en aquel bar, uno sentado y otra bailando. Podrías pensar que hay una edad en la que no se entra en razón y otra en la que todo está ya muy claro. La inmadurez y la madurez nunca se alcanzarán una a la otra, ¿Cómo podríamos hacerlo nosotros? No hablo de nuestra edad sino de nuestro futuro, que no es estar juntos. Dinero, sexo y amor no van nunca de la mano sino de mano en mano. Tú lo sabes bien. Te han comprado con eso y has comprado también; y lo mismo sucede conmigo. ¿Argentina? ¿Europa? Seríamos los mismos. Quizás te busque algún día y posiblemente te encuentre y me perdonarás o me matarás o haremos el amor como la última noche y otra vez estaremos desnudos pero siendo extraños, ¿entiendes? Tal vez nunca volvamos a vernos y únicamente quedarán esos recuerdos de las muertes, el dinero, los enemigos y las joyas. Probablemente muera, posiblemente me maten. Me libré tantas veces de ese tipo de gente que tal vez no tenga una oportunidad más.*

¿Qué opinas de Argentina? He pensado que podemos irnos para allá. Creo que es mejor que irnos a Estados Unidos o Europa. Pienso que tenemos toda América del Sur para escoger. Quien nos quisiera buscar pensaría que cruzaremos la frontera para el norte incluso hasta Canadá. Yo te buscaría allá. También pensaría que posiblemente viajarías a España, posiblemente para llegar y establecerte ahí. Sin embargo tenemos todo el sur para marcharnos y

hacer una nueva vida. Pensé en Argentina pero puede ser cualquiera, y todo será cuestión de que estés o no de acuerdo para cambiar el destino. Hemos rascado dónde no debíamos y ha salido toda la mierda que nos ha empujado y nos ha hecho marcharnos a algún lugar en la provincia, aquí precisamente. Aunque no lo creas la gente que trabaja en los altos grados del gobierno tiene la capacidad para dar con nosotros. Por otra parte no te buscarían ya a ti. Les he dicho que te he asesinado, era lo mejor para que por fin te dejaran en paz, pero ahora si dan conmigo darán contigo aunque ya no les importará si seas o no la chica. La guerra y la búsqueda ahora son por mí. Tengo más información de la que jamás se haya dado a conocer en ningún país, créemelo. Me siento como actor en esas películas en las que me buscan por tener cierta información. El FABERGE ha pasado a otro plano totalmente aparte de lo que había sido tu búsqueda. Olvídate de que te busquen por una arañita, no, ahora si me capturan seré torturado y desaparecido, que no es poco común, yo hice algo parecido con muchos en mi mocedad policiaca, pero ahora estoy del otro lado, he cruzado la línea y tú conmigo —aunque estés muerta. Créeme que eso es lo mejor para los dos: el sur y no mirar para atrás o volveremos a tropezar, cayendo y perdiendo la fortuna que nos ha tratado muy bien en estos días. Estoy seguro que una vez en el piso no volveremos a levantarnos.

*Es por eso que no puedo seguir en esto de arrastrar dinero y muertos en mi vida una vez más. ¿Tú lo has pensado? Lo sé, lo has pensado porque me lo has dicho al querer que estuviéramos juntos, sintiéndonos protegidos, uno del otro. ¿Protegidos? En realidad éramos dos enamorados jugando a estar juntos, jugando al peligro, a escondernos en un hotel o en un rancho y sin embargo, lo que queríamos era encontrarnos ahí y sentirnos, vernos, palparnos, olernos. Eso era lo que deseábamos, ¿no es así? La vida de enamorados es eso: un juego en el que dos malditos ciegos juegan a lastimarse uno al otro hasta que por fin alguien cede y llora, o termina por retirarse del juego. La madre muerta, el padre olvidado en un rancho; ellos lo sabían bien y solos quedaron, ¿no lo ves? Odiarme no te liberará, así como tampoco lo hará amarme. Alguien me dijo una vez que había mujeres y*

*hombres estigmatizados, no con esas marcas que sueles ser grotescas o visibles, no, marcados por un sello invisible en la piel, la cual arroja una leyenda o un eslogan que no siempre es tan claro pero que sí se puede interpretar con la soledad absoluta del individuo que la porta, una soledad grande, una carencia de ser amado, porque podrás amar a muchas personas que se acercan a ti, pero al final las repeles. Nosotros portamos esa marca. Mi destino y el tuyo es estar con mucha gente, pero en realidad solos por siempre y morir como nuestros padres, sin compañía, ¿lo has pensado? La vida no se manifiesta de esta manera, siendo amable y tú me lo has hecho ver muchas veces, entonces tienes que entender lo que te quiero decir. Compra una casa en la playa o en bosque y márchate también.*

A las nueve de la mañana hice una llamada al celular desde una tienda. Los tipos querían verme para hacer el trato, entregarme el dinero a cambio de los discos, la joya ya no les importaba pues no volvieron a mencionarla. Ahora era ya un caso de reputación, lo demás quedaba olvidado. Los entendía, así que partí una vez más a la Ciudad de México no sin antes dejar con mi papá encargada a Ximena, quien aún dormía tranquilamente. La estancia en el rancho se había prolongado, sin embargo sentía que mi compañera la estaba pasando a gusto. Durante el camino a la ciudad hice llamadas desde teléfonos públicos en diferentes gasolineras para que el tipo transbordara diferentes rutas en colectivos. Lo hacía con la intención de que supiera que lo vigilaba: Toma éste, ahora bájate y toma aquél, te estoy viendo —le mentía—, si noto que alguien más está contigo no volveré a hacer tratos. Por fin llegué a la Ciudad de México a las doce del día pero me dirigí al departamento de Luisa, al 602A para guardar las joyas, los papeles y los discos que contenían los videos nuevamente. Pensé que si salía algo mal ahí no las encontrarían (antes de partir del rancho de mi padre hice y dejé una carta para él, donde le explicaba lo que tenía que hacer y a donde ir por los papeles de los departamentos; le expliqué que en caso de perder la vida todas las propiedades pasarían a manos de mi hija; los videos los tenía que difundir y el dinero repartirlo entre él y Ximena). Entré al apartamento. Dejé los papeles en un tocador junto con los discos; las joyas, piedras y la araña en la caja

fuerte más grande. Luego me dirigí a la estación Pino Suarez del metro y trasbordé hasta Chabacano; lo cité en esta última. Lo planeé en ese lugar para que la multitud fuera mi escudo pues era un punto donde se trasbordaba a otras dos distintas estaciones y porque por eso mismo la afluencia de la gente era mayor y podía protegerme en ella, además de los desniveles dónde podía observarlo. Lo esperé en un punto en el que mi huida la haría con facilidad, además podía verlo cuando llegara y partiera en caso de que todo saliera bien. Entonces llegó. Ya por la radio, dejando las llamadas al celular, lo hice subir al metro —el que iba con dirección a Taxqueña—, pues en esa estación se abrían las dos puertas de un mismo convoy, y podía salir por la otra. Subió por un lado y bajo por el otro en cuanto se cerró y abrió la otra puerta. Luego lo dejé esperando en un punto donde ya no podían vigilarlo en caso de que lo siguiera alguien. Lo tomé por el brazo y lo conduje a punta de pistola (escondida, ésta, bajo mi saco) hasta otro lugar un poco más apartado que me resultaba excelente para correr si lo necesitaba y perderme entre la muchedumbre. ¿Dónde está mi dinero? —le pregunté. No lo traje conmigo, está en una maleta, pero en cuanto llame me lo traerán —me dijo nervioso. Pude tomarlo por su traje y sacudirlo antes de darle unos cuantos madrazos, pero todos se alertarían y mi plan se vendría abajo, así que rápidamente ideé otra manera de obtener el dinero mientras lo veía con enojo a los ojos. Mi mente trabajó inmediatamente para crear un nuevo plan:

*Me dirigiría por avenida Viaducto Rio de la Piedad, en dirección al poniente, justo debajo de avenida Tlalpan, en mi coche, y me estacionaría bajo los carriles que se dirigen al zócalo, de ésta última avenida, con el cofre abierto para evitar que algún oficial me quitara del lugar. Lo haría transbordar nuevamente el metro, rumbo a Taxqueña, y luego le llamaría para preguntar su ubicación.*

*—Estoy llegando a la estación Ermita —me explicaría.*

*—Desciende y baja en dirección norte... te espero en la línea...*

*—...Estoy afuera.*

*—Bien, recuerda que te estoy observando y cualquier cosa sospechosa hará que todo se vaya a la chingada, incluyendo a tu jefe.*

—No te preocupes, estoy solo.

—Eso espero. Camina hacia el norte... ahora toma, rápido, el primer taxi que veas...

—...Estoy en él, ¿ahora hacia a dónde me dirijo?

—Dirígete hacia el norte nuevamente, rumbo al zócalo y veme diciendo en dónde vas.

—Estoy pasando el Eje 7-A Sur... ...Ahora el Eje 7 Sur Municipio Libre... Estoy en la estación Portales... ...Acabo de pasar el eje 6 Sur... Pasé la estación Nativitas del Metro... Voy cruzando sobre el Eje 5 sur...

—Avísame cuando estés llegando a la estación Viaducto, ¡no después, sino antes de llegar!, ¿entendiste? Pero no cuelgues, yo estoy en la línea, así que ni se te ocurra voltear a ningún lado, ya sea para buscarme o para avisar a alguien...

—Estoy llegando a la estación Viaducto, ¿qué hago?

—Espera, espera... Oríllate a la derecha, sobre el cruce de la avenida Viaducto... (¡Aquí, oríllese! —lo escucharé decirle al taxista. Muy excitado. Y seguramente el taxista, enojado le responderá: pero aquí estorbo y no puedo bajarlo. ¡Que se estacione aquí, le digo —dirá el tipo con voz autoritaria y abrirá la puerta del vehículo para descender).

—...Ahora asómate hacia abajo y deja caer el dinero —le ordenaré por la radio.

Me mirará bajo el cruce, asombrado. Le haré señas para que arroje el dinero y lo hará en total ofuscamiento. La maleta caerá muy cerca de mi auto; correré por ella, la cogeré y me largaré de allí no sin antes explicarle, por la misma radio, dónde podría encontrar los discos.

—El trato era que me lo entregaras y yo te daba los discos. Si no hay dinero entonces esperen ver los videos en todas las cadenas de televisión —lo amenacé con la intención de que supiera que verdaderamente iba a hacerlo y reflexionara para luego llamarme, luego caminé al revés, muy despacio mientras lo veía parado y él me veía alejarme.

—Espera, sólo déjame llamar y lo traerán.

—Tienes un día más para pensar en lo que haré. Cuando tengas el dinero

y decidas dárme lo te daré los discos, y no vuelvas a jugar conmigo, cabrón, que esto va en serio.

Salí corriendo del lugar, justo por el camino que había trazado para que no pudiera seguirme y huir sin problema alguno pero en mi huida encontré un par de policías que resguardaban la seguridad del metro. Él sujeto, al verlos también, comenzó a gritar, a pedir auxilio con la excusa de que yo llevaba un arma y que lo había asaltado. Los policías me apuntaron y en un instante me vi rodeados de muchos uniformados. Había fallado mi plan. Mi corazón explotaba por los nervios, la sangre hervía y la sentía en la cara, cosquillearme. Soy policía les grité, pero al revisarme notaron mis credenciales vencidas. Fui detenido y llevado al Ministerio Público. Allí estuve varias horas sin que me tomaran declaración. Después llegaron unos tipos por mí, diciendo que eran órdenes del Procurador y me sacaron del lugar. Era más que evidente que no era orden de él, sino del mismísimo Secretario de Gobernación el que me había mandado sacar. Me llevaron a algún lugar donde no pudieran dejar rastro de mí. Me metieron a una bodega y cuando estaban a punto de matarme logré ver al gordo. Le advertí que en un par de horas los videos serían entregados a los medios si me mataban. Eso logró calmar a mis verdugos no sin antes haber recibido una paliza que me había dejado inconsciente unos minutos. Cuando recobré la conciencia me dieron una hora para volver con todo o matarían a mi hija y a su madre. Si hubiese sabido que era la segunda habría dicho que no me importaba (entonces empecé a pensar en aquella niña que jamás había visto siquiera y me dolía lo que me decían sobre matarla), acepté. Me regresaron solamente la radio y las llaves que portaba, incluyendo las del coche, pero no fui por los discos, simplemente huí a Puebla para marcharme por fin con Ximena. Confiaba en que no matarían a mi hija así que dejé todo atrás y conduje. Pero qué tontos habían sido al soltarme —pensé. Probablemente ahora se estén ya arrepintiendo. Hice mil vueltas por toda la ciudad para perderlos y por fin tomé la autopista. Era ya muy noche cuando me dirigí al rancho de mi padre. Llegué con una costilla fracturada, además de un dedo. Paré a comprar algunas pastillas que me hicieron menos doloroso el camino. Me recibió mi papá solamente y me pidió que me calmara pues bajé del auto muy acelerado.

Tengo que marcharme —le dije—, llama a Ximena. Mi padre me condujo a la sala donde me sentó. No tengo tiempo, papá, llama a Ximena —le repetí pues yo no podía gritar debido al trabajo para respirar por la costilla fracturada. Se ha ido —me dijo tristemente como si en lugar de anunciar su ausencia me estuviera anunciando su muerte. ¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde? —pregunté insistentemente olvidándome del dolor. No lo sé, partió con su bolsa de mano y otra pequeña bolsa, justo detrás de ti —me contaba mi papá; me pareció que estaba esperando ese momento de tu partida para después partir ella. Sólo dejó esto —me mostro lo que parecía una carta (tres hojas) que leí en ese momento. Me había dejado a mi suerte. No me importó el dinero en ese momento, incluso no lo recordé hasta un par de días después, cuando ya estaba más lúcido de la golpiza y del despojo en el que me había dejado. Jamás hablé de los ojos de Ximena, quizás porque ahí estaba reflejado mi destino. Sus ojos brillaban, nunca los vi empañados de tristeza. Cuando la muerte de su madre, más bien parecían descansados pero nunca tristes, siempre brillaron; debí darme cuenta de que yo no iba a causarle que se opacaran, pues eso hubiera pasado a mi lado, tampoco reflejó miedo, ni siquiera la primera vez cuando supo que la buscaba; ese día los vi llenarse de rabia e impotencia. No obstante, hoy pienso que los vi poco, sus hermosos ojos verdes. No pude mirarla lo suficiente ni decirle que la necesitaba como me lo había plasmado en el papel. El preámbulo de lo nuestro se basaba en el final.

Quince días estuve convaleciente por las costillas, el dedo y Ximena, después partí. En un par de meses logré vender los dos departamentos (el de Ximena y el de Luisa), pero me quedé con el que nadie conocía. Ahí viví ese tiempo sin ser ya acosado por ningún acontecimiento relacionado con aquellos hombres. Vendí también las joyas y las piedras. Obtuve diez veces más de lo que se había llevado la chica, con todo lo que pude vender, sin embargo conservé el FABERGÉ de Viuda Negra, el que había iniciado toda esta investigación. Le mandé su dinero a Felipe e hice un fideicomiso para mi hija. Después de todo lo sucedido volví a comprarme nuevamente una WALTER PPK .380 como la que me habían quitado cuando me detuvieron. Seguí escribiendo y de nuevo pude obtener la suscripción de la revista donde por fin

pude publicar algunos de mis cuentos y relatos policiales; todos basados en «el caso de la rubia platino»... en el abandono de Ximena. Aún tenía los videos así que tenía mucho tiempo por delante para planear cómo vengarme y obtener lo que me pertenecía: dos veces el cobro por intentar asesinarme. La vida no me había podido hundir después de todo y a la muerte la había besado en la boca dos veces también, así que me dejaría tranquilo unos añitos más. Empecé con los políticos más débiles para extorsionarlos por los videos. Cuando recibía el dinero solicitado les entregaba las fotos. Así hice con cada uno hasta llenarme los bolsillos. Con el tiempo conocí a un tipo quien me vendió un bar en quiebra en la Condesa; el lugar tenía un nombre extraño, yo lo rebauticé como *El Templo del Morbo* y no es que fuera en un burdel o putero, no, sin embargo logré que la gente —por «morbosidad»—, se acercara y les gustara. Era un lugar con buena música, en dónde comencé a beber y beber para recordar a Ximena, para hacerle homenaje a su ausencia, su olvido y su abandono. Noche tras noche sucedía lo mismo. Felipe me visitaba casi siempre y me agradaba verlo. Bebíamos hasta embriagarnos; el ruido, el alcohol en mi sangre y la muchedumbre me hacían olvidar casi siempre la compañía de mi amigo y yo divagaba, contemplando a todos en el lugar desde la mesa que siempre estaba reservada para mí. Mi vista perdida se clavaba algunas veces en los jóvenes alegres y otras veces en algún recuerdo de Ximena o mi hija, hasta que una noche, después de aquella rutina de alcoholemia escuché (o soñé) una voz dulce y consolable que acariciaba al mismo tiempo mi oído con su aliento mientras una mano tocaba mi hombro: moría de ganas de verte —dijo—, y yo busqué la manera de levantarme, de enfocar aquella silueta, pero no podía coordinar mi cuerpo embriagado, así que dormí sobre la mesa.

*No tuvimos tiempo para platicar sobre nuestros gustos, nuestros miedos, nuestras alegrías o nuestro color favorito, tampoco supimos sobre nuestra música, aunque ambos escuchamos una melodía de cada uno, ¿lo recuerdas? En el bar bailando y en el coche rumbo al departamento, cuando nos dirigíamos por la araña —y fue esta joya la que nos unió y la que nos alejó— Luego llegó esta mañana y con su cruda luz del alba me hicieron despejarme*

*y abandonarte, ¿puedes creerlo?, ¡abandonarte! Como si fuera quien siempre estuvo contigo. Lo ves, es lo que quiero explicar, la necesidad de sentirnos así, dependientes uno del otro, al grado de pensar que te abandono como un bebe. No lo quiero así y tú tampoco lo querrás. Lo que lees aquí no es la despedida, ni el adiós, de todos modos y como ya te dije, sé que pronto nos veremos las caras de nuevo, así que ambos estaremos listos desde ahora. Quedamos cojos y mutilados; cada quien se llevó algo del otro, y no hablo del dinero, el cual me llevo hoy, porque eso es cosa material. Lo has tenido y lo has perdido; lo más seguro es que en otro momento lo llegues a recuperar pero lo que no recuperarás son los besos, espero que con eso aprendas por fin a necesitar a las personas y no a comprarlas, yo ya lo he aprendido, por ello dejo esta carta para que la leas y me entiendas y me perdones y me pienses y me desees y al final trates de olvidarme y lo consigas. Entonces sabrás que estoy ahí.*

*Ximena.*

Cuando desperté me encontraba en mi recámara y junto a mí un número de la revista (K) Contra cultura. Conciencia colectiva, abierta en uno de mis cuentos, que no era mía; también un bolso de mujer. Me levanté sobresaltado y los tomé. Algo hizo alegrarme. En el baño se escuchaba el ruido del agua caer desde la regadera. Me senté en la cama a esperar, con una emoción inmensurable, que saliera alguien de la ducha.

Cuando la puerta se abrió una nube de vapor agazapó todo a su paso.

## NOTAS

[1] «El amor no debe pedir —continuó—, ni exigir tampoco. Ha de tener la fuerza de llegar en sí mismo a la certeza, y entonces atrae ya en lugar de ser atraído. Sinclair, su amor es ahora atraído por mí. Cuando llegue a atraerme, entonces acudiré. No quiero hacer un regalo, quiero ser ganada» (Hesse, 2005, p. 167.). Con este fragmento trataba de impresionar y conquistar a ciertas mujeres. <<

[2] «(...)Otro era el que había de clasificarlo entre los suicidas. Aquí cabe decir que es erróneo llamar suicidas sólo a las personas que se privan de la vida. Entre éstas sin embargo, muchas que se hacen suicidas en cierto modo por casualidad y de cuya esencia no forma parte el suicidismo. Entre los hombres sin personalidad, sin sello marcado, sin fuerte destino, entre los hombres adocenados y de rebaño hay muchos que perecen por suicidio, sin pertenecer por eso en toda su característica al tipo de los suicidas, en tanto que por otra parte, de aquellos que por su naturaleza deben contarse entre los suicidas, muchos quizá la mayoría, no ponen nunca mano sobre sí en la realidad» (Hesse, 1997, pp. 60 y 61.). <<

[3] «Como formulador del fomento crítico que una vez bauticé como «la angustia de las influencias», he visto cómo la Escuela del Resentimiento repetía insistentemente que tal idea se aplicara sólo a los Varones Europeos

Blancos y Muertos, y no a las mujeres y a lo que pintorescamente denominamos «multiculturalistas». De este modo, las animadoras feministas proclaman que las mujeres escritoras cooperan entre sí amorosamente como si hicieran ganchillo, mientras que los activistas literarios afroamericanos y chicanos van incluso más lejos al afirmar que se hallan libres de cualquier angustia provocada por la contaminación: cada uno de ellos es Adán al despertarse». (Bloom, 2005, p.17.). <<

[4] «Advirtiendo mi interés, me hizo entrar con ella en la casa, tomó un álbum encuadernado en piel y me enseñó una fotografía de la madre de Demian. Yo no la recordaba ya apenas. Pero cuando vi aquel retrato sentí que el corazón cesaba de latir en mi pecho. ¡Era la imagen de mi sueño! Era ella, la arrogante figura de mujer casi masculina, parecida a su hijo, con rasgos maternos, rasgos de severidad, rasgos de honda pasión, bella y atractiva, bella e inasequible, demonio y madre, destino y amante. ¡Era ella!» (Ib., p. 147.). <<

[5] Hermann Hesse, *El lobo estepario*, México, Época, 1997, pp. 105 y 106.<<

[6] Cuento alternativo creado de la visión de otro personaje del cuento de Mónica Lavín *Los jueves*.<<